

THE RAJAH'S DIAMOND

Robert Louis Stevenson

(*New Arabian nights*)

1. Story of the bandbox

UP to the age of sixteen, at a private school and afterwards at one of those great institutions for which England is justly famous, Mr. Harry Hartley had received the ordinary education of a gentleman. At that period, he manifested a remarkable distaste for study; and his only surviving parent being both weak and ignorant, he was permitted thenceforward to spend his time in the attainment of petty and purely elegant accomplishments. Two years later, he was left an orphan and almost a beggar. For all active and industrious pursuits, Harry was unfitted alike by nature and training. He could sing romantic ditties, and accompany himself with discretion on the piano; he was a graceful although a timid cavalier; he had a pronounced taste for chess; and nature had sent him into the world with one of the most engaging exteriors that can well be fancied. Blond and pink, with dove's eyes and a gentle smile, he had an air of agreeable tenderness and melancholy, and the most submissive and caressing manners. But when all is said, he was not the man to lead armaments of war, or direct the councils of a State. A fortunate chance and some influence obtained for Harry, at the time of his bereavement, the position of private secretary to Major-General Sir Thomas Vandeleur, C.B. Sir Thomas was a man of sixty, loud-spoken, boisterous, and domineering. For some reason, some service the nature of which had been often whispered and repeatedly denied, the Rajah of Kashgar had presented this officer with the sixth known diamond of the world. The gift transformed General Vandeleur from a poor into a wealthy man, from an obscure and unpopular soldier into one of the lions of London society; the possessor of the Rajah's Diamond was welcome in the most exclusive circles; and he had found a lady, young, beautiful, and well-born, who was willing to call the diamond hers even at the price of marriage with Sir Thomas Vandeleur. It was commonly said at the time that, as like draws to like, one jewel had attracted another; certainly Lady Vandeleur was not only a gem of the finest water in her own person, but she showed herself to the world in a very costly setting; and she was considered by many respectable authorities, as one among the three or four best dressed women in England.

Harry's duty as secretary was not particularly onerous;

EL DIAMANTE DEL RAJÁ

Robert Louis Stevenson

(*New Arabian nights*)

1. Historia de la sombrerera

Harry Hartley había recibido la educación propia de un caballero hasta los dieciséis años, primero en una escuela privada y luego en una de esas grandes instituciones que forjaron la fama de Inglaterra. Manifestó entonces un notable desdén por el estudio y, como el único de sus padres que aún vivía era persona débil e ignorante, en adelante se le permitió dedicarse a actividades simplemente frívolas y elegantes. Dos años más tarde se encontró huérfano y casi mendigo. Por temperamento y formación Harry fue siempre incapaz de toda empresa activa o industriosa. Entonaba canciones románticas, acompañándose discretamente en el piano; no le faltaba gracia con las damas, aunque fuese más bien tímido; gustaba mucho del ajedrez; en fin, la naturaleza le había enviado al mundo con un aspecto más que atractivo. Era rubio y rosado, con saltones ojos de paloma y sonrisa simpática, tenía un aire de agradable ternura melancólica y modales suaves y halagadores. Dicho esto, es preciso reconocer que no se contaba entre los hombres que comandan ejércitos o presiden gobiernos.

Una ocasión favorable y algo de influencia hicieron que Harry consiguiera en su hora de desamparo el cargo de secretario privado del comandante general sir Thomas Vandeleur. Sir Thomas era un hombre de sesenta años, ruidoso, violento y dominante. Por alguna razón, por un servicio cuyo carácter se contaba en voz baja y se negaba con reiteración, el rajá de Kashgar había regalado a sir Thomas el sexto diamante del mundo. El obsequio convirtió al general, que siempre había sido pobre, en un hombre rico, y dejó de ser un militar vulgar y de pocos amigos para convertirse en una de las celebridades de Londres. Dueño del Diamante del Rajá, fue bien recibido en los círculos más exclusivos y hasta encontró a una hermosa dama de buena familia dispuesta a considerar como suyo el diamante, e incluso de casarse con sir Thomas Vandeleur. Por entonces solía decirse que, puesto que las cosas semejantes se atraen entre sí, una joya había atraído a otra; lady Vandeleur no sólo era una joya de muchos quilates, sino que ostentaba un engaste muy lujoso; varias autoridades respetables la colocaban entre las tres o cuatro mujeres mejor vestidas de Inglaterra.

Como secretario, los deberes de Harry no eran particularmente irritantes; pero todo trabajo

but he had a dislike for all prolonged work; it gave him pain to ink his fingers; and the charms of Lady Vandeleur and her toilettes drew him often from the library to the boudoir. He had the prettiest ways among women, could talk fashions with enjoyment, and was never more happy than when criticising a shade of ribbon, or running on an errand to the milliner's. In short, Sir Thomas's correspondence fell into pitiful arrears, and my Lady had another lady's maid.

At last the General, who was one of the least patient of military commanders, arose from his place in a violent access of passion, and indicated to his secretary that he had no further need for his services, with one of those explanatory gestures which are most rarely employed between gentlemen. The door being unfortunately open, Mr. Hartley fell downstairs head foremost.

He arose somewhat hurt and very deeply aggrieved.

The life in the General's house precisely suited him; he moved, on a more or less doubtful footing, in very genteel company, he did little, he ate of the best, and he had a lukewarm satisfaction in the presence of Lady Vandeleur, which, in his own heart, he dubbed by a more emphatic name.

Immediately after he had been outraged by the military foot, he hurried to the boudoir and recounted his sorrows.

"You know very well, my dear Harry," replied Lady Vandeleur, for she called him by name like a child or a domestic servant, "that you never by any chance do what the General tells you. No more do I, you may say. But that is different. A woman can earn her pardon for a good year of disobedience by a single adroit submission; and, besides, no one is married to his private secretary. I shall be sorry to lose you; but since you cannot stay longer in a house where you have been insulted, I shall wish you good-bye, and I promise you to make the General smart for his behaviour."

Harry's countenance fell; tears came into his eyes, and he gazed on Lady Vandeleur with a tender reproach.

"My Lady," said he, "what is an insult? I should think little

indeed of any one who could not forgive them by the score. But to

leave one's friends; to tear up the bonds of affection - "

He was unable to continue, for his emotion choked him, and he began to weep.

Lady Vandeleur looked at him with a curious expression. "This little fool," she thought, "imagines himself to be in love with me. Why should he not become my servant instead of the General's? He is good-natured, obliging, and understands dress; and

prolongado le inspiraba verdadera aversión; le disgustaba mancharse los dedos de tinta; y los encantos de lady Vandeleur y sus ropajes le llevaban con mucha frecuencia de la biblioteca al gabinete. Tenía con las mujeres las maneras más delicadas, disfrutaba hablando de modas y nada le hacía más feliz que criticar el color de un lazo o llevar un encargo a la modista. En suma, la correspondencia de sir Thomas sufrió un retraso lamentable y la dueña de casa tuvo una nueva criada.

Un buen día el general, uno de los jefes militares más impacientes, se levantó de su asiento presa de un violento ataque de cólera e informó a su secretario que en adelante no tendría necesidad de sus servicios, valiéndose, a manera de explicación, de uno de aquellos gestos que muy rara vez se usan entre caballeros. Por desgracia, la puerta estaba abierta y el señor Hartley rodó por las escaleras.

Se incorporó algo maltrecho y profundamente resentido. La vida en casa del general era de su predilección; su condición, más o menos ambigua, le permitía alternar con la gente distinguida; trabajaba poco, comía muy bien y en presencia de lady Vandeleur le invadía una vaga complacencia a la que en su propio corazón daba un nombre más enfático.

Inmediatamente después de sufrir el ultraje inferido por el pie militar, corrió al gabinete a contar sus penas.

-Sabe usted muy bien, mi querido Harry -le dijo lady Vandeleur, que le llamaba por su nombre, como a un niño o a un criado-, que usted no hace nunca, ni por casualidad, lo que le ordena el general. Tampoco yo, me dirá usted. Pero la cosa es distinta. Una mujer puede hacerse perdonar un año entero de desobediencia con un solo acto de hábil sumisión; además, no se acuesta con su secretario. Sentiré mucho perderle pero, como no puede quedarse donde le han insultado, le deseo buena suerte y le prometo que el general se arrepentirá de su comportamiento.

Harry se sintió anonadado; se le cayeron las lágrimas y se quedó mirando a lady Vandeleur con un gesto de tenue reproche.

-Señora -dijo-, ¿qué es un insulto? Toda persona seria puede perdonarlos por docenas. Pero abandonar a los amigos; romper los lazos del afecto...

No pudo seguir, pues le ahogaba la emoción, y se echó a llorar.

Lady Vandeleur le miró con una expresión curiosa.

«Este joven imbécil -pensaba- cree estar está enamorado de mí. ¿Por qué no servirme de él? Tiene buena pasta, es servicial, sabe de modas. Además, así no se meterá en líos: es demasiado guapo para dejarle suelto en plaza.»

Esa noche habló con el general, que se sentía un poco

besides it will keep him out of mischief. He is positively too pretty to be unattached." That night she talked over the General, who was already somewhat ashamed of his vivacity; and Harry was transferred to the feminine department, where his life was little short of heavenly. He was always dressed with uncommon nicety, wore delicate flowers in his button-hole, and could entertain a visitor with tact and pleasantry. He took a pride in servility to a beautiful woman; received Lady Vandeleur's commands as so many marks of favour; and was pleased to exhibit himself before other men, who derided and despised him, in his character of male lady's-maid and man milliner. Nor could he think enough of his existence from a moral point of view. Wickedness seemed to him an essentially male attribute, and to pass one's days with a delicate woman, and principally occupied about trimmings, was to inhabit an enchanted isle among the storms of life. One fine morning he came into the drawing-room and began to arrange some music on the top of the piano. Lady Vandeleur, at the other end of the apartment, was speaking somewhat eagerly with her brother, Charlie Pendragon, an elderly young man, much broken with dissipation, and very lame of one foot. The private secretary, to whose entrance they paid no regard, could not avoid overhearing a part of their conversation. "To-day or never," said the lady. "Once and for all, it shall be done to-day." "To-day, if it must be," replied the brother, with a sigh. "But it is a false step, a ruinous step, Clara; and we shall live to repent it dismally." Lady Vandeleur looked her brother steadily and somewhat strangely in the face. "You forget," she said; "the man must die at last." "Upon my word, Clara," said Pendragon, "I believe you are the most heartless rascal in England." "You men," she returned, "are so coarsely built, that you can never appreciate a shade of meaning. You are yourselves rapacious, violent, immodest, careless of distinction; and yet the least thought for the future shocks you in a woman. I have no patience with such stuff. You would despise in a common banker the imbecility that you expect to find in us." "You are very likely right," replied her brother; "you were always cleverer than I. And, anyway, you know my motto: The family before all." "Yes, Charlie," she returned, taking his hand in hers, "I know your motto better than you know it yourself. 'And Clara before the family!' Is not that the second part of it? Indeed, you are the best of brothers, and I love you dearly." Mr. Pendragon got up, looking a little confused by these

arrepentido de su verbosidad, y Harry fue transferido al área femenina, en el que su vida se hizo poco menos que celestial. Siempre iba vestido de punta en blanco, lucía delicadas flores en el ojal y atendía a todo visitante con tacto y buen humor. Su relación servil con una dama tan hermosa le llenaba de orgullo; recibía las órdenes de lady Vandeleur como muestras de favor; gustaba de exhibirse ante otros hombres, que se burlaban de él y le despreciaban, en su condición de criada y modista masculino. No se cansaba de pensar en su existencia, considerándola bajo un punto de vista moral. La maldad le parecía un atributo fundamentalmente viril, y pasar los días con una mujer tan fina, ocupado sobre todo de sus vestidos y alhajas, era como vivir en una isla encantada en medio del proceloso mar de la vida.

Una mañana entró al salón y comenzó a arreglar unos partituras sobre el piano. Al otro extremo de la habitación, lady Vandeleur conversaba animadamente con su hermano, Charlie Pendragon, un joven con una fuerte cojera a quien la vida disipada había envejecido antes de tiempo. El secretario privado, a cuya entrada no prestaron atención, escuchó sin querer lo que hablaban.

-Ahora o nunca -decía la señora-. Debe ser hoy, de una vez por todas.

-Pues hoy, si así debe ser -respondió su hermano con un suspiro-. Pero es un error, Clara, un grave error que nos pesará en el alma.

Lady Vandeleur miró a su hermano fijamente, de manera algo extraña.

-Te olvidas de que, al fin y al cabo, ese hombre debe morir -le dijo.

-Mi querida Clara -dijo Pendragon-, eres la bribona más desalmada de Inglaterra.

-Y vosotros los hombres sois tan groseros que no sabéis distinguir los matices -contestó ella-. Sois rapaces, rudos, incapaces de la menor distinción y, sin embargo, cuando una mujer se permite ser precavida, os lleváis las manos a la cabeza. Carezco de paciencia para soportar esas tonterías; despreciaríais en un banquero la estupidez que esperáis de nosotras.

-Es posible que tengas razón -admitió su hermano-. Siempre fuiste más lista que yo. Ya sabes mi lema: «Ante todo la familia».

-Sí, Charlie -respondió ella, cogiendo la mano de su hermano entre las suyas-. Conozco tu lema mejor que tú. Y «antes que la familia, Clara». ¿No es ésa la segunda parte? Eres el mejor de los hermanos y te quiero mucho. El señor Pendragon se puso en pie, confundido por tantos mimos fraternales.

family endearments.

"I had better not be seen," said he. "I understand my part to a miracle, and I'll keep an eye on the Tame Cat."

"Do," she replied. "He is an abject creature, and might ruin all."

She kissed the tips of her fingers to him daintily; and the brother withdrew by the boudoir and the back stair.

"Harry," said Lady Vandeleur, turning towards the secretary as soon as they were alone, "I have a commission for you this morning. But you shall take a cab; I cannot have my secretary freckled."

She spoke the last words with emphasis and a look of half-motherly pride that caused great contentment to poor Harry; and he professed himself charmed to find an opportunity of serving her.

"It is another of our great secrets," she went on archly, "and no one must know of it but my secretary and me.

Sir Thomas would make the saddest disturbance; and if you only knew how weary I am of these scenes! Oh, Harry, Harry, can you explain to me what makes you men so violent and unjust? But, indeed, I know you cannot; you are the only man in the world who knows nothing of these shameful passions; you are so good, Harry, and so kind; you, at least, can be a woman's friend; and, do you know? I think you make the others more ugly by comparison."

"It is you," said Harry gallantly, "who are so kind to me. You

treat me like - "

"Like a mother," interposed Lady Vandeleur; "I try to be a mother to you. Or, at least," she corrected herself with a smile, "almost a mother. I am afraid I am too young to be your mother really. Let us say a friend - a dear friend."

She paused long enough to let her words take effect in Harry's sentimental quarters, but not long enough to allow him a reply.

"But all this is beside our purpose," she resumed. "You will find a bandbox in the left-hand side of the oak wardrobe; it is underneath the pink slip that I wore on Wednesday with my Mechlin. You will take it immediately to this address," and she gave him a paper, "but do not, on any account, let it out of your hands until you have received a receipt written by myself. Do you understand? Answer, if you please - answer! This is extremely important, and I must ask you to pay some attention."

Harry pacified her by repeating her instructions perfectly; and she was just going to tell him more when General Vandeleur flung into the apartment, scarlet with anger, and holding a long and elaborate milliner's bill in his hand.

-Más vale que no me vean -dijo-. Sé mi papel al pie de la letra y no perderé de vista al manso gatito.

-Eso, sobre todo -respondió ella-. Es un bicho muy miedoso y puede echarlo todo a perder.

Le lanzó un beso con la mano y su hermano se retiró, pasando por el gabinete y la escalera de servicio.

-Harry -dijo lady Vandeleur, volviéndose a su secretario tan pronto como estuvieron solos-, tengo un encargo para usted esta mañana. Tendrá que coger un coche, no quiero que mi secretario camine con este sol, que es malo para la piel.

Dijo estas palabras con énfasis, con una mirada de orgullo semimaternal; el pobre Harry, feliz, se declaró encantado de servirla.

-Éste será otro de nuestros grandes secretos -siguió diciendo la señora-, nadie debe saberlo, salvo mi secretario y yo. Sir Thomas haría un escándalo: ¡si supiera usted lo que estoy me molestan sus escenas! Ah, Harry, Harry: ¿puede explicarme por qué son los hombres tan injustos y prepotentes? No, sé muy bien que no puede, puesto que es el único hombre del mundo que lo ignora todo de las pasiones vergonzosas. ¡Usted es tan bueno y amable! Al menos, puede ser amigo de una mujer y, ¿sabe?, creo que, en comparación, los demás parecen todavía más desagradables.

-Es usted quien se porta amablemente conmigo -dijo Harry, siempre galante-. Me trata como...

-Como una madre -le interrumpió lady Vandeleur-. Trato de ser una madre para usted. O, por lo menos -se corrigió, con una sonrisa-, casi una madre. Creo ser demasiado joven todavía. Digamos que una amiga, una querida amiga.

Se interrumpió lo suficiente para que sus palabras hiciesen efecto en el sentimental joven, aunque no lo bastante como para darle tiempo a responder.

-Pero todo esto no viene al caso -siguió diciendo-. Encontrará usted, a la izquierda, en el armario de roble, una sombrerera: está bajo el vestido color rosa que me puse el miércoles, junto a mi encaje de Malinas. Llévela en el acto a esta dirección -y le dio un papel-, pero no la entregue de ninguna manera hasta que no le hayan dado un recibo escrito por mí misma. ¿Me entiende usted? Conteste, por favor..., ¡contésteme! Esto es de la mayor importancia y debo pedirle toda su atención.

Harry la tranquilizó repitiendo sus instrucciones, y la señora iba a continuar cuando el general Vandeleur penetró atropelladamente al apartamento, rojo de ira, llevando en la mano lo que parecía ser una larga y minuciosa cuenta de la modista.

-¿Quiere usted ver esto, señora? -exclamaba a gritos-

"Will you look at this, madam?" cried he. "Will you have the goodness to look at this document? I know well enough you married me for my money, and I hope I can make as great allowances as any other man in the service; but, as sure as God made me, I mean to put a period to this disreputable prodigality."

"Mr. Hartley," said Lady Vandeleur, "I think you understand what you have to do. May I ask you to see to it at once?"

"Stop," said the General, addressing Harry, "one word before you go." And then, turning again to Lady Vandeleur, "What is this precious fellow's errand?" he demanded. "I trust him no further than I do yourself, let me tell you. If he had as much as the rudiments of honesty, he would scorn to stay in this house; and what he does for his wages is a mystery to all the world. What is his errand, madam? and why are you hurrying him away?"

"I supposed you had something to say to me in private," replied the lady.

"You spoke about an errand," insisted the General. "Do not attempt to deceive me in my present state of temper. You certainly spoke about an errand."

"If you insist on making your servants privy to our humiliating dissensions," replied Lady Vandeleur, "perhaps I had better ask Mr. Hartley to sit down. No?" she continued; "then you may go, Mr. Hartley. I trust you may remember all that you have heard in this room; it may be useful to you."

Harry at once made his escape from the drawing-room; and as he ran upstairs he could hear the General's voice upraised in declamation, and the thin tones of Lady Vandeleur planting icy repartees at every opening. How cordially he admired the wife! How skilfully she could evade an awkward question! with what secure effrontery she repeated her instructions under the very guns of the enemy! and on the other hand, how he detested the husband!

There had been nothing unfamiliar in the morning's events, for he was continually in the habit of serving Lady Vandeleur on secret missions, principally connected with millinery. There was a skeleton in the house, as he well knew. The bottomless extravagance and the unknown liabilities of the wife had long since swallowed her own fortune, and threatened day by day to engulf that of the husband. Once or twice in every year exposure and ruin seemed imminent, and Harry kept trotting round to all sorts of furnishers' shops, telling small fibs, and paying small advances on the gross amount, until another term was tided over, and the lady and her faithful secretary breathed again. For Harry, in a double capacity, was heart and soul upon that

¿Quiere usted tener la bondad de echar una mirada a esta factura? Sé muy bien que se casó usted conmigo por mi dinero, y estoy dispuesto a ser tan indulgente como cualquier otro oficial pero, ¡vive Dios!, hay que poner fin a este vergonzoso dispendio.

-Señor Hartley -dijo lady Vandeleur-, creo que ha entendido usted la comisión. Le ruego que vaya ahora mismo. -Un momento -dijo el general, dirigiéndose a Harry-. Dos palabras, antes de que se vaya usted. -Y, volviéndose a su mujer: ¿Cuál es la comisión de este joven? Permítame decirle que no confío en él más que en usted. Si le quedase un mínimo de honradez no se habría marchado de esta casa, y lo que hace para ganarse su sueldo es un misterio general. ¿Dónde le envía usted, señora? ¿Y por qué tan de prisa?

-Creí que quería decirme algo en privado -respondió la señora.

-Habló usted de una comisión -insistió el general-. No trate de engañarme en mi estado de ánimo. Estoy seguro de que habló de una comisión.

-Si se empeña en que los criados sean testigos de estas humillantes discusiones -respondió lady Vandeleur-, tal vez debo pedirle al señor Hartley que tome asiento. ¿No? Entonces puede irse, señor Hartley. Confío en que recuerde todo lo presenciado en esta habitación: puede serle útil.

Harry huyó del salón y, mientras subía corriendo a los altos, siguió oyendo la voz del general, con tonos más declamatorios, y la aguda voz de lady Vandeleur, que interponía respondía heladamente cada vez que se le presentaba la ocasión. ¡Qué admiración sentía Harry por la mujer! ¡Con qué habilidad sabía eludir una pregunta indiscreta! ¡Con qué descaro tan seguro de sí había repetido sus instrucciones ante las mismas barbas del enemigo! Y, de otra parte, ¡cómo detestaba al marido!

Nada había de extraño en lo ocurrido esa mañana, pues tenía por costumbre cumplir misiones secretas a lady Vandeleur, sobre todo con la modista. Harry sabía muy bien el terrible secreto que escondía la casa: la extravagancia sin fondo de la señora y sus deudas incalculables habían devorado hacía tiempo su fortuna y amenazaban día a día acabar con la del marido. Una o dos veces al año parecía que el escándalo y la ruina eran inminentes. Entonces Harry trotaba a toda clase de tiendas, contaba mentiras, entregaba pequeños adelantos a cuenta, hasta que todo se arreglaba y la dama y su fiel secretario volvían a respirar. Harry se hallaba doblemente comprometido con uno de los dos bandos: no sólo adoraba a lady Vandeleur y aborrecía al marido, sino que su temperamento simpatizaba con el

side of the war: not only did he adore Lady Vandeleur and fear and dislike her husband, but he naturally sympathised with the love of finery, and his own single extravagance was at the tailor's.

He found the bandbox where it had been described, arranged his toilette with care, and left the house. The sun shone brightly; the distance he had to travel was considerable, and he remembered with dismay that the General's sudden irruption had prevented Lady Vandeleur from giving him money for a cab. On this sultry day there was every chance that his complexion would suffer severely; and to walk through so much of London with a bandbox on his arm was a humiliation almost insupportable to a youth of his character. He paused, and took counsel with himself. The Vandeleurs lived in Eaton Place; his destination was near Notting Hill; plainly, he might cross the Park by keeping well in the open and avoiding populous alleys; and he thanked his stars when he reflected that it was still comparatively early in the day.

Anxious to be rid of his incubus, he walked somewhat faster than his ordinary, and he was already some way through Kensington Gardens when, in a solitary spot among trees, he found himself confronted by the General.

"I beg your pardon, Sir Thomas," observed Harry, politely falling on one side; for the other stood directly in his path.

"Where are you going, sir?" asked the General.

"I am taking a little walk among the trees," replied the lad.

The General struck the bandbox with his cane.

"With that thing?" he cried; "you lie, sir, and you know you lie!"

"Indeed, Sir Thomas," returned Harry, "I am not accustomed to be questioned in so high a key."

"You do not understand your position," said the General.

"You are my servant, and a servant of whom I have conceived the most serious suspicions. How do I know but that your box is full of teaspoons?"

"It contains a silk hat belonging to a friend," said Harry.

"Very well," replied General Vandeleur. "Then I want to see your friend's silk hat. I have," he added grimly, "a singular curiosity for hats; and I believe you know me to be somewhat positive."

"I beg your pardon, Sir Thomas, I am exceedingly grieved," Harry apologised; "but indeed this is a private affair."

The General caught him roughly by the shoulder with one hand, while he raised his cane in the most menacing manner with the other. Harry gave himself up for lost; but at the same moment Heaven vouchsafed him an

amor a la elegancia; las únicas extravagancias que él mismo se permitía eran con el sastrero.

La sombrerera estaba donde le habían dicho, se arregló cuidadosamente para salir y dejó la casa. Era una mañana de sol; debía recorrer una distancia considerable y recordó con desaliento que la brusca irrupción del general había impedido que lady Vandeleur le entregase dinero para un coche. En un día tan caluroso, una caminata tan larga podía hacerle daño, y atravesar Londres con una caja de sombreros bajo el brazo era una humillación casi insoportable a un joven de su temperamento. Se detuvo a pensar lo que debía hacer. Los Vandeleur vivían en Eaton Place y su destino se hallaba cerca de Notting Hill: debía cruzar el parque, evitando los senderos más frecuentados, y dio gracias a su buena estrella de que todavía fuese relativamente temprano.

Alegre de librarse de su íncubo, echó a caminar algo más rápido que de costumbre, y ya estaba muy entrado en el parque de Kensington cuando, en un lugar solitario y entre árboles, se topó cara a cara con el general.

-Usted perdone, sir Thomas -dijo Harry, haciéndose a un lado cortésmente, pues el otro se había plantado en medio del camino.

-¿Dónde va usted, señor? -preguntó el general.

-Doy un paseo por el parque -contestó el joven. El general golpeó la sombrerera con el bastón.

-¿Con eso? -gritó-. Miente usted, señor, y sabe muy bien que miente.

-Sir Thomas -dijo Harry-, no estoy acostumbrado a que se me trate de esa forma.

-No entiende usted su situación -dijo el general-. Es usted mi criado, y además un criado que me inspira las más graves sospechas. ¿Cómo puedo saber que la sombrerera no está llena de mis cucharitas de té?

-Es la caja del sombrero de copa de un amigo -dijo Harry.

-Muy bien -respondió el general Vandeleur-. Entonces, quiero ver ese sombrero de copa. Los sombreros me inspiran gran curiosidad -añadió torvamente-, y usted sabe muy bien que no me gusta andar con rodeos.

-Le ruego que me perdone, sir Thomas -se disculpó Harry-. Lo siento muchísimo, pero es un asunto privado. El general le cogió bruscamente del brazo y levantó con una mano el bastón, en ademán de lo más amenazador.

Harry se creía ya perdido, pero en ese momento el cielo le envió un defensor inesperado en la persona de Charlie Pendragon, quien apareció entre los árboles.

-No haga usted eso, general -dijo-; no es ni cortés ni

unexpected defender in the person of Charlie Pendragon, who now strode forward from behind the trees.

"Come, come, General, hold your hand," said he, "this is neither courteous nor manly."

"Aha!" cried the General, wheeling round upon his new antagonist, "Mr. Pendragon! And do you suppose, Mr. Pendragon, that because I have had the misfortune to marry your sister, I shall suffer myself to be dogged and thwarted by a discredited and bankrupt libertine like you? My acquaintance with Lady Vandeleur, sir, has taken away all my appetite for the other members of her family."

"And do you fancy, General Vandeleur," retorted Charlie, "that because my sister has had the misfortune to marry you, she there and then forfeited her rights and privileges as a lady? I own, sir, that by that action she did as much as anybody could to derogate from her position; but to me she is still a Pendragon. I make it my business to protect her from ungentlemanly outrage, and if you were ten times her husband I would not permit her liberty to be restrained, nor her private messengers to be violently arrested."

"How is that, Mr. Hartley?" interrogated the General.

"Mr. Pendragon is of my opinion, it appears. He too suspects that Lady Vandeleur has something to do with your friend's silk hat."

Charlie saw that he had committed an unpardonable blunder, which he hastened to repair.

"How, sir?" he cried; "I suspect, do you say? I suspect nothing. Only where I find strength abused and a man brutalising his inferiors, I take the liberty to interfere." As he said these words he made a sign to Harry, which the latter was too dull or too much troubled to understand.

"In what way am I to construe your attitude, sir?" demanded Vandeleur.

"Why, sir, as you please," returned Pendragon.

The General once more raised his cane, and made a cut for Charlie's head; but the latter, lame foot and all, evaded the blow with his umbrella, ran in, and immediately closed with his formidable adversary.

"Run, Harry, run!" he cried; "run, you dolt! Harry stood petrified for a moment, watching the two men sway together in this fierce embrace; then he turned and took to his heels. When he cast a glance over his shoulder he saw the General prostrate under Charlie's knee, but still making desperate efforts to reverse the situation; and the Gardens seemed to have filled with people, who were running from all directions towards the scene of fight. This spectacle lent the secretary wings; and he did not relax his pace until he had gained the Bayswater road, and plunged at random into an unfrequented by-street.

valiente.

-¡Ah! -exclamó el general, volviéndose a su nuevo antagonista-. ¡Señor Pendragon! ¿Supone usted, señor Pendragon, que porque he tenido la desgracia de casarme con su hermana debo permitir que me persiga y me detenga un libertino arruinado y desacreditado como usted? Mi relación con lady Vandeleur, señor, me ha quitado las ganas de ver a los demás miembros de la familia.

-¿Y se imagina usted, general Vandeleur -replicó Charlie-, que porque mi hermana tuvo la desgracia de casarse con usted ha renunciado a todos los derechos y privilegios de una dama? Ese matrimonio, no lo niego, le hizo perder su posición pero, ante mis ojos sigue siendo una Pendragon. Vengo a defenderla de un ultraje tan poco caballeresco, y ya puede usted ser diez veces su marido: no permitiré que se limite su libertad, ni que se detenga por la violencia a sus mensajeros privados.

-¿Qué me dice usted, señor Hartley? -dijo el general-. Parece que el señor Pendragon es de mi misma opinión. También él cree que lady Vandeleur tiene algo que ver con el sombrero de copa de su amigo.

Charlie comprendió que había cometido un error imperdonable y se apresuró a repararlo.

-¿Cómo, señor? -dijo-. ¿Que yo sospecho algo, dice usted? Yo no sospecho nada. Me ha bastado ver que usted abusa de su fuerza y maltrata a los inferiores, para tomarme la libertad de intervenir.

Y mientras decía estas palabras le hacía señas a Harry, pero éste era demasiado lento o estaba demasiado turbado para comprenderlas.

-¿Cómo debo entender su actitud, señor? -quiso saber el general.

-Señor, como usted quiera -respondió Pendragon.

El general levantó otra vez el bastón y lanzó un golpe a la cabeza de Charlie quien, aunque cojo, lo paró con el paraguas, se adelantó y sujetó a su formidable adversario.

-¡Corra, Harry, corra! -gritaba-. ¡Rápido, idiota! Harry quedó petrificado durante un instante, observando a los dos hombres que forcejeaban en feroz abrazo y luego, dando media vuelta, se echó a correr. Todavía lanzó una mirada por encima del hombro, y vio al general por tierra, tratando esfuerzos por incorporarse, y a Charlie que le había puesto la rodilla encima; el parque parecía lleno de gente que corría de todas partes hacia el lugar de la pelea. El espectáculo agregó alas a los pies del secretario, que no disminuyó su carrera hasta llegar a Bayswater Road e internarse al azar en una callejuela poco frecuentada.

To see two gentlemen of his acquaintance thus brutally mauling each other was deeply shocking to Harry. He desired to forget the sight; he desired, above all, to put as great a distance as possible between himself and General Vandeleur; and in his eagerness for this he forgot everything about his destination, and hurried before him headlong and trembling. When he remembered that Lady Vandeleur was the wife of one and the sister of the other of these gladiators, his heart was touched with sympathy for a woman so distressingly misplaced in life. Even his own situation in the General's household looked hardly so pleasing as usual in the light of these violent transactions.

He had walked some little distance, busied with these meditations, before a slight collision with another passenger reminded him of the bandbox on his arm. "Heavens!" cried he, "where was my head? and whither have I wandered?"

Thereupon he consulted the envelope which Lady Vandeleur had given him. The address was there, but without a name. Harry was simply directed to ask for "the gentleman who expected a parcel from Lady Vandeleur," and if he were not at home to await his return. The gentleman, added the note, should present a receipt in the handwriting of the lady herself. All this seemed mightily mysterious, and Harry was above all astonished at the omission of the name and the formality of the receipt. He had thought little of this last when he heard it dropped in conversation; but reading it in cold blood, and taking it in connection with the other strange particulars, he became convinced that he was engaged in perilous affairs. For half a moment he had a doubt of Lady Vandeleur herself; for he found these obscure proceedings somewhat unworthy of so high a lady, and became more critical when her secrets were preserved against himself. But her empire over his spirit was too complete, he dismissed his suspicions, and blamed himself roundly for having so much as entertained them. In one thing, however, his duty and interest, his generosity and his terrors, coincided - to get rid of the bandbox with the greatest possible despatch.

He accosted the first policeman and courteously inquired his way. It turned out that he was already not far from his destination, and a walk of a few minutes brought him to a small house in a lane, freshly painted, and kept with the most scrupulous attention. The knocker and bell-pull were highly polished; flowering pot-herbs garnished the sills of the different windows; and curtains of some rich material concealed the interior from the eyes of curious passengers. The place had an air of repose and secrecy; and Harry was so far caught with this spirit that he knocked with more than usual discretion, and was

La imagen de dos caballeros conocidos aporreándose brutalmente fue para Harry algo verdaderamente espantoso. Quería olvidar lo que había visto; sobre todo, deseaba alejarse lo más posible del general Vandeleur; en su ansiedad, no pensó más en el lugar al que se dirigía y siguió para adelante, apurado y tembloroso. Cuando se acordaba de que lady Vandeleur estaba casada con uno de los gladiadores y era hermana del otro, sentía profunda compasión por alguien con tan mala suerte en la vida. Hasta su propio puesto en casa del general se le antojaba menos agradable que de costumbre a la luz de hechos tan desagradables.

Había avanzado cierta distancia absorto en estas meditaciones, cuando un ligero choque con un transeúnte le recordó la sombrerera que llevaba bajo el brazo.

-¡Cielos! -exclamó-. ¿Dónde tengo la cabeza? ¿Y dónde estoy?

Y consultó el sobre que le había dado la señora. En él constaban las señas, pero no había nombres. Las instrucciones de Harry eran «preguntar por el caballero que esperaba un paquete de parte de lady Vandeleur» y, si no estaba en casa, aguardar su regreso. El hombre, añadía la nota, debía entregarle un recibo de puño y letra de la propia señora. Aquello parecía muy misterioso, y a Harry le admiraban sobre todo la falta de nombre y la formalidad del recibo. No le había llamado la atención cuando lo escuchó pero, leyéndolo con sangre fría, y en relación con otros detalles extraños, se convenció de que estaba metido en un lío muy peligroso. Durante un segundo llegó a dudar de la propia lady Vandeleur, pues unos manejos tan turbios eran indignos de una gran dama, y se sentía más crítico por que ella no le había revelado sus secretos. No obstante, la señora ejercía un dominio tan grande sobre su espíritu que desechó sus sospechas y hasta se reprochó amargamente haberlas abrigado durante un momento.

Su deber y su interés coincidían en algo: su generosidad y sus temores; debía librarse con toda la rapidez posible de la sombrerera.

Preguntó por la dirección al primer policía que vio y supo que no se hallaba lejos de su destino. Unos minutos de caminata le llevaron a una pequeña casa recién pintada y mantenida con el cuidado más escrupuloso. El llamador y la campanilla estaban relucientes, las ventanas adornadas con macetas de flores y provistas de ricas cortinas que ocultaban el interior a las miradas curiosas. El lugar tenía un aire de reposo y de secreto, y Harry, ganado por el ambiente, golpeó la puerta con la mayor discreción, quitándose con especial cuidado el polvo de los zapatos.

more than usually careful to remove all impurity from his boots.

A servant-maid of some personal attractions immediately opened the door, and seemed to regard the secretary with no unkind eyes.

"This is the parcel from Lady Vandeleur," said Harry.

"I know," replied the maid, with a nod. "But the gentleman is from home. Will you leave it with me?"

"I cannot," answered Harry. "I am directed not to part with it but upon a certain condition, and I must ask you, I am afraid, to let me wait."

"Well," said she, "I suppose I may let you wait. I am lonely enough, I can tell you, and you do not look as though you would eat a girl. But be sure and do not ask the gentleman's name, for that I am not to tell you."

"Do you say so?" cried Harry. "Why, how strange! But indeed for some time back I walk among surprises. One question I think I may surely ask without indiscretion: Is he the master of this house?"

"He is a lodger, and not eight days old at that," returned the maid. "And now a question for a question: Do you know lady Vandeleur?"

"I am her private secretary," replied Harry with a glow of modest pride.

"She is pretty, is she not?" pursued the servant.

"Oh, beautiful!" cried Harry; "wonderfully lovely, and not less good and kind!"

"You look kind enough yourself," she retorted; "and I wager you are worth a dozen Lady Vandeleurs."

Harry was properly scandalised.

"I!" he cried. "I am only a secretary!"

"Do you mean that for me?" said the girl. "Because I am only a housemaid, if you please." And then, relenting at the sight of Harry's obvious confusion, "I know you mean nothing of the sort," she added; "and I like your looks; but I think nothing of your Lady Vandeleur. Oh, these mistresses!" she cried. "To send out a real gentleman like you - with a bandbox - in broad day!"

During this talk they had remained in their original positions - she on the doorstep, he on the side-walk, bareheaded for the sake of coolness, and with the bandbox on his arm. But upon this last speech Harry, who was unable to support such point-blank compliments to his appearance, nor the encouraging look with which they were accompanied, began to change his attitude, and glance from left to right in perturbation. In so doing he turned his face towards the lower end of the lane, and there, to his indescribable dismay, his eyes encountered those of General Vandeleur. The General, in a prodigious fluster of heat, hurry, and indignation, had been scouring the streets in

Una criada bastante atractiva le abrió la puerta y pareció observar al secretario con ojos llenos de simpatía.

-Traigo un paquete de lady Vandeleur -dijo Harry. -Ya lo sé -respondió la muchacha-, pero el caballero no se encuentra en casa. ¿Quiere usted dejar el paquete? -No puedo. Tengo instrucciones de entregarlo sólo bajo cierta condición. Le ruego que permita que le espere. - Bueno -dijo ella-. Supongo que puedo permitirselo. Estoy muy sola, se lo aseguro, y usted no parece de esos tipos que devoran jovencitas. Pero no me pregunte el nombre del caballero porque no se lo puedo decir.

-¡Caramba! -exclamó Harry-. ¡Qué cosa más rara! Pero desde hace un tiempo voy de sorpresa en sorpresa. Creo que puedo preguntarle algo sin ser indiscreto: ¿es el dueño de la casa?

-Es un inquilino, y desde hace unos ocho días -respondió la criada-. Y ahora le hago yo una pregunta: ¿conoce usted a lady Vandeleur?

-Soy su secretario privado -dijo Harry, con el fuego del orgullo contenido.

-¿Es bonita, verdad?

-¡Ah, hermosísima! Muy bonita, y buena, y amable.

-Usted también parece amable -dijo ella-, y le apuesto que vale por una docena de esas ladies Vandeleur.

Harry se sintió escandalizado.

-¡Yo soy el secretario, nada más!

-¿Lo dice por mí? -preguntó la joven-. Porque yo soy la criada y nada más. -Y luego, ante la evidente confusión de Harry, agregó:- Ya sé que no lo dice con mala intención. Me cae usted bien y su lady Vandeleur no me importa nada. ¡Oh, estos señores! -añadió, levantando la voz-. Enviar a un caballero de verdad como usted, con esa caja de sombreros, y a pleno día.

Mientras conversaban habían mantenido en las posiciones de un comienzo, ella en el umbral, él en la acera, con la cabeza descubierta para estar más fresco y la caja bajo el brazo. Pero después de estas últimas palabras, Harry no pudo soportar tantos elogios a quemarropa, ni la mirada incitadora que los acompañaba, y empezó a moverse y a mirar, algo confuso, a derecha e izquierda. Al volver la cara hacia el extremo inferior de la calle, sus ojos tropezaron, para su indescriptible desaliento, con los del general Vandeleur.

El general, en un arrebató de calor, urgencia e indignación, recorría las calles en busca de su cuñado pero, tan pronto como divisó al delincuente secretario, cambió de propósito, su cólera se encauzó por una nueva vía, y se precipitó a su encuentro con muecas y

chase of his brother-in-law; but so soon as he caught a glimpse of the delinquent secretary, his purpose changed, his anger flowed into a new channel, and he turned on his heel and came tearing up the lane with truculent gestures and vociferations.

Harry made but one bolt of it into the house, driving the maid before him; and the door was slammed in his pursuer's countenance.

"Is there a bar? Will it lock?" asked Harry, while a salvo on the knocker made the house echo from wall to wall.

"Why, what is wrong with you?" asked the maid. "Is it this old gentleman?"

"If he gets hold of me," whispered Harry, "I am as good as dead. He has been pursuing me all day, carries a sword-stick, and is an Indian military officer."

"These are fine manners," cried the maid. "And what, if you please, may be his name?"

"It is the General, my master," answered Harry. "He is after this bandbox."

"Did not I tell you?" cried the maid in triumph. "I told you I thought worse than nothing of your Lady Vandeleur; and if you had an eye in your head you might see what she is for yourself. An ungrateful minx, I will be bound for that!"

The General renewed his attack upon the knocker, and his passion growing with delay, began to kick and beat upon the panels of the door.

"It is lucky," observed the girl, "that I am alone in the house; your General may hammer until he is weary, and there is none to open for him. Follow me!"

So saying she led Harry into the kitchen, where she made him sit down, and stood by him herself in an affectionate attitude, with a hand upon his shoulder. The din at the door, so far from abating, continued to increase in volume, and at each blow the unhappy secretary was shaken to the heart.

"What is your name?" asked the girl.

"Harry Hartley," he replied.

"Mine," she went on, "is Prudence. Do you like it?"

"Very much," said Harry. "But hear for a moment how the General beats upon the door. He will certainly break it in, and then, in heaven's name, what have I to look for but death?"

"You put yourself very much about with no occasion," answered Prudence. "Let your General knock, he will do no more than blister his hands. Do you think I would keep you here if I were not sure to save you? Oh, no, I am a good friend to those that please me! and we have a back door upon another lane. But," she added, checking him, for he had got upon his feet immediately on this welcome news, "but I will not show where it is unless

vociferaciones de lo más soeces.

Harry entró de un salto en la casa, empujando a la criada delante suyo, y pegó un portazo en las narices de su perseguidor.

-¿Hay una tranca? ¿La puerta se cierra con llave? -preguntó, mientras toda la casa resonaba con la salva de golpes que el general descargaba con el llamador.
-¿Por qué, qué le pasa? -dijo la criada-. ¿Le asusta ese señor?

-Si me atrapa soy hombre muerto -contestó Harry en susurros-. Me ha perseguido todo el día y lleva un estoque en el bastón; es un oficial del ejército de la India.

-¿Qué manera de portarse! ¿Y cómo se llama?

-Es el general para quien trabajo. Quiere apoderarse de esta sombrerera.

-¿No se lo dije? -dijo la joven con un gesto de triunfo-. Ya sabía yo que su lady Vandeleur no valía nada, y si usted tuviera ojos en la cara, también lo vería. ¡Una descarada, una falsa, se lo digo yo!

El general continuaba en sus ataques con el aldabón y, furioso por que no le abrían, empezó a lanzar puntapiés y puñetazos contra la puerta.

-Afortunadamente estoy sola en la casa -observó la muchacha-. Su general puede dar golpes hasta que se harte, no hay nadie para abrirle. ¡Venga conmigo! Al decir esto, condujo a Harry a la cocina, le hizo sentarse y se quedó junto a él, poniéndole afectuosamente la mano en el hombro. El estrépito de los aldabonazos, lejos de disminuir, se hacía atronador, y cada golpe hacía temblar al pobre secretario.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó la muchacha.

-Harry Hartley.

-Yo me llamo Prudence. ¿Le gusta mi nombre?

-Es encantador -dijo Harry-. Pero oiga esos golpes. Ese hombre acabará por romper la puerta y, Dios me ayude, será para mí una muerte segura.

-Se altera demasiado -contestó Prudence-. Déjele que golpee, se lastimará las manos. ¿Cree usted que lo tendría aquí si no estuviese segura de salvarle? No, yo soy buena amiga de la gente que me cae bien, y la puerta de servicio da a otra calle. Pero -añadió, pues Harry se había puesto en pie de un salto al oír la buena noticia- no se la enseñaré si no me besa. ¿Quiere darme un besito, Harry?

-Por supuesto -respondió Harry, acordándose de su

you kiss me. Will you, Harry?"

"That I will," he cried, remembering his gallantry, "not for your back door, but because you are good and pretty."

And he administered two or three cordial salutes, which were returned to him in kind.

Then Prudence led him to the back gate, and put her hand upon the key.

"Will you come and see me?" she asked.

"I will indeed," said Harry. "Do not I owe you my life?"

"And now," she added, opening the door, "run as hard as you can, for I shall let in the General."

Harry scarcely required this advice; fear had him by the forelock; and he addressed himself diligently to flight.

A few steps, and he believed he would escape from his trials, and return to Lady Vandeleur in honour and safety. But these few steps had not been taken before he

heard a man's voice hailing him by name with many execrations, and, looking over his shoulder, he beheld Charlie Pendragon waving him with both arms to return.

The shock of this new incident was so sudden and profound, and Harry was already worked into so high a state of nervous tension, that he could think of nothing better than to accelerate his pace, and continue running.

He should certainly have remembered the scene in Kensington Gardens; he should certainly have concluded that, where the General was his enemy,

Charlie Pendragon could be no other than a friend. But such was the fever and perturbation of his mind that he was struck by none of these considerations, and only continued to run the faster up the lane.

Charlie, by the sound of his voice and the vile terms that he hurled after the secretary, was obviously beside himself with rage. He, too, ran his very best; but, try as he might, the physical advantages were not upon his side, and his outcries and the fall of his lame foot on the macadam began to fall farther and farther into the wake.

Harry's hopes began once more to arise. The lane was both steep and narrow, but it was exceedingly solitary, bordered on either hand by garden walls, overhung with foliage; and, for as far as the fugitive could see in front of him, there was neither a creature moving nor an open door. Providence, weary of persecution, was now offering him an open field for his escape.

Alas! as he came abreast of a garden door under a tuft of chestnuts, it was suddenly drawn back, and he could see inside, upon a garden path, the figure of a butcher's boy with his tray upon his arm. He had hardly recognised the fact before he was some steps beyond upon the other side. But the fellow had had time to observe him; he was evidently much surprised to see a gentleman go by at so unusual a pace; and he came out into the lane and

galantería-. Y no porque exista una puerta de servicio, sino porque es usted tan buena y tan bonita.

Y le administró dos o tres cariños que fueron retribuidos en especie.

Luego Prudence le llevó hasta la puerta y, poniendo la mano en la llave, le preguntó:

-¿Vendrá usted a verme?

-¡Claro que sí! -dijo Harry-. ¿No le debo acaso la vida?

-Ahora -dijo ella, abriendo la puerta- corra todo lo que pueda, que voy a dejar entrar al general.

Harry no tenía necesidad del consejo; el miedo le daba alas, y se dedicó a huir con la mayor diligencia. Unos cuantos pasos, pensaba, y superadas las pruebas, podría volver junto a lady Vandeleur con honor y seguridad.

Pero no había dado esos pasos y ya escuchaba una voz de hombre llamándole por su nombre entre maldiciones; al volver la cabeza vio a Charlie Pendragon que agitaba los brazos, haciéndole señas de regresar. La sorpresa de este nuevo incidente fue tan súbita y profunda, y Harry había llegado a tal punto de tensión nerviosa, que no se le ocurrió nada mejor que aumentar la velocidad de su fuga. Tendría que haber recordado, por supuesto, la escena en el parque de Kensington; debiera haber pensado que, si el general era su enemigo, Charlie Pendragon sólo podía ser un aliado. No obstante, tal era la fiebre y alteración de su ánimo que no tuvo presentes estas consideraciones y continuó calle arriba como alma que lleva el diablo.

Por su tono de voz y las imprecaciones que lanzaba contra el secretario, era claro que Charlie estaba enfurecido; corría también, lo más de prisa que podía, pero se hallaba en desventaja, y a pesar de sus gritos y los golpes que daba con el pie cojo contra el pavimento, empezó a perder cada vez más terreno.

Harry sintió que renacían sus esperanzas. La calle era estrecha y empinada, pero muy solitaria, con muros de jardines cubiertos de hiedra a ambos lados, y el fugitivo no veía delante de sí ni una sola persona, ni una puerta abierta. La Providencia, cansada de la persecución, le allanaba la ruta de escape.

¡Ay! Cruzaba delante de un jardín cuando de pronto se abrió una puerta, a la sombra de unos castaños, y vio la figura de un chico de carnicero, con una bandeja vacía, que se disponía a salir. Harry apenas si reparó en su presencia y ya estaba unos pasos más lejos, pero el muchacho tuvo tiempo de observarle. Le sorprendió mucho que un caballero corriendo por la calle y lanzó

began to call after Harry with shouts of ironical encouragement.
His appearance gave a new idea to Charlie Pendragon, who, although he was now sadly out of breath, once more upraised his voice.
"Stop, thief!" he cried.
And immediately the butcher's boy had taken up the cry and joined in the pursuit.
This was a bitter moment for the hunted secretary. It is true that his terror enabled him once more to improve his pace, and gain with every step on his pursuers; but he was well aware that he was near the end of his resources, and should he meet any one coming the other way, his predicament in the narrow lane would be desperate indeed.
"I must find a place of concealment," he thought, "and that within the next few seconds, or all is over with me in this world."
Scarcely had the thought crossed his mind than the lane took a sudden turning; and he found himself hidden from his enemies. There are circumstances in which even the least energetic of mankind learn to behave with vigour and decision; and the most cautious forget their prudence and embrace foolhardy resolutions. This was one of those occasions for Harry Hartley; and those who knew him best would have been the most astonished at the lad's audacity. He stopped dead, flung the bandbox over a garden wall, and leaping upward with incredible agility and seizing the copingstone with his hands, he tumbled headlong after it into the garden.
He came to himself a moment afterwards, seated in a border of small rosebushes. His hands and knees were cut and bleeding, for the wall had been protected against such an escalade by a liberal provision of old bottles; and he was conscious of a general dislocation and a painful swimming in the head. Facing him across the garden, which was in admirable order, and set with flowers of the most delicious perfume, he beheld the back of a house. It was of considerable extent, and plainly habitable; but, in odd contrast to the grounds, it was crazy, ill-kept, and of a mean appearance. On all other sides the circuit of the garden wall appeared unbroken.
He took in these features of the scene with mechanical glances, but his mind was still unable to piece together or draw a rational conclusion from what he saw. And when he heard footsteps advancing on the gravel, although he turned his eyes in that direction, it was with no thought either for defence or flight.
The new-comer was a large, coarse, and very sordid personage, in gardening clothes, and with a watering-pot in his left hand. One less confused would have been

detrás de sí gritos burlones.

Aquel mandadero hizo que Charlie Pendragon tuviera una nueva idea y, aunque casi sin aliento, tuvo fuerzas para levantar una vez más la voz:

-¡Al ladrón! -gritó-. ¡Al ladrón!

Y el chico del carnicero, repitiendo el grito, se unió en el acto a la persecución.

Fue un momento amargo para el pobre secretario. El miedo le hizo acelerar su carrera y ganar terreno sobre sus perseguidores, pero sabía que pronto estaría agotado y, si se topaba con alguien que viniese en dirección opuesta, su situación, en una calle tan estrecha, sería desesperada.

«Debo hallar donde esconderme -pensó-, y tiene que ser pronto o todo habrá terminado para mí en esta vida.»

No bien le había pasado esta idea por la cabeza, cuando la calle dobló a un lado y sus adversarios le perdieron de vista. Hay momentos en los que el menos tenaz de los hombres aprende a portarse con energía y firmeza, y el más precavido olvida su prudencia y adopta una decisión temeraria.

Esta fue una de esas situaciones para Harry Hartley, y los que mejor le conocían hubieran sido los más asombrados ante su audacia. Se detuvo de repente, lanzó la sombrerera por encima del muro, saltó con gran agilidad y, con la ayuda de las manos, pasó del otro lado y cayó de cabeza en el jardín.

Recobró el sentido poco después, sentado en medio de un arriate de rosales. Le sangraban las manos y las rodillas que se había cortado al saltar, pues el muro estaba protegido por una gran cantidad de cascotes de botella; sentía todo el cuerpo descoyuntado y una molesta sensación de mareo. Frente a él, más allá del jardín, que estaba maravillosamente ordenado y lleno de flores del perfume más agradable, vio la parte trasera de una casa. Era una casa grande e indudablemente habitada pero, en contraste con el jardín, era de apariencia fea, descuidada, algo siniestra. Los muros del jardín la rodeaban por todas partes.

Harry lo veía todo, pero su cabeza no conseguía registrar las cosas ni llegar a una conclusión racional. Oyó que alguien se aproximaba por el sendero y desvió la vista en esa dirección, sin saber si defenderse o huir.

El hombre que acababa de llegar era un personaje robusto, tosco, de aspecto mezquino, vestido de jardinero y con una regadera en la mano izquierda. Una

affected with some alarm at the sight of this man's huge proportions and black and lowering eyes. But Harry was too gravely shaken by his fall to be so much as terrified; and if he was unable to divert his glances from the gardener, he remained absolutely passive, and suffered him to draw near, to take him by the shoulder, and to plant him roughly on his feet, without a motion of resistance.

For a moment the two stared into each other's eyes, Harry fascinated, the man filled with wrath and a cruel, sneering humour.

"Who are you?" he demanded at last. "Who are you to come flying over my wall and break my GLOIRE DE DIJONS! What is your name?" he added, shaking him; "and what may be your business here?"

Harry could not as much as proffer a word in explanation.

But just at that moment Pendragon and the butcher's boy went clumping past, and the sound of their feet and their hoarse cries echoed loudly in the narrow lane. The gardener had received his answer; and he looked down into Harry's face with an obnoxious smile.

"A thief!" he said. "Upon my word, and a very good thing you must make of it; for I see you dressed like a gentleman from top to toe. Are you not ashamed to go about the world in such a trim, with honest folk, I dare say, glad to buy your cast-off finery second hand? Speak up, you dog," the man went on; "you can understand English, I suppose; and I mean to have a bit of talk with you before I march you to the station."

"Indeed, sir," said Harry, "this is all a dreadful misconception; and if you will go with me to Sir Thomas Vandeleur's in Eaton Place, I can promise that all will be made plain. The most upright person, as I now perceive, can be led into suspicious positions."

"My little man," replied the gardener, "I will go with you no farther than the station-house in the next street. The inspector, no doubt, will be glad to take a stroll with you as far as Eaton Place, and have a bit of afternoon tea with your great acquaintances. Or would you prefer to go direct to the Home Secretary? Sir Thomas Vandeleur, indeed! Perhaps you think I don't know a gentleman when I see one, from a common run-the-hedge like you? Clothes or no clothes, I can read you like a book. Here is a shirt that maybe cost as much as my Sunday hat; and that coat, I take it, has never seen the inside of Rag-fair, and then your boots - "

The man, whose eyes had fallen upon the ground, stopped short in his insulting commentary, and remained for a moment looking intently upon something at his feet. When he spoke his voice was strangely altered.

"What, in God's name," said he, "is all this?"

persona más en sus cabales se habría alarmado al ver su enorme estatura y la feroz mirada de sus ojos negros. Harry se hallaba excesivamente aturdido por la caída para tener miedo; no le quitó al jardinero los ojos de encima, pero no hizo nada y le permitió acercarse, cogerle del hombro y ponerle bruscamente de pie sin oponer, por su parte, la menor resistencia.

Durante un momento se miraron lentamente a los ojos, Harry fascinado y el hombre muy colérico, con expresión cruel y burlona.

-¿Quién eres tú? -preguntó por fin-. ¿Quién eres tú que saltas mi muro y destrozas mi Gloire de Dijon? ¿Cuál es tu nombre? -agregó, sacudiéndole-. ¿A qué has venido? Harry no lograba dar una sola palabra de explicación. En ese instante Pendragon y el muchacho cruzaron corriendo al otro lado del muro, y el ruido de sus pasos y sus gritos enronquecidos retumbaron en la calle. Las preguntas habían hallado respuesta y el jardinero dirigió su mirada a Harry con una sonrisa odiosa.

-¡Un ladrón! -dijo-. Creo que te debes ganar bien la vida, porque vas muy bien vestido, como un caballero. ¿No te da vergüenza ir tan bien aseado, cuando tanta gente honrada no dispone de ropas así ni de segunda mano? ¡Habla, rufián! Entiendes inglés, supongo, y tú y yo tenemos muchas cosas que hablar antes de que te lleve a la comisaría.

-Señor, esto es una equivocación -le contestó Harry-. Si quiere usted venir conmigo a casa de sir Thomas Vandeleur, en Eaton Place, le garantizo que todo podrá aclararse. La persona más respetable, me doy cuenta ahora, puede fácilmente convertirse en un sospechoso.

-Mira, jovenzuelo -dijo el jardinero-, contigo no voy sino a la comisaría de aquí al lado. El inspector irá a Eaton Place, y tendrá mucho gusto en tomar el té con tus grandes amistades. ¿O quieres que vayamos a ver al ministro? ¡Sir Thomas Vandeleur, dice! ¿Crees que no conozco a un caballero cuando le veo, y que le voy a confundir con un bellaco como tú? Ya puedes vestirme como quieras, que a mí no me engañas. ¡Miren esa camisa, que debe valer más que mi sombrero del domingo, y esa chaqueta acabada de estrenar, y esas botas!

La mirada del hombre había ido bajando y, de repente, detuvo sus comentarios ofensivos y se quedó con los ojos fijos en el suelo. Cuando volvió a hablar su voz se había alterado manera extraña.

-¿Pero qué es esto, en nombre del Señor?

Harry, following the direction of the man's eyes, beheld a spectacle that struck him dumb with terror and amazement. In his fall he had descended vertically upon the bandbox and burst it open from end to end; thence a great treasure of diamonds had poured forth, and now lay abroad, part trodden in the soil, part scattered on the surface in regal and glittering profusion. There was a magnificent coronet which he had often admired on Lady Vandeleur; there were rings and brooches, ear-drops and bracelets, and even unset brilliants rolling here and there among the rosebushes like drops of morning dew. A princely fortune lay between the two men upon the ground - a fortune in the most inviting, solid, and durable form, capable of being carried in an apron, beautiful in itself, and scattering the sunlight in a million rainbow flashes.

"Good God!" said Harry, "I am lost!"

His mind raced backwards into the past with the incalculable velocity of thought, and he began to comprehend his day's adventures, to conceive them as a whole, and to recognise the sad imbroglio in which his own character and fortunes had become involved. He looked round him as if for help, but he was alone in the garden, with his scattered diamonds and his redoubtable interlocutor; and when he gave ear, there was no sound but the rustle of the leaves and the hurried pulsation of his heart. It was little wonder if the young man felt himself deserted by his spirits, and with a broken voice repeated his last ejaculation - "I am lost!"

The gardener peered in all directions with an air of guilt; but there was no face at any of the windows, and he seemed to breathe again.

"Pick up a heart," he said, "you fool! The worst of it is done. Why could you not say at first there was enough for two? Two?" he repeated, "aye, and for two hundred! But come away from here, where we may be observed; and, for the love of wisdom, straighten out your hat and brush your clothes. You could not travel two steps the figure of fun you look just now."

While Harry mechanically adopted these suggestions, the gardener, getting upon his knees, hastily drew together the scattered jewels and returned them to the bandbox. The touch of these costly crystals sent a shiver of emotion through the man's stalwart frame; his face was transfigured, and his eyes shone with concupiscence; indeed it seemed as if he luxuriously prolonged his occupation, and dallied with every diamond that he handled. At last, however, it was done; and, concealing the bandbox in his smock, the gardener beckoned to Harry and preceded him in the direction of the house.

Near the door they were met by a young man evidently

Harry siguió la mirada del jardinero y vio un cuadro que le dejó mudo de sorpresa y terror. Al caer había aplastado con el cuerpo la sombrerera, que se había partido en dos, dejando a la vista un gran tesoro de diamantes, ahora hundidos en la tierra o esparcidos por el suelo con abundancia majestuosa y espléndida. Vio una magnífica diadema que había admirado muchas veces en lady Vandeleur; anillos y prendedores, pendientes y brazaletes, y hasta diamantes sin engastar, caídos entre los rosales como gotas de rocío matinal. Entre los dos hombres había por tierra un tesoro inmenso: un tesoro en su forma más atrayente, maciza y durable, que podía llevarse en un delantal, bellissimo en sí mismo, brillando a la luz del sol con mil destellos de todos los colores.

-¡Dios mío! -dijo Harry-. ¡Estoy perdido!

En ese momento su mente regresó al pasado con la velocidad incalculable del pensamiento y empezó a comprender sus aventuras del día, a coordinarlas como un todo y a reconocer la amarga situación en la que se hallaba involucrado. Miró alrededor tratando de encontrar ayuda, pero estaba solo en el jardín, con los diamantes desparramados y junto a su terrible interlocutor, y no oía sino el rumor de las hojas y los rápidos latidos de su propio corazón. No es de sorprender que, perdiendo el ánimo, el joven repitiera con voz quebrada: -¡Estoy perdido!

El jardinero miraba en todas direcciones con aire culpable, pero no había nadie asomado a las ventanas y pareció tranquilizarse.

-¡Ten valor, idiota! -dijo-. Lo peor ya ha pasado.

¿Cómo no me dijiste que hay bastante para dos? ¿Para dos? ¡Para doscientos! Vámonos de aquí, que nos pueden ver, y por amor de Dios, ponte el sombrero y límpiate. No puedes dar dos pasos con ese aspecto irrisorio.

Sin pensarlo, Harry hizo lo que el otro le decía; el jardinero se arrodilló y se puso a recoger las joyas, metiéndolas otra vez en la sombrerera. Nada más tocar los riquísimos cristales, su robusta figura se estremeció de pies a cabeza; la cara se le transfiguró, le brillaron los ojos de codicia; más aún, pareció demorar lujuriosamente su ocupación acariciando cada uno de los diamantes. Por fin, ocultó la caja entre sus ropas e hizo a Harry una señal de que le siguiera, dirigiéndose a la casa.

Cerca de la puerta hallaron a un joven, sin duda un religioso, moreno y muy bien plantado, pulcramente vestido como corresponde a su casta, en cuyo aspecto se

in holy orders, dark and strikingly handsome, with a look of mingled weakness and resolution, and very neatly attired after the manner of his caste. The gardener was plainly annoyed by this encounter; but he put as good a face upon it as he could, and accosted the clergyman with an obsequious and smiling air.

"Here is a fine afternoon, Mr. Rolles," said he: "a fine afternoon, as sure as God made it! And here is a young friend of mine who had a fancy to look at my roses. I took the liberty to bring him in, for I thought none of the lodgers would object."

"Speaking for myself," replied the Reverend Mr. Rolles, "I do not; nor do I fancy any of the rest of us would be more difficult upon so small a matter. The garden is your own, Mr. Raeburn; we must none of us forget that; and because you give us liberty to walk there we should be indeed ungracious if we so far presumed upon your politeness as to interfere with the convenience of your friends. But, on second thoughts," he added, "I believe that this gentleman and I have met before. Mr. Hartley, I think. I regret to observe that you have had a fall." And he offered his hand.

A sort of maiden dignity and a desire to delay as long as possible the necessity for explanation moved Harry to refuse this chance of help, and to deny his own identity. He chose the tender mercies of the gardener, who was at least unknown to him, rather than the curiosity and perhaps the doubts of an acquaintance.

"I fear there is some mistake," said he. "My name is Thomlinson and I am a friend of Mr. Raeburn's."

"Indeed?" said Mr. Rolles. "The likeness is amazing." Mr. Raeburn, who had been upon thorns throughout this colloquy, now felt it high time to bring it to a period.

"I wish you a pleasant saunter, sir," said he.

And with that he dragged Harry after him into the house, and then into a chamber on the garden. His first care was to draw down the blind, for Mr. Rolles still remained where they had left him, in an attitude of perplexity and thought. Then he emptied the broken bandbox on the table, and stood before the treasure, thus fully displayed, with an expression of rapturous greed, and rubbing his hands upon his thighs. For Harry, the sight of the man's face under the influence of this base emotion, added another pang to those he was already suffering. It seemed incredible that, from his life of pure and delicate trifling, he should be plunged in a breath among sordid and criminal relations. He could reproach his conscience with no sinful act; and yet he was now suffering the punishment of sin in its most acute and cruel forms - the dread of punishment, the suspicions of the good, and the companionship and contamination of vile and brutal natures. He felt he could lay his life

combinaban debilidad y resolución. El jardinero pareció contrariado por el encuentro, pero puso la mejor cara que pudo y, acercándose al clérigo con aire sonriente y obsequioso, le dijo:

-Hermosa tarde tenemos, señor Rolles. ¡Una hermosa tarde, como que Dios es grande! Este joven es un buen amigo que ha venido a ver mis rosas. Me he tomado la libertad de traerle y no creo que ninguno de los inquilinos se oponga.

-En cuanto a mí -contestó el reverendo señor Rolles-, no me opongo, ni creo que los demás puedan oponerse en un asunto de tan intrascendente. El jardín es suyo, señor Raeburn, ninguno de nosotros debe olvidarlo; y no porque nos haya permitido pasearnos por él tendremos la osadía de entrometernos, abusando de su cortesía, en lo que quieran sus amigos. Pero, si no me equivoco -añadió-, este caballero y yo nos conocemos. El señor Hartley, me parece. Lamento ver que se ha caído usted. Y tendió la mano.

Una dignidad excesivamente delicada, y la intensión de retrasar en lo posible toda aclaración, hizo que Harry desaprovechara aquella oportunidad de recibir ayuda. Negó su propia identidad y prefirió las bondades del jardinero, que por lo menos era un desconocido, a la curiosidad y quizá las dudas de alguien que le conocía.

-Me temo que se trata de una equivocación -respondió-. Me llamo Thomlimson y soy amigo del señor Raeburn. -¿En verdad? -dijo el señor Rolles-. El parecido es asombroso.

El señor Raeburn, que había estado en ascuas durante toda la conversación, creyó oportuno ponerle punto final. -Le deseo a usted un buen paseo, señor -dijo.

E hizo entrar a Harry a la casa; era una habitación que daba sobre el jardín. En primer lugar bajó las persianas, pues el señor Rolles seguía donde le habían dejado, con aire de reflexión y asombro. Después vació la sombrerera rota sobre una mesa y se sentó ante el tesoro así desplegado, frotándose las manos en los muslos, en un éxtasis de codicia. Para Harry, observar la cara de aquel hombre poseído por una emoción tan baja fue un nuevo golpe, además de los muchos que había recibido. Le parecía increíble que su vida, hasta entonces tan pura y delicada, se viera envuelta de pronto en algo tan sórdido y criminal. En conciencia, no tenía el menor pecado que reprocharse, pero padecía sus penas en sus formas más agudas y crueles: el miedo al castigo, la desconfianza en los buenos, la sociedad y la contaminación con seres despreciables y brutales. Hubiera dado con gusto su vida por escapar de la

down with gladness to escape from the room and the society of Mr. Raeburn.

"And now," said the latter, after he had separated the jewels into two nearly equal parts, and drawn one of them nearer to himself;

"and now," said he, "everything in this world has to be paid for, and some things sweetly. You must know, Mr. Hartley, if such be your name, that I am a man of a very easy temper, and good nature has been my stumbling-block from first to last. I could pocket the whole of these pretty pebbles, if I chose, and I should like to see you dare to say a word; but I think I must have taken a liking to you; for I declare I have not the heart to shave you so close. So, do you see, in pure kind feeling, I propose that we divide; and these," indicating the two heaps, "are the proportions that seem to me just and friendly. Do you see any objection, Mr. Hartley, may I ask? I am not the man to stick upon a brooch."

"But, sir," cried Harry, "what you propose to me is impossible. The jewels are not mine, and I cannot share what is another's, no matter with whom, nor in what proportions."

"They are not yours, are they not?" returned Raeburn.

"And you could not share them with anybody, couldn't you? Well now, that is what I call a pity; for here am I obliged to take you to the station. The police - think of that," he continued; "think of the disgrace for your respectable parents; think," he went on, taking Harry by the wrist; "think of the Colonies and the Day of Judgment."

"I cannot help it," wailed Harry. "It is not my fault.

You will not come with me to Eaton Place?"

"No," replied the man, "I will not, that is certain. And I mean to divide these playthings with you here."

And so saying he applied a sudden and severe torsion to the lad's wrist.

Harry could not suppress a scream, and the perspiration burst forth upon his face. Perhaps pain and terror quickened his intelligence, but certainly at that moment the whole business flashed across him in another light; and he saw that there was nothing for it but to accede to the ruffian's proposal, and trust to find the house and force him to disgorge, under more favourable circumstances, and when he himself was clear from all suspicion.

"I agree," he said.

"There is a lamb," sneered the gardener. "I thought you would recognise your interests at last. This bandbox," he continued, "I shall burn with my rubbish; it is a thing that curious folk might recognise; and as for you, scrape up your gaities and put them in your pocket."

Harry proceeded to obey, Raeburn watching him, and

habitación y de la compañía del señor Raeburn.

-Bien -dijo este último, cuando hubo colocado las joyas en dos montones casi idénticos y acercado uno de ellos a sí-, todo se paga en este mundo, y a veces de formas muy agradables. Debe usted saber, señor Hartley, si ése es su nombre, que soy hombre de buen carácter y que esta generosidad fue mi condena toda la vida. Ahora mismo podría embolsarme todas estas lindas piedrecitas, si se me antojara, y quisiera ver si se atreve usted a decirme algo. Pero me ha caído usted bien y la verdad es que no quisiera perjudicarlo. De modo que, por pura amabilidad, le propongo que las dividamos. Éstas - continuó diciendo, mientras señalaba con un gesto los dos montones- me parecen partes justas y amistosas. ¿Me permite preguntarle si tiene alguna objeción, señor Hartley? No voy a discutir por un prendedor más o menos.

-¡Señor, me propone usted algo imposible! -respondió Harry-. Las joyas no son mías y no puedo dividir las con nadie, cualquiera sea la proporción.

-¿No son suyas, entonces? -replicó Raeburn-. ¿Y no puede usted compartirlas con nadie? Pues bien, eso es lo que yo llamo una pena, porque no me queda más remedio que entregarle a la policía. La policía..., ¡piense en el deshonor de sus pobres padres; piense -y cogió a Harry por la muñeca-, piense en las cárceles coloniales y el día del Juicio Final!

-Nada puedo hacer -decía Harry con voz quejumbrosa-. No es culpa mía. ¿No quiere venir conmigo a Eaton Place?

-No -dijo el hombre-. De eso nada. Vamos a repartirnos estos chismes aquí mismo.

Y de pronto retorció con violencia la muñeca del joven. Harry lanzó un grito de dolor y su cara se cubrió de sudor. Quizás el pánico y el dolor avivaron su inteligencia, pues no cabe duda de que en ese momento, en un abrir y cerrar de ojos, vio todo lo que sucedía con una luz muy distinta, lo único razonable era aceptar el trato con el bribón, confiando en que, en circunstancias más favorables, libre ya de toda sospecha, podría dar con la casa y obligarle a devolver el botín.

-De acuerdo -dijo.

-Así me gusta -dijo con socarronería el jardinero-. Ya sabía yo que antepondrías tus intereses. Quemaré la sombrerera con las basuras, pues algún curioso podría reconocerla; tú recoge tus piedras y mételas en el bolsillo.

Harry obedeció; Raeburn le miraba hacer y, de vez en cuando, un vivo destello encendía su codicia; entonces

every now and again his greed rekindled by some bright scintillation, abstracting another jewel from the secretary's share, and adding it to his own.

When this was finished, both proceeded to the front door, which Raeburn cautiously opened to observe the street. This was apparently clear of passengers; for he suddenly seized Harry by the nape of the neck, and holding his face downward so that he could see nothing but the roadway and the doorsteps of the houses, pushed him violently before him down one street and up another for the space of perhaps a minute and a half. Harry had counted three corners before the bully relaxed his grasp, and crying, "Now be off with you!" sent the lad flying head foremost with a well-directed and athletic kick.

When Harry gathered himself up, half-stunned and bleeding freely at the nose, Mr. Raeburn had entirely disappeared. For the first time, anger and pain so completely overcame the lad's spirits that he burst into a fit of tears and remained sobbing in the middle of the road.

After he had thus somewhat assuaged his emotion, he began to look about him and read the names of the streets at whose intersection he had been deserted by the gardener. He was still in an unfrequented portion of West London, among villas and large gardens; but he could see some persons at a window who had evidently witnessed his misfortune; and almost immediately after a servant came running from the house and offered him a glass of water. At the same time, a dirty rogue, who had been slouching somewhere in the neighbourhood, drew near him from the other side.

"Poor fellow," said the maid, "how vilely you have been handled, to be sure! Why, your knees are all cut, and your clothes ruined! Do you know the wretch who used you so?"

"That I do!" cried Harry, who was somewhat refreshed by the water; "and shall run him home in spite of his precautions. He shall pay dearly for this day's work, I promise you."

"You had better come into the house and have yourself washed and brushed," continued the maid. "My mistress will make you welcome, never fear. And see, I will pick up your hat. Why, love of mercy!" she screamed, "if you have not dropped diamonds all over the street!"

Such was the case; a good half of what remained to him after the depredations of Mr. Raeburn, had been shaken out of his pockets by the summersault and once more lay glittering on the ground. He blessed his fortune that the maid had been so quick of eye; "there is nothing so bad but it might be worse," thought he; and the recovery of these few seemed to him almost as great an affair as the loss of all the rest. But, alas! as he stooped to pick up

quitaba una joya de la parte del secretario y la añadía a la suya.

Cuando Harry hubo terminado, se dirigieron a la puerta de calle. Raeburn la abrió cautelosamente y se asomó para ver si venía alguien. Al parecer la calle estaba desierta, pues de pronto agarró a Harry por la nuca y le hizo bajar la cabeza, de modo que sólo podía ver el suelo y los escalones de entrada de las casas, empujándole con violencia delante suyo por una calle, y luego por otra, durante quizás un minuto y medio. Harry contó tres esquinas antes de que el bribón le soltara y, diciéndole «¡Largo de aquí!», le arrojara al suelo de un puntapié atlético y bien dirigido.

Una vez que Harry se pudo incorporar, todavía medio aturdido y sangrando abundantemente por la nariz, el señor Raeburn había desaparecido. Por primera vez el dolor y la cólera vencieron al desgraciado joven, que se echó a llorar a lágrima viva en medio de la calle.

Cuando pudo calmarse un poco, miró a su alrededor y leyó los nombres de las calles donde le había abandonado el jardinero. Estaba en un barrio poco frecuentado del oeste de Londres, entre villas y grandes jardines, y vio unas cuantas personas en las ventanas, sin duda mudos testigos de su infortunio; poco después, una criada vino corriendo de una casa para ofrecerle un vaso de agua. Al mismo tiempo se le acercó también un vago mal encarado que rondaba por esas calles de Dios.

*-¡Pobre señor! -dijo la criada-. ¡Cómo le han dejado!
¡Le sangran las rodillas, tiene las ropas destrozadas!
¿Conoce usted al miserable que le hizo esto?*

-Sí que le conozco -respondió Harry, un poco repuesto tras beber el agua-, y le encontraré a pesar de sus precauciones. Lo que ha hecho hoy le costará caro, se lo aseguro.

-Venga usted a la casa para asearse y arreglarse un poco -dijo la muchacha-. No se preocupe, mi señora no lo tomará a mal. Mire usted, cogeré su sombrero. ¡Dios del cielo! -gritó-. ¡Pero si viene perdiendo diamantes por la calle!

Así era, en efecto; la mitad de las piedras que le quedaban después del asalto del señor Raeburn se le habían caído al rodar por tierra y ahora brillaban sobre el suelo. Dio gracias a su buena suerte de que la criada las hubiera visto, pensó que por mal que vayan las cosas siempre pueden ir peor, y recobrar unas cuantas joyas le pareció asunto tan importante como haber perdido las demás. ¡Ay! No bien se inclinó a recoger sus tesoros, el vago que le estaba mirando se abalanzó sobre él y la muchacha, les derribó, recogió algunos diamantes con

his treasures, the loiterer made a rapid onslaught, overset both Harry and the maid with a movement of his arms, swept up a double handful of the diamonds, and made off along the street with an amazing swiftness.

Harry, as soon as he could get upon his feet, gave chase to the miscreant with many cries, but the latter was too fleet of foot, and probably too well acquainted with the locality; for turn where the pursuer would he could find no traces of the fugitive.

In the deepest despondency, Harry revisited the scene of his mishap, where the maid, who was still waiting, very honestly returned him his hat and the remainder of the fallen diamonds. Harry thanked her from his heart, and being now in no humour for economy, made his way to the nearest cab-stand and set off for Eaton Place by coach.

The house, on his arrival, seemed in some confusion, as if a catastrophe had happened in the family; and the servants clustered together in the hall, and were unable, or perhaps not altogether anxious, to suppress their merriment at the tatterdemalion figure of the secretary.

He passed them with as good an air of dignity as he could assume, and made directly for the boudoir. When he opened the door an astonishing and even menacing spectacle presented itself to his eyes; for he beheld the General and his wife and, of all people, Charlie Pendragon, closeted together and speaking with earnestness and gravity on some important subject.

Harry saw at once that there was little left for him to explain - plenary confession had plainly been made to the General of the intended fraud upon his pocket, and the unfortunate miscarriage of the scheme; and they had all made common cause against a common danger.

"Thank Heaven!" cried Lady Vandeleur, "here he is!

The bandbox, Harry - the bandbox!"

But Harry stood before them silent and downcast.

"Speak!" she cried. "Speak! Where is the bandbox?"

And the men, with threatening gestures, repeated the demand.

Harry drew a handful of jewels from his pocket. He was very white.

"This is all that remains," said he. "I declare before Heaven it was through no fault of mine; and if you will have patience, although some are lost, I am afraid, for ever, others, I am sure, may be still recovered."

"Alas!" cried Lady Vandeleur, "all our diamonds are gone, and I owe ninety thousand pounds for dress!"

"Madam," said the General, "you might have paved the gutter with your own trash; you might have made debts to fifty times the sum you mention; you might have robbed me of my mother's coronet and ring; and Nature might have still so far prevailed that I could have

ambas manos y se perdió calle abajo con sorprendente agilidad.

Tan pronto como Harry se puso en pie, corrió dando gritos tras el ladrón, pero éste era muy rápido y debía conocer bien el barrio, pues cuando el perseguidor llegó a la esquina no se veían rastros del fugitivo.

Harry regresó profundamente abatido a la escena de su desgracia y la joven, que le estaba esperando, le devolvió con cortesía su sombrero y las piedras recogidas del suelo. Harry le agradeció de todo corazón y, como ya no estaba de humor para hacer economías, fue a la estación más cercana y cogió un coche de alquiler para Eaton Place.

Al llegar, la casa parecía en la mayor confusión, como si hubiera ocurrido una catástrofe. Los criados estaban reunidos en el salón y no fueron capaces de contener la risa, aunque quizá tampoco se esforzaron mucho, ante la desastrosa figura del secretario. Harry pasó delante de ellos con el aire más digno que podía y fue derecho al gabinete. Cuando abrió la puerta, puso los ojos en un espectáculo sorprendente y hasta amenazador, pues vio al general, a su mujer, y nada menos que a Charlie Pendragon, en plena conspiración, cuchicheando grave y ansiosamente de algo sin duda importante.

Comprendió en el acto que le quedaba muy poco por explicar, era evidente que se había hecho confesión plenaria al general del fraude intentado contra su bolsa, así como del rotundo fracaso de la empresa, y que todos se habían unido contra el peligro común.

-¡Gracias a Dios! -exclamó lady Vandeleur-. ¡Aquí está! ¡La sombrerera, Harry, la sombrerera!

Pero Harry seguía plantado ante ellos, cabizbajo y sin decir palabra.

-¡Hable! -gritó lady Vandeleur-. ¡Hable usted! ¿Dónde está la caja?

Y los hombres repitieron la pregunta con gestos de amenaza.

Harry sacó un puñado de joyas del bolsillo. Se le veía muy pálido.

-Esto es todo lo que queda -dijo-. Juro ante Dios que no fue culpa mía. Si tienen paciencia creo que podrán recobrar algunas joyas, aunque me temo que otras se han perdido para siempre.

-¡Ay! -se quejó lady Vandeleur-. Nos hemos quedado sin diamantes y yo debo noventa mil libras por mi guardarropa.

-Señora -dijo el general-, podía usted haber empedrado la calle con sus baratijas, haberse endeudado por una suma cincuenta veces mayor, haberme robado la diadema y el anillo de mi madre; tal vez, forzado por la

forgiven you at last. But, madam, you have taken the Rajah's Diamond - the Eye of Light, as the Orientals poetically termed it - the Pride of Kashgar! You have taken from me the Rajah's Diamond," he cried, raising his hands, "and all, madam, all is at an end between us!" "Believe me, General Vandeleur," she replied, "that is one of the most agreeable speeches that ever I heard from your lips; and since we are to be ruined, I could almost welcome the change, if it delivers me from you. You have told me often enough that I married you for your money; let me tell you now that I always bitterly repented the bargain; and if you were still marriageable, and had a diamond bigger than your head, I should counsel even my maid against a union so uninviting and disastrous. As for you, Mr. Hartley," she continued, turning on the secretary, "you have sufficiently exhibited your valuable qualities in this house; we are now persuaded that you equally lack manhood, sense, and self-respect; and I can see only one course open for you - to withdraw instanter, and, if possible, return no more. For your wages you may rank as a creditor in my late husband's bankruptcy."

Harry had scarcely comprehended this insulting address before the General was down upon him with another.

"And in the meantime," said that personage, "follow me before the nearest Inspector of Police. You may impose upon a simple-minded soldier, sir, but the eye of the law will read your disreputable secret. If I must spend my old age in poverty through your underhand intriguing with my wife, I mean at least that you shall not remain unpunished for your pains; and God, sir, will deny me a very considerable satisfaction if you do not pick oakum from now until your dying day."

With that, the General dragged Harry from the apartment, and hurried him downstairs and along the street to the police-station of the district.

2. Story of the young man in holy orders

The Reverend Mr. Simon Rolles had distinguished himself in the Moral Sciences, and was more than usually proficient in the study of Divinity. His essay "On the Christian Doctrine of the Social Obligations" obtained for him, at the moment of its production, a certain celebrity in the University of Oxford; and it was understood in clerical and learned circles that young Mr. Rolles had in contemplation a considerable work - a folio, it was said - on the authority of the Fathers of the Church. These attainments, these ambitious designs, however, were far from helping him to any preferment; and he was still in quest of his first curacy when a

naturaleza, habría acabado por perdonarla. Pero ha cogido usted el Diamante del Rajá -el Ojo de la Luz, como lo llaman de forma poética los orientales-, el orgullo de Kashgar. ¡Me ha robado usted el Diamante del Rajá! -gritó, levantando las manos- ¡y todo ha acabado, señora, todo ha terminado entre nosotros!
-Créame usted, general Vandeleur -respondió la gran dama-, que ésa es una de las cosas más agradables que he oído nunca; puesto que nos hemos arruinado, casi podría felicitarle de un cambio que me libra de su compañía. Me ha repetido infinidad de veces que me casé con usted por su dinero. Permítame decirle ahora que es algo de lo que me arrepiento amargamente. Si aún fuese usted soltero, y dueño de un diamante más grande que su cabeza, no le aconsejaría a la última de mis criadas un matrimonio tan triste y desastroso. En cuanto a usted, señor Hartley -dijo, dirigiéndose al secretario-, ha demostrado de manera suficiente sus nefastas cualidades en esta casa; todos sabemos que le falta valor, sensatez y respeto de sí mismo; lo único que puede hacer es largarse en el acto y, a ser posible, no volver a aparecer por aquí. Si desea cobrar su salario puede anotarse como acreedor en la quiebra de mi marido.

Apenas si había comprendido Harry este discurso tan insultante y ya el general lo atacaba con otro.

-Mientras -dijo sir Thomas-, venga usted conmigo a visitar al inspector de policía más próximo. Puede usted entrar.

2. Historia del joven eclesiástico

El reverendo señor Simon Rolles se había destacado en ciencias morales y había realizado estudios avanzados de teología. Su ensayo Doctrina de los deberes morales le valió, en el momento de publicarse, cierta celebridad en la universidad de Oxford, y en círculos religiosos y eruditos se decía que preparaba ahora una obra considerable -un folio, decían algunos- sobre la autoridad de los Padres de la Iglesia. No obstante, los méritos y los proyectos tan codiciosos del joven señor Rolles no habían bastado para conseguirle un puesto, y todavía se hallaba a la espera del primer nombramiento, cuando una tarde, mientras paseaba al azar por ese

chance ramble in that part of London, the peaceful and rich aspect of the garden, a desire for solitude and study, and the cheapness of the lodging, led him to take up his abode with Mr. Raeburn, the nurseryman of Stockdove Lane.

It was his habit every afternoon, after he had worked seven or eight hours on St. Ambrose or St. Chrysostom, to walk for a while in meditation among the roses. And this was usually one of the most productive moments of his day. But even a sincere appetite for thought, and the excitement of grave problems awaiting solution, are not always sufficient to preserve the mind of the philosopher against the petty shocks and contacts of the world. And when Mr. Rolles found General Vandeleur's secretary, ragged and bleeding, in the company of his landlord; when he saw both change colour and seek to avoid his questions; and, above all, when the former denied his own identity with the most unmoved assurance, he speedily forgot the Saints and Fathers in the vulgar interest of curiosity.

"I cannot be mistaken," thought he. "That is Mr. Hartley beyond a doubt. How comes he in such a pickle? why does he deny his name? and what can be his business with that black-looking ruffian, my landlord?"

As he was thus reflecting, another peculiar circumstance attracted his attention. The face of Mr. Raeburn appeared at a low window next the door; and, as chance directed, his eyes met those of Mr. Rolles. The nurseryman seemed disconcerted, and even alarmed; and immediately after the blind of the apartment was pulled sharply down.

"This may all be very well," reflected Mr. Rolles; "it may be all excellently well; but I confess freely that I do not think so. Suspicious, underhand, untruthful, fearful of observation - I believe upon my soul," he thought, "the pair are plotting some disgraceful action."

The detective that there is in all of us awoke and became clamant in the bosom of Mr. Rolles; and with a brisk, eager step, that bore no resemblance to his usual gait, he proceeded to make the circuit of the garden. When he came to the scene of Harry's escalade, his eye was at once arrested by a broken rosebush and marks of trampling on the mould. He looked up, and saw scratches on the brick, and a rag of trouser floating from a broken bottle. This, then, was the mode of entrance chosen by Mr. Raeburn's particular friend! It was thus that General Vandeleur's secretary came to admire a flower-garden! The young clergyman whistled softly to himself as he stooped to examine the ground. He could make out where Harry had landed from his perilous leap; he recognised the flat foot of Mr. Raeburn where it had sunk deeply in the soil as he pulled up the Secretary

barrio de Londres, el aspecto tranquilo y bien cuidado del jardín, sus deseos de soledad y estudio, y el bajo precio del alquiler, le decidieron a hospedarse en casa del señor Raeburn, el jardinero de Stockdove Lane.

Una vez que había empleado siete u ocho horas del día a San Ambrosio o San Crisóstomo, el señor Rolles acostumbraba pasear un rato entre los rosales. Esos momentos solían ser los más productivos de la jornada. Sucede, sin embargo, que unas sinceras ganas de reflexión, y el interés por los más elevados problemas intelectuales, no siempre son suficientes para proteger al filósofo de los pequeños choques y contactos del mundo. De este modo, cuando el señor Rolles se cruzó con el secretario del señor Vandeleur, ensangrentado y con las ropas destrozadas, en compañía del dueño de casa; cuando se dio cuenta de que ambos palidecían y evitaban sus preguntas; y, sobre todo, cuando el primero de ellos negó su identidad con el mayor énfasis, la simple curiosidad acabó por predominar sobre los Santos y los Padres de la Iglesia.

«No, no me equivoco -se decía el señor Rolles-. Ese muchacho es indudablemente el señor Hartley. ¿Cómo es que se encuentra en este apuro? ¿Por qué me niega su nombre? ¿Y qué tiene en común con el granuja siniestro del dueño?»

En ésas estaba cuando otro hecho curioso le llamó la atención. La cara del señor Raeburn apareció en una ventana baja, cerca de la puerta y, por pura casualidad, sus ojos se encontraron con los del señor Rolles. El jardinero pareció alterado, y hasta atemorizado, y rápidamente bajó las persianas.

«Todo eso puede no tener nada de malo -pensó el señor Rolles-, absolutamente nada de malo, pero confieso que no lo creo. Ese aire de sospecha y de alarma; esas mentiras; ese miedo a ser vistos: estoy convencido de que esos dos preparan un agravio.»

El detective que todos tenemos dentro se despertó gritando en el pecho del señor Rolles quien, con paso firme y acelerado, muy distinto a su manera acostumbrada, empezó a dar una vuelta al jardín. Al llegar al lugar de la escalada de Harry, se detuvo ante el rosal destrozado y las huellas en el barro y, alzando la mirada, vio las marcas en la pared de ladrillo y un pedazo del pantalón enganchado a un casco de botella. ¡Por aquí había entrado el buen amigo del señor Raeburn! ¡De este modo era como el secretario del general Vandeleur venía a admirar las flores del jardín! El joven clérigo, silbando suavemente, se inclinó a examinar el suelo. Podía ver el sitio donde Harry había caído al dar su peligroso salto; reconoció el pie del señor Raeburn, que se había hundido profundamente cuando levantó al secretario; y aún más, observando de

by the collar; nay, on a closer inspection, he seemed to distinguish the marks of groping fingers, as though something had been spilt abroad and eagerly collected. "Upon my word," he thought, "the thing grows vastly interesting."

And just then he caught sight of something almost entirely buried in the earth. In an instant he had disinterred a dainty morocco case, ornamented and clasped in gilt. It had been trodden heavily underfoot, and thus escaped the hurried search of Mr. Raeburn. Mr. Rolles opened the case, and drew a long breath of almost horrified astonishment; for there lay before him, in a cradle of green velvet, a diamond of prodigious magnitude and of the finest water. It was of the bigness of a duck's egg; beautifully shaped, and without a flaw; and as the sun shone upon it, it gave forth a lustre like that of electricity, and seemed to burn in his hand with a thousand internal fires.

He knew little of precious stones; but the Rajah's Diamond was a wonder that explained itself; a village child, if he found it, would run screaming for the nearest cottage; and a savage would prostrate himself in adoration before so imposing a fetish. The beauty of the stone flattered the young clergyman's eyes; the thought of its incalculable value overpowered his intellect. He knew that what he held in his hand was worth more than many years' purchase of an archiepiscopal see; that it would build cathedrals more stately than Ely or Cologne; that he who possessed it was set free for ever from the primal curse, and might follow his own inclinations without concern or hurry, without let or hindrance. And as he suddenly turned it, the rays leaped forth again with renewed brilliancy, and seemed to pierce his very heart.

Decisive actions are often taken in a moment and without any conscious deliverance from the rational parts of man. So it was now with Mr. Rolles. He glanced hurriedly round; beheld, like Mr. Raeburn before him, nothing but the sunlit flower-garden, the tall tree-tops, and the house with blinded windows; and in a trice he had shut the case, thrust it into his pocket, and was hastening to his study with the speed of guilt. The Reverend Simon Rolles had stolen the Rajah's Diamond.

Early in the afternoon the police arrived with Harry Hartley. The nurseryman, who was beside himself with terror, readily discovered his hoard; and the jewels were identified and inventoried in the presence of the Secretary. As for Mr. Rolles, he showed himself in a most obliging temper, communicated what he knew with freedom, and professed regret that he could do no more to help the officers in their duty.

cerca, logró a distinguir las huellas de dedos que habían escarbado en el barro para recoger algo caído.

«Palabra de honor dijo para sus adentros-. Este asunto se pone muy interesante.»

En ese instante distinguió un objeto casi enteramente hundido en el barro y se inclinó a recoger un precioso estuche de tafete, con adornos y un broche dorados. El señor Raeburn debía haberle pisado sin darse cuenta y luego había escapado a su búsqueda apresurada. El señor Rolles abrió el estuche y respiró profundamente, con asombro y casi con terror: ante sus ojos, dispuesto sobre el fondo de terciopelo verde, brillaba un diamante de grandes dimensiones y de primerísima agua. La piedra, del tamaño de un huevo de pato, era muy hermosa de forma, sin el menor defecto, y al recibir un rayo de sol brilló con un resplandor eléctrico, como si le ardiese en la mano con mil fuegos interiores.

Casi nada sabía el señor Rolles de piedras preciosas, pero el Diamante del Rajá era una maravilla que se explicaba a sí misma; un niño que lo encontrase en una aldea habría echado a correr dando gritos a la casa más cercana; un salvaje se habría prosternado para adorar un fetiche tan imponente. La hermosura de la gema halagaba la vista del joven religioso; la idea de su valor incalculable abrumaba su inteligencia. Comprendió que tenía en la mano algo de mayor valor que muchos años de rentas arzobispaes, que con una piedra como ésta sería posible construir catedrales más majestuosas que las de Ely o Colonia; quien la poseyera se libraría para siempre de la maldición primordial, podría seguir sus inclinaciones sin prisas ni inquietudes. Levantó el diamante, lo giró y otra vez despidió rayos fulgurantes que le atravesaron el corazón. Las decisiones más graves se toman a veces en un instante y sin intervención consciente de las partes racionales del hombre. El señor Rolles miró nerviosamente a su alrededor; como antes el señor Raeburn, no vio sino el jardín de flores lleno de sol, los árboles de altas copas frondosas, la casa con las ventanas cerradas; en un segundo cerró el estuche, se lo metió en el bolsillo y ya se dirigía hacia su estudio con la rapidez de la culpa.

El reverendo Simon Rolles había robado el Diamante del Rajá.

A primera hora de la tarde la policía llegó a la casa con Harry Hartley.

El jardinero, fuera de sí de terror, no tardó en devolver su botín; se identificaron las joyas y se levantó un inventario en presencia del secretario. El señor Rolles, por su parte, se mostró de lo más servicial, declaró sinceramente lo que sabía y lamentó no poder hacer más para ayudar a los oficiales en el cumplimiento de sus obligaciones.

"Still," he added, "I suppose your business is nearly at an end."

"By no means," replied the man from Scotland Yard; and he narrated the second robbery of which Harry had been the immediate victim, and gave the young clergyman a description of the more important jewels that were still not found, dilating particularly on the Rajah's Diamond.

"It must be worth a fortune," observed Mr. Rolles.

"Ten fortunes - twenty fortunes," cried the officer.

"The more it is worth," remarked Simon shrewdly, "the more difficult it must be to sell. Such a thing has a physiognomy not to be disguised, and I should fancy a man might as easily negotiate St. Paul's Cathedral."

"Oh, truly!" said the officer; "but if the thief be a man of any intelligence, he will cut it into three or four, and there will be still enough to make him rich."

"Thank you," said the clergyman. "You cannot imagine how much your conversation interests me."

Whereupon the functionary admitted that they knew many strange things in his profession, and immediately after took his leave.

Mr. Rolles regained his apartment. It seemed smaller and barer than usual; the materials for his great work had never presented so little interest; and he looked upon his library with the eye of scorn. He took down, volume by volume, several Fathers of the Church, and glanced them through; but they contained nothing to his purpose. "These old gentlemen," thought he, "are no doubt very valuable writers, but they seem to me conspicuously ignorant of life. Here am I, with learning enough to be a Bishop, and I positively do not know how to dispose of a stolen diamond. I glean a hint from a common policeman, and, with all my folios, I cannot so much as put it into execution. This inspires me with very low ideas of University training."

Herewith he kicked over his book-shelf and, putting on his hat, hastened from the house to the club of which he was a member. In such a place of mundane resort he hoped to find some man of good counsel and a shrewd experience in life. In the reading-room he saw many of the country clergy and an Archdeacon; there were three journalists and a writer upon the Higher Metaphysic, playing pool; and at dinner only the raff of ordinary club frequenters showed their commonplace and obliterated countenances. None of these, thought Mr. Rolles, would know more on dangerous topics than he knew himself; none of them were fit to give him guidance in his present strait. At length in the smoking-room, up many weary stairs, he hit upon a gentleman of somewhat portly build and dressed with conspicuous plainness. He was smoking a cigar and reading the FORTNIGHTLY

-Considero que para ustedes el caso está cerrado -les dijo.

-De ningún modo -respondió el inspector de Scotland Yard, y le explicó el segundo robo de que había sido víctima Harry. Luego hizo un breve recuento de las joyas que faltaban y dio al joven eclesiástico algunos detalles sobre el Diamante del Rajá.

-Valdrá una fortuna -dijo el señor Rolles.

-Diez fortunas, veinte fortunas -respondió el oficial.

-Cuanto más alto sea su precio, más difícil será venderlo -observó agudamente Simon-. Una piedra como ésa no puede disimularse, y lo mismo daría vender la Catedral de San Pablo.

-Claro -dijo el oficial-, pero si el hombre es inteligente, la dividirá en tres o cuatro partes y aún tendrá lo bastante para hacerse rico.

-Muchas gracias -dijo el clérigo-. No sabe usted cómo me ha interesado su conversación.

El funcionario admitió que en su profesión se aprendían muchas cosas extrañas y se despidió.

El señor Rolles volvió a sus habitaciones. Le parecieron más pequeñas y frías que de costumbre; los materiales reunidos para su gran obra nunca habían tenido tan poco interés; miró su biblioteca con ojos de menosprecio, sacó uno a uno varios volúmenes de los Padres de la Iglesia y les echó un vistazo, pero en ninguno encontró lo que buscaba.

«Estos caballeros -pensó- son, no tengo duda, escritores magníficos, pero me parece que nada saben de la vida. Aquí estoy, con suficientes conocimientos como para ser obispo, y no tengo la menor idea del modo de deshacerme de un diamante robado. Un simple policía me da una sugerencia y yo, con todos mis infolios, no puedo llevarla a cabo. Esto me inspira una idea muy pobre de la formación universitaria.»

Derribó su estantería de un puntapié, se puso el sombrero y se marchó al club del cual era miembro.

En un lugar tan mundano creía poder hallar alguien de buen criterio y con gran experiencia de la vida. En primer lugar entró a la sala de lectura, donde encontró a varios clérigos de provincias y a un archidiácono; luego pasó junto a tres periodistas y un autor de metafísica superior que jugaban al billar; más tarde, a la hora de la cena, no vio sino las caras vulgares y borrosas de la gente ordinaria que llena los clubes. Ninguno de los presentes, se dijo el señor Rolles, sabe más que yo de asuntos peligrosos; no hay uno solo que sea capaz de ayudarme. Finalmente, cuando subió al salón de fumar, tras agotarse en las muchas escaleras, se encontró con un caballero más bien grueso, vestido con elegante sencillez. Estaba fumando un puro y leyendo la Fortnightly Review; no había en sus facciones

REVIEW; his face was singularly free from all sign of preoccupation or fatigue; and there was something in his air which seemed to invite confidence and to expect submission. The more the young clergyman scrutinised his features, the more he was convinced that he had fallen on one capable of giving pertinent advice.

"Sir," said he, "you will excuse my abruptness; but I judge you from your appearance to be pre-eminently a man of the world."

"I have indeed considerable claims to that distinction," replied the stranger, laying aside his magazine with a look of mingled amusement and surprise.

"I, sir," continued the Curate, "am a recluse, a student, a creature of ink-bottles and patristic folios. A recent event has brought my folly vividly before my eyes, and I desire to instruct myself in life. By life," he added, "I do not mean Thackeray's novels; but the crimes and secret possibilities of our society, and the principles of wise conduct among exceptional events. I am a patient reader; can the thing be learnt in books?"

"You put me in a difficulty," said the stranger. "I confess I have no great notion of the use of books, except to amuse a railway journey; although, I believe, there are some very exact treatises on astronomy, the use of the globes, agriculture, and the art of making paper flowers. Upon the less apparent provinces of life I fear you will find nothing truthful. Yet stay," he added, "have you read Gaboriau?"

Mr. Rolles admitted he had never even heard the name.

"You may gather some notions from Gaboriau," resumed the stranger. "He is at least suggestive; and as he is an author much studied by Prince Bismarck, you will, at the worst, lose your time in good society."

"Sir," said the Curate, "I am infinitely obliged by your politeness."

"You have already more than repaid me," returned the other.

"How?" inquired Simon.

"By the novelty of your request," replied the gentleman; and with a polite gesture, as though to ask permission, he resumed the study of the FORTNIGHTLY REVIEW.

On his way home Mr. Rolles purchased a work on precious stones and several of Gaboriau's novels. These last he eagerly skimmed until an advanced hour in the morning; but although they introduced him to many new ideas, he could nowhere discover what to do with a stolen diamond. He was annoyed, moreover, to find the information scattered amongst romantic story-telling, instead of soberly set forth after the manner of a manual; and he concluded that, even if the writer had thought

el menor rasgo de preocupación o cansancio; algo en su aspecto invitaba a la confianza y exigía la sumisión. Cuanto más le miraba el joven eclesiástico, más se convencía de que había encontrado a alguien que podía darle un buen consejo.

-Señor -le dijo-, perdone usted mi inoportunidad, pero observo por su aspecto que es usted lo que se llama un hombre de mundo.

-Tengo, en efecto, algunos títulos para aspirar a esa distinción -dijo el desconocido, poniendo de lado su revista con una mirada de sorpresa y curiosidad.

-Yo, señor -siguió diciendo el clérigo-, soy un hombre solitario, un estudioso, vivo entre mis tinteros y mis infolios de los Padres de la Iglesia. Algo que sucedió hace poco me ha hecho ver con claridad mi locura y ahora quisiera conocer la vida. Cuando digo la vida, no me refiero a las novelas de Thackeray, sino los actos criminales y las posibilidades secretas de nuestra sociedad, y los principios de una conducta atinada en medio de hechos excepcionales. Soy un lector resignado: ¿esto puede aprenderse en los libros?

-Usted me hace una pregunta complicada -respondió el caballero-. Confieso que no tengo mucho trato con los libros, como no sea para distraerme cuando viajo en tren. Me dicen, sin embargo, que existen tratados muy precisos sobre la astronomía, el uso de los globos, la agricultura y el arte de fabricar flores de papel. Me temo, por el contrario, que sobre las regiones más ocultas de la vida no encontrará nada digno de confianza. Aunque, espere usted -añadió-: ¿ha leído a Gaboriau?

El señor Rolles reconoció que ni siquiera había oído ese nombre.

-En Gaboriau hallará unas cuantas ideas. Por lo demás, es un autor sugestivo, muy leído por el príncipe Bismarck; en el peor de los casos, perderá usted el tiempo en buena compañía.

-Señor, le estoy enormemente agradecido por su gratitud -dijo el joven eclesiástico.

-Ya me ha pagado usted.

-¿Cómo? -quiso saber el señor Rolles.

-Con la novedad de sus preguntas -dijo el caballero y, con un gesto de amabilidad, como si pidiera permiso, prosiguió su análisis de la Fortnightly Review.

De regreso a su casa el señor Rolles compró un libro sobre piedras preciosas y varias novelas de Gaboriau. Leyó con gran interés las novelas hasta una hora avanzada pero, si bien encontró muchas ideas nuevas, no descubrió lo que debe hacerse con un diamante robado. Le molestaba, además, encontrar la información esparcida entre muchas historias románticas, y no expuesta con toda sobriedad, como en un manual;

much upon these subjects, he was totally lacking in educational method. For the character and attainments of Lecoq, however, he was unable to contain his admiration.

"He was truly a great creature," ruminated Mr. Rolles.

"He knew the world as I know Paley's Evidences. There was nothing that he could not carry to a termination with his own hand, and against the largest odds. Heavens!" he broke out suddenly, "is not this the lesson? Must I not learn to cut diamonds for myself?"

It seemed to him as if he had sailed at once out of his perplexities; he remembered that he knew a jeweller, one B. Macculloch, in Edinburgh, who would be glad to put him in the way of the necessary training; a few months, perhaps a few years, of sordid toil, and he would be sufficiently expert to divide and sufficiently cunning to dispose with advantage of the Rajah's Diamond. That done, he might return to pursue his researches at leisure, a wealthy and luxurious student, envied and respected by all. Golden visions attended him through his slumber, and he awoke refreshed and light-hearted with the morning sun.

Mr. Raeburn's house was on that day to be closed by the police, and this afforded a pretext for his departure. He cheerfully prepared his baggage, transported it to King's Cross, where he left it in the cloak-room, and returned to the club to while away the afternoon and dine.

"If you dine here to-day, Rolles," observed an acquaintance, "you may see two of the most remarkable men in England - Prince Florizel of Bohemia, and old Jack Vandeleur."

"I have heard of the Prince," replied Mr. Rolles; "and General Vandeleur I have even met in society."

"General Vandeleur is an ass!" returned the other. "This is his brother John, the biggest adventurer, the best judge of precious stones, and one of the most acute diplomatists in Europe. Have you never heard of his duel with the Duc de Val d'Orge? of his exploits and atrocities when he was Dictator of Paraguay? of his dexterity in recovering Sir Samuel Levi's jewellery? nor of his services in the Indian Mutiny - services by which the Government profited, but which the Government dared not recognise? You make me wonder what we mean by fame, or even by infamy; for Jack Vandeleur has prodigious claims to both. Run downstairs," he continued, "take a table near them, and keep your ears open. You will hear some strange talk, or I am much misled."

"But how shall I know them?" inquired the clergyman.

"Know them!" cried his friend; "why, the Prince is the finest gentleman in Europe, the only living creature who looks like a king; and as for Jack Vandeleur, if you can

concluyó que, si bien el autor había pensado mucho en sus temas, carecía por completo de método didáctico. En cambio no pudo contener su admiración ante el temperamento y los muchos méritos de Lecoq.

-Ese sí que era un hombre -se dijo-. Conocía el mundo como yo las Evidencias de Paley. No había nada que no llevase a cabo con sus propias manos, a pesar de mil dificultades. ¡Cielos! -exclamó-. ¿No es ésa la lección? ¿Acaso debo aprender yo mismo a cortar diamantes?

Tuvo la impresión de que había dejado atrás, de repente, toda su vacilación. Se acordó de que conocía en Edimburgo a un joyero, un tal B. Macculloch, que le daría gustosamente la formación necesaria; unos cuantos meses, o tal vez años, de duro trabajo y tendría la habilidad para dividir el Diamante del Rajá y la astucia para venderlo con provecho. Luego podría volver tranquilamente a sus investigaciones, ser un erudito rico y elegante, admirado y respetado por todos. Acabó por dormirse y sus sueños estuvieron llenos de visiones doradas; despertó con el sol de la mañana, descansado y de buen humor.

Ese día la policía cerró la casa del señor Raeburn, lo cual dio al señor Rolles un buena excusa para trasladarse. Preparó jovialmente su equipaje, lo llevó a la estación de King's Cross, donde lo dejó en la consigna, y volvió a su club para pasar la tarde y cenar.

-Si come usted aquí, Rolles -le dijo un amigo-, tendrá usted la oportunidad de ver a dos de los hombres más destacables de Inglaterra: el príncipe Florizel de Bohemia y el viejo Jack Vandeleur.

-He oído hablar del príncipe -dijo el señor Rolles-, y hasta he sido presentado al general Vandeleur.

-El general Vandeleur es un asno -replicó el otro-. Este es su hermano John, el más grande aventurero, la mayor autoridad en piedras preciosas y uno de los diplomáticos más ingeniosos de Europa. ¿Nunca ha oído hablar de su duelo con el duque de Val d'Orge? ¿De sus heroicidades y atrocidades cuando fue dictador del Paraguay? ¿De la habilidad con que recuperó las joyas de sir Samuel Levi? ¿O de sus servicios durante la rebelión, en la India, servicios que el Gobierno aprovechó pero que no se atreve a reconocer? Me hace usted preguntarme qué es la fama, o la infamia, pues Jack Vandeleur tiene títulos prodigiosos para ambas cosas. Vaya al comedor -siguió diciendo-, solicite una mesa cerca de ellos y escuche atentamente. O mucho me equivoco o podrá oír una conversación interesante.

-Pero ¿cómo reconocerles?

-¡Reconocerles! El príncipe es el más cumplido caballero de Europa, la única persona del mundo que tiene aspecto de rey. En cuanto a Jack Vandeleur, imagínese a Ulises de setenta años, con la cara cruzada

imagine Ulysses at seventy years of age, and with a sabre-cut across his face, you have the man before you! Know them, indeed! Why, you could pick either of them out of a Derby day!"

Rolles eagerly hurried to the dining-room. It was as his friend had asserted; it was impossible to mistake the pair in question. Old John Vandeleur was of a remarkable force of body, and obviously broken to the most difficult exercises. He had neither the carriage of a swordsman, nor of a sailor, nor yet of one much inured to the saddle; but something made up of all these, and the result and expression of many different habits and dexterities. His features were bold and aquiline; his expression arrogant and predatory; his whole appearance that of a swift, violent, unscrupulous man of action; and his copious white hair and the deep sabre-cut that traversed his nose and temple added a note of savagery to a head already remarkable and menacing in itself.

In his companion, the Prince of Bohemia, Mr. Rolles was astonished to recognise the gentleman who had recommended him the study of Gaboriau. Doubtless Prince Florizel, who rarely visited the club, of which, as of most others, he was an honorary member, had been waiting for John Vandeleur when Simon accosted him on the previous evening.

The other diners had modestly retired into the angles of the room, and left the distinguished pair in a certain isolation, but the young clergyman was unrestrained by any sentiment of awe, and, marching boldly up, took his place at the nearest table.

The conversation was, indeed, new to the student's ears. The ex-Dictator of Paraguay stated many extraordinary experiences in different quarters of the world; and the Prince supplied a commentary which, to a man of thought, was even more interesting than the events themselves. Two forms of experience were thus brought together and laid before the young clergyman; and he did not know which to admire the most - the desperate actor or the skilled expert in life; the man who spoke boldly of his own deeds and perils, or the man who seemed, like a god, to know all things and to have suffered nothing. The manner of each aptly fitted with his part in the discourse. The Dictator indulged in brutalities alike of speech and gesture; his hand opened and shut and fell roughly on the table; and his voice was loud and heavy. The Prince, on the other hand, seemed the very type of urbane docility and quiet; the least movement, the least inflection, had with him a weightier significance than all the shouts and pantomime of his companion; and if ever, as must frequently have been the case, he described some experience personal to himself, it was so aptly dissimulated as to pass

por un sablazo, y lo tendrá delante. ¡Reconocerlos, dice usted! ¡Les encontraría en medio de la multitud del Derby!

Rolles dirigió apresuradamente al comedor. Su amigo estaba en lo cierto: imposible no reconocer a los dos personajes. El viejo John Vandeleur era de una gran fortaleza y se le veía habituado a los más arduos ejercicios. No tenía el aspecto de un espadachín, ni de un marino, ni de un hombre que se pasa la vida a caballo, pero algo había de todo eso en su persona, algo que era resultado y expresión de muchos hábitos y habilidades. Sus rasgos eran firmes y aquilinas; su expresión arrogante, como de un ave de presa, todo su aspecto revelaba al hombre de acción decidido, violento, sin escrúpulos; y su abundante cabellera blanca, y el profundo sablazo que le marcaba la nariz y la sien, añadían un toque de ferocidad a una cabeza ya de por sí notable y amenazadora.

En su acompañante, el príncipe de Bohemia, el señor Rolles tuvo la sorpresa de reconocer al caballero que le había aconsejado la lectura de Gaboriau. Sin duda el príncipe Florizel, quien venía muy poco al club -del cual, como de casi todos los demás, era miembro honorario- había estado esperando a John Vandeleur cuando Simon se dirigió a él la noche anterior.

Los demás comensales se habían retirado humildemente a las esquinas del salón, dejando a la distinguida pareja en cierto aislamiento. El joven eclesiástico, a quien no detenía ningún temor, entró decididamente y fue a sentarse en la mesa de al lado.

Efectivamente, la conversación resultó nueva para sus oídos de estudioso. El ex dictador del Paraguay contaba con experiencias en muchos lugares del mundo, y el príncipe hacía comentarios que, para un hombre de pensamiento, eran aún más interesantes que los propios hechos. Dos formas de experiencia se ofrecían juntas al señor Rolles, que no sabía a quién admirar más, si al actor temerario o al profundo conocedor de la vida; al hombre que hablaba con tanto atrevimiento de sus propias aventuras y peligros, o al hombre que, como un dios, parecía conocerlo todo y no haber sufrido nada, las formas de cada uno correspondían a sus papeles en la conversación. El dictador se permitía brutalidades en sus palabras y sus gestos; la mano abierta se cerraba en un puño para golpear la mesa, la voz sonaba fuerte y escandalosa. El príncipe, por el contrario, parecía un modelo de suave y dócil educación; el menor de sus movimientos, la más leve inflexión de su voz pesaban más que todos los gestos y pantomimas de su compañero, si relataba una de sus experiencias personales, era con tal prudencia que pasaba inadvertida entre las demás cosas que decía.

unnoticed with the rest.

At length the talk wandered on to the late robberies and the Rajah's Diamond.

"That diamond would be better in the sea," observed Prince Florizel.

"As a Vandeleur," replied the Dictator, "your Highness may imagine my dissent."

"I speak on grounds of public policy," pursued the Prince. "Jewels so valuable should be reserved for the collection of a Prince or the treasury of a great nation. To hand them about among the common sort of men is to set a price on Virtue's head; and if the Rajah of Kashgar - a Prince, I understand, of great enlightenment - desired vengeance upon the men of Europe, he could hardly have gone more efficaciously about his purpose than by sending us this apple of discord. There is no honesty too robust for such a trial. I myself, who have many duties and many privileges of my own - I myself, Mr. Vandeleur, could scarce handle the intoxicating crystal and be safe. As for you, who are a diamond hunter by taste and profession, I do not believe there is a crime in the calendar you would not perpetrate - I do not believe you have a friend in the world whom you would not eagerly betray - I do not know if you have a family, but if you have I declare you would sacrifice your children - and all this for what? Not to be richer, nor to have more comforts or more respect, but simply to call this diamond yours for a year or two until you die, and now and again to open a safe and look at it as one looks at a picture."

"It is true," replied Vandeleur. "I have hunted most things, from men and women down to mosquitos; I have dived for coral; I have followed both whales and tigers; and a diamond is the tallest quarry of the lot. It has beauty and worth; it alone can properly reward the ardours of the chase. At this moment, as your Highness may fancy, I am upon the trail; I have a sure knack, a wide experience; I know every stone of price in my brother's collection as a shepherd knows his sheep; and I wish I may die if I do not recover them every one!"

"Sir Thomas Vandeleur will have great cause to thank you," said the Prince.

"I am not so sure," returned the Dictator, with a laugh.

"One of the Vandeleurs will. Thomas or John - Peter or Paul - we are all apostles."

"I did not catch your observation," said the Prince with some disgust.

And at the same moment the waiter informed Mr. Vandeleur that his cab was at the door.

Mr. Rolles glanced at the clock, and saw that he also must be moving; and the coincidence struck him sharply and unpleasantly, for he desired to see no more of the

Acabaron por hablar de los recientes robos y del Diamante del Rajá.

-Ese diamante estaría mejor en el fondo del mar - observó el príncipe Florizel.

-Siendo yo un Vandeleur -respondió el dictador-, Su Alteza podrá imaginar mi discrepancia.

-Hablo por motivos de interés público -siguió diciendo Florizel-. Las joyas tan valiosas debían estar reservadas a la colección de un príncipe o al tesoro de una gran nación. Dejarlas en manos de hombres vulgares es poner precio a la cabeza de la virtud. Si el rajá de Kashgar -entiendo que es un príncipe muy culto- quería vengarse de los europeos, le hubiera sido complicado encontrar un modo más eficaz que enviarnos esa manzana de la discordia. No hay honradez lo bastante fuerte para esa prueba. Yo mismo, que tengo muchos deberes y privilegios propios, yo mismo, señor Vandeleur, apenas si podría tocar ese cristal aturdidor y sentirme seguro. Respecto a usted, cazador de diamantes por gusto y por profesión, no creo que exista en el mundo un crimen que no estaría dispuesto a cometer, ni un amigo al que no traicionaría de buena gana; no sé si tiene familia, y si la tiene, digo que sacrificaría a sus hijos, ¿para qué? No para ser más rico, ni para disfrutar más o ser más respetado, sino tan sólo para decir que el diamante es suyo durante uno o dos años, hasta su muerte, y abrir de cuando en cuando la caja fuerte y mirarlo como se mira un cuadro.

-Es verdad -dijo Vandeleur-. He cazado muchas cosas, desde hombres y mujeres hasta mosquitos; he buceado en busca de coral; he perseguido ballenas y tigres: el diamante es la primera de las presas. Tiene hermosura y valor, es la única recompensa suficiente para el ardor de la caza. Ahora, ya lo supone Su Alteza, estoy sobre una pista; tengo gran instinto y mucha experiencia; conozco cada una de las mejores gemas de la colección de mi hermano como un pastor conoce sus ovejas; ¡que me caiga muerto si no recobro hasta la última piedra!

-Sir Thomas Vandeleur tendrá muchas razones para agradecersele -observó el príncipe.

-No lo creo así -respondió el dictador, echándose a reír-. Uno de los Vandeleur, en todo caso. Thomas o John, Pedro o Pablo, todos somos apóstoles.

-No entiendo lo que quiere usted decir -dijo el príncipe con cierto tono de desprecio.

En ese instante el camarero vino a avisarle al señor Vandeleur que el coche de alquiler que había solicitado esperaba en la puerta.

El señor Rolles miró el reloj y se dio cuenta de que también él debía irse; la coincidencia le produjo una impresión viva y molesta, pues hubiera deseado no ver más al cazador de diamantes.

diamond hunter.

Much study having somewhat shaken the young man's nerves, he was in the habit of travelling in the most luxurious manner; and for the present journey he had taken a sofa in the sleeping carriage.

"You will be very comfortable," said the guard; "there is no one in your compartment, and only one old gentleman in the other end."

It was close upon the hour, and the tickets were being examined, when Mr. Rolles beheld this other fellow-passenger ushered by several porters into his place; certainly, there was not another man in the world whom he would not have preferred - for it was old John Vandeleur, the ex-Dictator.

The sleeping carriages on the Great Northern line were divided into three compartments - one at each end for travellers, and one in the centre fitted with the conveniences of a lavatory. A door running in grooves separated each of the others from the lavatory; but as there were neither bolts nor locks, the whole suite was practically common ground.

When Mr. Rolles had studied his position, he perceived himself without defence. If the Dictator chose to pay him a visit in the course of the night, he could do no less than receive it; he had no means of fortification, and lay open to attack as if he had been lying in the fields. This situation caused him some agony of mind. He recalled with alarm the boastful statements of his fellow-traveller across the dining-table, and the professions of immorality which he had heard him offering to the disgusted Prince. Some persons, he remembered to have read, are endowed with a singular quickness of perception for the neighbourhood of precious metals; through walls and even at considerable distances they are said to divine the presence of gold. Might it not be the same with diamonds? he wondered; and if so, who was more likely to enjoy this transcendental sense than the person who gloried in the appellation of the Diamond Hunter? From such a man he recognised that he had everything to fear, and longed eagerly for the arrival of the day.

In the meantime he neglected no precaution, concealed his diamond in the most internal pocket of a system of great-coats, and devoutly recommended himself to the care of Providence.

The train pursued its usual even and rapid course; and nearly half the journey had been accomplished before slumber began to triumph over uneasiness in the breast of Mr. Rolles. For some time he resisted its influence; but it grew upon him more and more, and a little before York he was fain to stretch himself upon one of the couches and suffer his eyes to close; and almost at the

Tanto estudiar había alterado un poco los nervios del joven, que acostumbraba a viajar de la manera más lujosa; en esta ocasión había hecho una reserva en el coche-cama.

-Estará usted muy cómodo -le dijo el encargado al subir al tren-. No hay nadie más en el compartimiento y sólo un caballero de edad al otro extremo.

Casi era la hora de partir, y el señor Rolles estaba enseñando su billete, cuando vio al otro pasajero que subía al coche, seguido por varios mozos de estación; hubiese deseado ver a cualquier otra persona: era el viejo John Vandeleur, el ex dictador.

Los coches-cama de la línea del Norte están divididos en tres compartimientos, dos a los extremos, para los pasajeros, y uno al centro, con lavabos y otros servicios. Una puerta corrediza separa el lavabo del resto de los compartimientos, pero como no está provista de llaves ni cerrojos, todo el coche es, en la práctica, un terreno común.

El señor Rolles estudió la situación y se dio cuenta de que se hallaba desvalido. Si el dictador decidía hacerle una visita durante la noche, no le quedaba otra salida que aceptarla; no tenía ningún modo de hacerse fuerte, era tan vulnerable a un ataque como si estuviese en medio del campo. Se sintió un poco alarmado pensando en las palabras presuntuosas que oyera a su compañero de viaje en el comedor y en los actos de inmoralidad que el príncipe había aguantado con repugnancia.

Recordaba haber leído en alguna parte que existen personas peculiarmente dotadas para detectar la presencia de metales preciosos. Se dice que son capaces de sentir el oro a través de las paredes, y aun a grandes distancias. Se preguntó si no podía suceder lo mismo con las piedras preciosas, y en ese caso, ¿quién podía poseer esa sensibilidad trascendental sino el hombre que se ufana con el título de Cazador de Diamantes? El señor Rolles sabía que de ese hombre podía temerle todo y deseó ardientemente que llegara cuanto antes el día siguiente.

Mientras tomó todas las precauciones posibles, escondió el diamante en el bolsillo más secreto de sus ropas y se encomendó con devoción al cuidado de la Providencia.

El tren seguía su curso tan rápidamente como siempre y casi había alcanzado la mitad del camino cuando el sueño empezó a triunfar sobre la intranquilidad en el pecho del señor Rolles. Durante un rato intentó vencer su influencia, pero sentía cada vez más sueño y, antes de que el tren pasara por York, decidió acostarse un poco y cerrar los ojos. Se durmió inmediatamente. Su último

same instant consciousness deserted the young clergyman. His last thought was of his terrifying neighbour.

When he awoke it was still pitch dark, except for the flicker of the veiled lamp; and the continual roaring and oscillation testified to the unrelaxed velocity of the train. He sat upright in a panic, for he had been tormented by the most uneasy dreams; it was some seconds before he recovered his self-command; and even after he had resumed a recumbent attitude sleep continued to flee him, and he lay awake with his brain in a state of violent agitation, and his eyes fixed upon the lavatory door. He pulled his clerical felt hat over his brow still farther to shield him from the light; and he adopted the usual expedients, such as counting a thousand or banishing thought, by which experienced invalids are accustomed to woo the approach of sleep. In the case of Mr. Rolles they proved one and all vain; he was harassed by a dozen different anxieties - the old man in the other end of the carriage haunted him in the most alarming shapes; and in whatever attitude he chose to lie the diamond in his pocket occasioned him a sensible physical distress. It burned, it was too large, it bruised his ribs; and there were infinitesimal fractions of a second in which he had half a mind to throw it from the window.

While he was thus lying, a strange incident took place. The sliding-door into the lavatory stirred a little, and then a little more, and was finally drawn back for the space of about twenty inches. The lamp in the lavatory was unshaded, and in the lighted aperture thus disclosed, Mr. Rolles could see the head of Mr. Vandeleur in an attitude of deep attention. He was conscious that the gaze of the Dictator rested intently on his own face; and the instinct of self-preservation moved him to hold his breath, to refrain from the least movement, and keeping his eyes lowered, to watch his visitor from underneath the lashes. After about a moment, the head was withdrawn and the door of the lavatory replaced.

The Dictator had not come to attack, but to observe; his action was not that of a man threatening another, but that of a man who was himself threatened; if Mr. Rolles was afraid of him, it appeared that he, in his turn, was not quite easy on the score of Mr. Rolles. He had come, it would seem, to make sure that his only fellow-traveller was asleep; and, when satisfied on that point, he had at once withdrawn.

The clergyman leaped to his feet. The extreme of terror had given place to a reaction of foolhardy daring. He reflected that the rattle of the flying train concealed all other sounds, and determined, come what might, to return the visit he had just received. Divesting himself of his cloak, which might have interfered with the

pensamiento fue para su aterrador vecino.

Despertó en la penumbra que atenuaba apenas la lamparilla de noche; por el ruido y el movimiento se dio cuenta de que el tren mantenía su velocidad. Se incorporó invadido por un gran pánico, pues le habían atormentado sueños intranquilos, tardó unos segundos en recuperar el dominio de sí mismo y, cuando volvió a acostarse, ya le fue imposible volver a dormir; se quedó despierto, con los ojos clavados en la puerta del lavabo y el cerebro poseído por una violenta agitación. Se puso el sombrero sobre la frente para escudarse de la luz y recurrió a los métodos habituales, como contar hasta mil o tratar de no pensar en nada, con que los enfermos experimentados atraen el sueño. Todo fue inútil: le acosaban media docena de ansiedades distintas; el viejo al otro lado del coche asumía las formas más alarmantes y, cualquiera fuese la postura que adoptara, el diamante que guardaba en el bolsillo se volvió una verdadera incomodidad física, le quemaba, era demasiado grande, le lastimaba las costillas; durante fracciones infinitesimales de segundo estuvo varias veces a punto de lanzarlo por la ventana.

En ésas estaba cuando sucedió un curioso incidente.

La puerta corrediza que daba al lavabo se movió ligeramente, luego un poco más, y por fin se abrió unas veinte pulgadas. La lámpara del lavabo había quedado encendida, y el señor Rolles pudo ver asomarse la cabeza del señor Vandeleur y distinguir en ella un gesto de profunda atención. Se dio cuenta de la mirada fija del dictador en la propia cara y el instinto de conservación le hizo contener la respiración, evitar el menor movimiento y entrecerrar los ojos, aunque seguía viendo a su visitante. Pasado un momento, la cabeza se retiró y la puerta del lavabo volvió a cerrarse.

El dictador no había venido a atacarle, sino a observar; su actitud no era la de un hombre que amenaza a otro, sino la de alguien que se siente amenazado; si el señor Rolles le tenía miedo, parecía que él, a su vez, no las tenía todas consigo. Debía haber venido para comprobar que su compañero de viaje dormía y, una vez que se hubo asegurado, se volvió en el acto a su compartimiento.

El clérigo se levantó de un salto. Había pasado del extremo de pánico a una audacia temeraria. Pensó que el bullicio del tren sería suficiente para ahogar todos los ruidos y decidió, sucediera lo que sucediera, devolver la visita que había recibido. Apartó a un lado la manta, que impedía sus movimientos, entró al lavabo y se

freedom of his action, he entered the lavatory and paused to listen. As he had expected, there was nothing to be heard above the roar of the train's progress; and laying his hand on the door at the farther side, he proceeded cautiously to draw it back for about six inches. Then he stopped, and could not contain an ejaculation of surprise.

John Vandeleur wore a fur travelling cap with lappets to protect his ears; and this may have combined with the sound of the express to keep him in ignorance of what was going forward. It is certain, at least, that he did not raise his head, but continued without interruption to pursue his strange employment. Between his feet stood an open hat-box; in one hand he held the sleeve of his sealskin great-coat; in the other a formidable knife, with which he had just slit up the lining of the sleeve. Mr. Rolles had read of persons carrying money in a belt; and as he had no acquaintance with any but cricket-belts, he had never been able rightly to conceive how this was managed. But here was a stranger thing before his eyes; for John Vandeleur, it appeared, carried diamonds in the lining of his sleeve; and even as the young clergyman gazed, he could see one glittering brilliant drop after another into the hat-box.

He stood riveted to the spot, following this unusual business with his eyes. The diamonds were, for the most part, small, and not easily distinguishable either in shape or fire. Suddenly the Dictator appeared to find a difficulty; he employed both hands and stooped over his task; but it was not until after considerable manoeuvring that he extricated a large tiara of diamonds from the lining, and held it up for some seconds' examination before he placed it with the others in the hat-box. The tiara was a ray of light to Mr. Rolles; he immediately recognised it for a part of the treasure stolen from Harry Hartley by the loiterer. There was no room for mistake; it was exactly as the detective had described it; there were the ruby stars, with a great emerald in the centre; there were the interlacing crescents; and there were the pear-shaped pendants, each a single stone, which gave a special value to Lady Vandeleur's tiara.

Mr. Rolles was hugely relieved. The Dictator was as deeply in the affair as he was; neither could tell tales upon the other. In the first glow of happiness, the clergyman suffered a deep sigh to escape him; and as his bosom had become choked and his throat dry during his previous suspense, the sigh was followed by a cough. Mr. Vandeleur looked up; his face contracted with the blackest and most deadly passion; his eyes opened widely, and his under jaw dropped in an astonishment that was upon the brink of fury. By an instinctive movement he had covered the hat-box with the coat.

detuvo a escuchar. Como había pensado, nada podía oír por encima del ruido del tren; puso la mano en la puerta y la hizo correr con cuidado unas seis pulgadas. Lo que vio hizo que no pudiera contener una exclamación de sorpresa.

John Vandeleur tenía puesta una gorra de viaje con las orejeras bajas; posiblemente, el tener los oídos tapados y el ruido del tren habían hecho que no le sintiera acercarse. Lo cierto es que no levantó la cabeza sino que, sin detenerse un instante, siguió absorto en su peculiar tarea. A sus pies había una caja de cartón; en una mano tenía la manga de su abrigo de piel de foca y en la otra un cuchillo extraordinario, con el que acababa de cortar el forro de la manga.

El señor Rolles había leído de gentes que llevan dinero en el cinturón, pero no se imaginaba cómo podían ser estos artefactos.

Ahora había puesto los ojos en algo todavía más extraño, pues John Vandeleur llevaba piedras preciosas en la manga del abrigo y, desde la puerta, el joven eclesiástico vio caer uno tras otro varios diamantes relucientes en la caja.

Se quedó clavado en el sitio, sin apartar la vista de la insólita escena. La mayor parte de los diamantes eran pequeños y no se distinguían entre sí por la forma ni por el brillo. De repente pareció que el dictador se encontró con una dificultad: empezó a utilizar ambas manos y pareció aumentar su concentración, pero sólo tras numerosas maniobras logró extraer de la manga una gran tiara de diamantes, que depositó en la caja con las demás joyas. La tiara fue para el señor Rolles un rayo de luz, pues la reconoció como parte del tesoro que un vago había robado a Harry Hartley en medio de la calle. No podía equivocarse; era igual que la descrita por el detective: había visto las estrellas de rubíes y la gran esmeralda al centro; los crecientes entrelazados, las dos piedras en forma de pera que colgaban a los lados y que daban un peculiar valor a la tiara de lady Vandeleur.

El señor Rolles sintió un gran alivio. El dictador estaba tan involucrado en el asunto como él; ninguno de los dos podía denunciar al otro. La alegría hizo que se le escapara un suspiro, y como por la angustia anterior se le había cerrado el pecho y secado la garganta, después del suspiro se puso a toser.

El señor Vandeleur levantó la vista; su rostro se contrajo en un gesto de pasión siniestro y mortal; abrió los ojos enormemente y dejó caer la mandíbula inferior con un pasmo que estaba al borde de la ira. Cubrió instintivamente la caja con el abrigo. Durante medio minuto los dos hombres se miraron sin decir nada. No

For half a minute the two men stared upon each other in silence. It was not a long interval, but it sufficed for Mr. Rolles; he was one of those who think swiftly on dangerous occasions; he decided on a course of action of a singularly daring nature; and although he felt he was setting his life upon the hazard, he was the first to break silence.

"I beg your pardon," said he.

The Dictator shivered slightly, and when he spoke his voice was hoarse.

"What do you want here?" he asked.

"I take a particular interest in diamonds," replied Mr. Rolles, with an air of perfect self-possession. "Two connoisseurs should be acquainted. I have here a trifle of my own which may perhaps serve for an introduction."

And so saying, he quietly took the case from his pocket, showed the Rajah's Diamond to the Dictator for an instant, and replaced it in security.

"It was once your brother's," he added.

John Vandeleur continued to regard him with a look of almost painful amazement; but he neither spoke nor moved.

"I was pleased to observe," resumed the young man, "that we have gems from the same collection."

The Dictator's surprise overpowered him.

"I beg your pardon," he said; "I begin to perceive that I am growing old! I am positively not prepared for little incidents like this. But set my mind at rest upon one point: do my eyes deceive me, or are you indeed a parson?"

"I am in holy orders," answered Mr. Rolles.

"Well," cried the other, "as long as I live I will never hear another word against the cloth!"

"You flatter me," said Mr. Rolles.

"Pardon me," replied Vandeleur; "pardon me, young man. You are no coward, but it still remains to be seen whether you are not the worst of fools. Perhaps," he continued, leaning back upon his seat, "perhaps you would oblige me with a few particulars. I must suppose you had some object in the stupefying impudence of your proceedings, and I confess I have a curiosity to know it."

"It is very simple," replied the clergyman; "it proceeds from my great inexperience of life."

"I shall be glad to be persuaded," answered Vandeleur. Whereupon Mr. Rolles told him the whole story of his connection with the Rajah's Diamond, from the time he found it in Raeburn's garden to the time when he left London in the Flying Scotchman. He added a brief sketch of his feelings and thoughts during the journey, and concluded in these words:-

fue mucho tiempo, pero el suficiente para el señor Rolles; era de esos hombres capaces de pensar rápido en las situaciones peligrosas, y tomó al momento una decisión de lo más atrevida; comprendió que ponía su vida en el tablero, pero fue el primero en romper el silencio.

-Usted perdone -dijo.

El dictador se estremeció ligeramente y cuando pudo contestar la voz era ronca.

-¿Qué quiere usted aquí?

-Me intereso por los diamantes -respondió el señor Rolles con perfecta compostura-. Los aficionados deben conocerse. Tengo aquí una pequeñez que tal vez sirva de presentación.

Y diciendo esto sacó tranquilamente el estuche del bolsillo, mostró el Diamante del Rajá al dictador durante un instante y volvió a guardarlo.

-Fue una vez de su hermano -añadió.

John Vandeleur seguía mirándole con aire casi doloroso de estupefacción. Durante unos momentos permanecieron en silencio y sin moverse.

-He tenido el placer de observar -prosiguió el joven- que los dos tenemos piedras de la misma colección.

El dictador estaba abrumado de sorpresa.

-Mil perdones -dijo-. Empiezo a darme cuenta de que me hago viejo. No estoy de ninguna manera preparado para pequeños contratiempos como éste. Pero acláreme algo: ¿estoy equivocado, o es usted un clérigo?

-Soy, efectivamente, un eclesiástico -contestó el señor Rolles.

-¡Bueno! -exclamó el otro-. No volveré a decir mientras viva una sola palabra contra el clero.

-Me halaga usted -dijo el señor Rolles.

-Lo siento -dijo Vandeleur-. Lo siento, joven. No es usted un cobarde, pero que sea o no el último de los idiotas es algo que aún está por verse. Para comenzar, le pediré que tenga la bondad de aclararme un detalle. Debo suponer que hay alguna razón para la extraordinaria imprudencia de lo que está haciendo, y confieso mi curiosidad por conocerla.

-Muy sencillo -respondió el eclesiástico-. Todo se explica por mi poca experiencia de la vida.

-Me gustaría creerle -dijo Vandeleur.

Y el señor Rolles le relató entonces toda la historia de su relación con el Diamante del Rajá, desde el momento en que lo encontró en el jardín de Raeburn hasta que subió en Londres al expreso de Escocia. Agregó un breve esbozo de sus ideas y sentimientos durante el viaje y terminó con estas palabras:

"When I recognised the tiara I knew we were in the same attitude towards Society, and this inspired me with a hope, which I trust you will say was not ill-founded, that you might become in some sense my partner in the difficulties and, of course, the profits of my situation. To one of your special knowledge and obviously great experience the negotiation of the diamond would give but little trouble, while to me it was a matter of impossibility. On the other part, I judged that I might lose nearly as much by cutting the diamond, and that not improbably with an unskilful hand, as might enable me to pay you with proper generosity for your assistance. The subject was a delicate one to broach; and perhaps I fell short in delicacy. But I must ask you to remember that for me the situation was a new one, and I was entirely unacquainted with the etiquette in use. I believe without vanity that I could have married or baptized you in a very acceptable manner; but every man has his own aptitudes, and this sort of bargain was not among the list of my accomplishments."

"I do not wish to flatter you," replied Vandeleur; "but upon my word, you have an unusual disposition for a life of crime. You have more accomplishments than you imagine; and though I have encountered a number of rogues in different quarters of the world, I never met with one so unblushing as yourself. Cheer up, Mr. Rolles, you are in the right profession at last! As for helping you, you may command me as you will. I have only a day's business in Edinburgh on a little matter for my brother; and once that is concluded, I return to Paris, where I usually reside. If you please, you may accompany me thither. And before the end of a month I believe I shall have brought your little business to a satisfactory conclusion."

(At this point, contrary to all the canons of his art, our Arabian author breaks off the STORY OF THE YOUNG MAN IN HOLY ORDERS. I regret and condemn such practices; but I must follow my original, and refer the reader for the conclusion of Mr. Rolles' adventures to the next number of the cycle, the STORY OF THE HOUSE WITH THE GREEN BLINDS.)

3. Story of the house with the green blinds

Francis Scrymgeour, a clerk in the Bank of Scotland at Edinburgh, had attained the age of twenty-five in a sphere of quiet, creditable, and domestic life. His mother died while he was young; but his father, a man of sense and probity, had given him an excellent education at school, and brought him up at home to orderly and frugal habits. Francis, who was of a docile

-Al reconocer la tiara comprendí que nuestra actitud ante la sociedad era la misma, y esto me dio la esperanza, confío en que no la juzgará infundada, de que podría usted ser, en cierto sentido, mi asociado en las dificultades, y por cierto que en los beneficios, de la situación. Para alguien con sus conocimientos tan particulares, y con su gran experiencia, la negociación del diamante no será nada difícil, mientras que para mí resulta imposible. Por otro lado, pienso que si corto el diamante, probablemente sin mayor habilidad, perderé una cantidad que podría pagarle a usted por su generosa ayuda. El asunto es delicado de abordar y quizá me ha faltado tacto. Me permito recordarle, sin embargo, que estoy en una situación nueva, en la cual no sé de qué forma comportarme. Creo, sin vanidad de mi parte, que podría haberle casado o bautizado a usted de manera muy aceptable, pero cada uno tiene sus propias aptitudes y esta clase de negociación no es de las cosas que sé hacer bien.

-No quiero halagarle -respondió Vandeleur-, pero creo que se halla usted muy bien dotado para la vida criminal. Tiene usted más aptitudes de lo que cree, y aunque yo me he encontrado con toda clase de pícaros en las distintas partes del mundo, nunca he conocido a nadie con tan poca vergüenza. ¡Alégrese usted, señor Rolles, que por fin ha dado con la profesión que le conviene! Respecto a ayudarle, me pongo por completo a su disposición. Debo ocuparme en Edimburgo de un pequeño asunto en relación con mi hermano; al día siguiente vuelvo a París, donde vivo. Si usted quiere, puede venir conmigo. Creo que antes de terminar el mes podré dar a su pequeño asunto un final satisfactorio.

En este punto, en contra de todos los cánones del corazón, nuestro autor árabe detiene la «Historia del joven eclesiástico». Lamento y condeno tales prácticas, pero debo seguir a mi original y remito al lector a la siguiente parte del relato, la «Historia de la casa de las persianas verdes», donde encontrará el desenlace de las aventuras del señor Rolles.

3. Historia de la casa de las persianas verdes

Un empleado del Banco de Escocia, en Edimburgo, llamado Francis Scrymgeour, había llegado a los veinticinco años de una vida provechosa, apacible y valiosa. Su madre falleció siendo él muy pequeño, pero su padre, hombre honrado y sensato, le hizo estudiar en una escuela excelente y le inculcó en casa costumbres ordenadas y sobrias. Francis, que era de temperamento

and affectionate disposition, profited by these advantages with zeal, and devoted himself heart and soul to his employment. A walk upon Saturday afternoon, an occasional dinner with members of his family, and a yearly tour of a fortnight in the Highlands or even on the continent of Europe, were his principal distractions, and, he grew rapidly in favour with his superiors, and enjoyed already a salary of nearly two hundred pounds a year, with the prospect of an ultimate advance to almost double that amount. Few young men were more contented, few more willing and laborious than Francis Scrymgeour. Sometimes at night, when he had read the daily paper, he would play upon the flute to amuse his father, for whose qualities he entertained a great respect. One day he received a note from a well-known firm of Writers to the Signet, requesting the favour of an immediate interview with him. The letter was marked "Private and Confidential," and had been addressed to him at the bank, instead of at home - two unusual circumstances which made him obey the summons with the more alacrity. The senior member of the firm, a man of much austerity of manner, made him gravely welcome, requested him to take a seat, and proceeded to explain the matter in hand in the picked expressions of a veteran man of business. A person, who must remain nameless, but of whom the lawyer had every reason to think well - a man, in short, of some station in the country - desired to make Francis an annual allowance of five hundred pounds. The capital was to be placed under the control of the lawyer's firm and two trustees who must also remain anonymous. There were conditions annexed to this liberality, but he was of opinion that his new client would find nothing either excessive or dishonourable in the terms; and he repeated these two words with emphasis, as though he desired to commit himself to nothing more.

Francis asked their nature.

"The conditions," said the Writer to the Signet, "are, as I have twice remarked, neither dishonourable nor excessive. At the same time I cannot conceal from you that they are most unusual. Indeed, the whole case is very much out of our way; and I should certainly have refused it had it not been for the reputation of the gentleman who entrusted it to my care, and, let me add, Mr. Scrymgeour, the interest I have been led to take in yourself by many complimentary and, I have no doubt, well-deserved reports."

Francis entreated him to be more specific.

"You cannot picture my uneasiness as to these conditions," he said.

"They are two," replied the lawyer, "only two; and the sum, as you will remember, is five hundred a-year - and

dócil y cariñoso, supo aprovechar esas oportunidades y luego se entregó por entero a su trabajo. Sus principales entretenimientos consistían en un paseo los sábados por la tarde, alguna cena familiar y, todos los años, un viaje de quince días por las montañas de Escocia o por el continente. No tardó en lograr el favor de sus superiores y ganaba unas doscientas libras al año, con probabilidades de llegar, al final de su carrera, al doble de esa suma. Pocos jóvenes más satisfechos, pocos más serviciales y trabajadores que Francis Scrymgeour. En ocasiones, por las noches, acabado de leer el periódico, tocaba la flauta para distraer a su padre, cuyas cualidades le inspiraban gran respeto.

Un día recibió una carta de una prestigiosa firma de abogados, pidiéndole que les hiciera una visita lo antes posible. La carta llevaba la inscripción «privada y confidencial» y le había sido enviada al banco y no a su propia casa, dos circunstancias poco habituales que le hicieron acceder a la petición con tanta mayor rapidez. El miembro más antiguo del bufete, hombre de costumbres muy severas, le recibió gravemente y, tras invitarle a tomar asiento, pasó a explicarle el asunto en cuestión con las expresiones escogidas de un viejo profesional. Una persona, cuyo nombre no podía desvelar, pero de quien tenía todas las razones para pensar bien -una persona, en suma, de cierta posición-, deseaba pagarle a Francis una pensión anual de quinientas libras. El dinero se hallaría bajo el control del estudio del abogado y de otros dos administradores, que también debían permanecer anónimos. La donación se hallaba sujeta a dos condiciones pero, se atrevía a pensar, su nuevo cliente no encontraría en ellas nada de excesivo o deshonroso. Repitió estas últimas palabras con fuerza, como si no quisiera comprometerse a nada más.

Francis quiso saber cuáles eran esas condiciones.

-Como ya he aclarado en dos ocasiones, las condiciones no son deshonorosas ni excesivas -dijo el abogado-. Al mismo tiempo, me es imposible ocultarle que resultan de lo más insólitas. Más aún, el caso es por completo ajeno a nuestra práctica usual y sin duda le hubiera rechazado, a no ser por el buen nombre del caballero que nos lo encarga y, permítame usted añadir, señor Scrymgeour, por el interés que siento por usted en vista de los muchos informes favorables, y no dudo que merecidos, que hemos recibido sobre su persona.

Francis le rogó que fuese más claro.

-No se imagina usted mi inquietud ante esas condiciones -dijo.

-Son dos -respondió el abogado-, sólo dos; y la suma, lo recordará usted, es de quinientas libras al año; libre de

unburdened, I forgot to add, unburdened."

And the lawyer raised his eyebrows at him with solemn gusto.

"The first," he resumed, "is of remarkable simplicity.

You must be in Paris by the afternoon of Sunday, the 15th; there you will find, at the box-office of the Comedie Francaise, a ticket for admission taken in your name and waiting you. You are requested to sit out the whole performance in the seat provided, and that is all."

"I should certainly have preferred a week-day," replied Francis. "

But, after all, once in a way - "

"And in Paris, my dear sir," added the lawyer

soothingly. "I believe I am something of a precisian myself, but upon such a consideration, and in Paris, I should not hesitate an instant."

And the pair laughed pleasantly together.

"The other is of more importance," continued the Writer to the Signet. "It regards your marriage. My client, taking a deep interest in your welfare, desires to advise you absolutely in the choice of a wife. Absolutely, you understand," he repeated.

"Let us be more explicit, if you please," returned Francis. "Am I to marry any one, maid or widow, black or white, whom this invisible person chooses to propose?"

"I was to assure you that suitability of age and position should be a principle with your benefactor," replied the lawyer. "As to race, I confess the difficulty had not occurred to me, and I failed to inquire; but if you like I will make a note of it at once, and advise you on the earliest opportunity."

"Sir," said Francis, "it remains to be seen whether this whole affair is not a most unworthy fraud. The circumstances are inexplicable - I had almost said incredible; and until I see a little more daylight, and some plausible motive, I confess I should be very sorry to put a hand to the transaction. I appeal to you in this difficulty for information. I must learn what is at the bottom of it all. If you do not know, cannot guess, or are not at liberty to tell me, I shall take my hat and go back to my bank as came."

"I do not know," answered the lawyer, "but I have an excellent guess. Your father, and no one else, is at the root of this apparently unnatural business."

"My father!" cried Francis, in extreme disdain. "Worthy man, I know every thought of his mind, every penny of his fortune!"

"You misinterpret my words," said the lawyer. "I do not refer to Mr. Scrymgeour, senior; for he is not your father. When he and his wife came to Edinburgh, you were already nearly one year old, and you had not yet

impuestos, me olvidaba de decir, libre de impuestos.

Y el abogado levantó las cejas con solemne satisfacción.

-La primera condición -siguió diciendo- es muy sencilla. Debe usted estar en París la tarde del domingo quince. En la taquilla de la Comedie Française le estará esperando una entrada comprada a su nombre. Se le pide que asista a la representación en el asiento que se le ha obsequiado, eso es todo.

-Hubiera preferido un día de semana -dijo Francis-, pero, en fin, por una vez...

-En París, mi estimado señor -añadió el abogado en tono tranquilizador-. Creo que soy una persona exigente, pero en un caso como éste, tratándose de ir a París, no me lo pensaría un momento.

Los dos rieron amablemente.

-La otra condición es más importante -continuó el hombre de leyes-. Se trata de su boda. Mi cliente, que se interesa mucho por su bienestar, piensa aconsejarle cuando llegue la hora de casarse y quiere que siga usted su consejo de una manera absoluta. Absoluta, entiende usted -repitió.

-Sea más concreto, por favor -contestó Francis-. ¿Debo casarme con cualquier mujer, soltera o viuda, negra o blanca, que me proponga esta persona invisible?

-Tengo encargo de garantizarle que su benefactor velará por que la joven elegida sea de edad y posición social adecuadas -dijo el abogado-. En cuanto a la raza, la verdad es que no se me había ocurrido y no lo pregunté; si usted quiere, tomaré nota ahora mismo y le contestaré en la primera oportunidad.

-Señor -dijo Francis-, aún está por comprobarse si todo este asunto no es el engaño más escandaloso. Los detalles son inexplicables; estoy a punto de decir: increíbles. Mientras no vea más claro, mientras no sepa de un motivo concreto, se me hará muy duro aceptar el trato. Ante esta duda me dirijo a usted para pedirle información. Tengo que conocer el fondo del asunto. Si usted no lo sabe, no puede adivinarlo, o no tiene autoridad para decírmelo, cojo ahora mismo mi sombrero y me vuelvo al banco por donde he venido.

-No sé nada -dijo el abogado-, pero puedo hacer una suposición que creo excelente. El origen de este asunto, que parece tan disparatado, es su padre y nadie más.

-¡Mi padre! -exclamó Francis con tono del mayor desprecio-. Mi padre es una persona responsable; conozco hasta la última idea que le cruza por la cabeza y el último penique de su fortuna.

-No entiende usted bien mis palabras. No me refiero al señor Scrymgeour, que en realidad no es su padre. Cuando él y su esposa llegaron a Edimburgo, usted casi había cumplido un año y no hacía tres meses que se

been three months in their care. The secret has been well kept; but such is the fact. Your father is unknown, and I say again that I believe him to be the original of the offers I am charged at present to transmit to you." It would be impossible to exaggerate the astonishment of Francis Scrymgeour at this unexpected information. He pled this confusion to the lawyer.

"Sir," said he, "after a piece of news so startling, you must grant me some hours for thought. You shall know this evening what conclusion I have reached."

The lawyer commended his prudence; and Francis, excusing himself upon some pretext at the bank, took a long walk into the country, and fully considered the different steps and aspects of the case. A pleasant sense of his own importance rendered him the more deliberate; but the issue was from the first not doubtful. His whole carnal man leaned irresistibly towards the five hundred a year, and the strange conditions with which it was burdened; he discovered in his heart an invincible repugnance to the name of Scrymgeour, which he had never hitherto disliked; he began to despise the narrow and unromantic interests of his former life; and when once his mind was fairly made up, he walked with a new feeling of strength and freedom, and nourished himself with the gayest anticipations.

He said but a word to the lawyer, and immediately received a cheque for two quarters' arrears; for the allowance was ante-dated from the first of January. With this in his pocket, he walked home. The flat in Scotland Street looked mean in his eyes; his nostrils, for the first time, rebelled against the odour of broth; and he observed little defects of manner in his adoptive father which filled him with surprise and almost with disgust. The next day, he determined, should see him on his way to Paris.

In that city, where he arrived long before the appointed date, he put up at a modest hotel frequented by English and Italians, and devoted himself to improvement in the French tongue; for this purpose he had a master twice a week, entered into conversation with loiterers in the Champs Elysees, and nightly frequented the theatre. He had his whole toilette fashionably renewed; and was shaved and had his hair dressed every morning by a barber in a neighbouring street. This gave him something of a foreign air, and seemed to wipe off the reproach of his past years.

At length, on the Saturday afternoon, he betook himself to the box-office of the theatre in the Rue Richelieu. No sooner had he mentioned his name than the clerk produced the order in an envelope of which the address was scarcely dry.

"It has been taken this moment," said the clerk.

hallaba a su cuidado. El secreto estuvo bien oculto, pero esa es la verdad. Su padre es una persona desconocida y le repito que, personalmente creo que es quien hace los ofrecimientos que tengo encargo de transmitirle.

Sería imposible exagerar el asombro de Francis Scrymgeour ante una revelación tan inesperada. No pudo sino confesarle al abogado su total confusión.

-Señor -le dijo-, después de una noticia tan desconcertante, tiene usted que darme unas horas para pensarlo. Esta noche sabrá qué decisión he tomado.

El abogado elogió su sensatez y Francis, excusándose en el banco con cualquier pretexto, fue a dar un largo paseo por el campo a fin de estudiar a fondo los diversos aspectos y posibilidades del caso. Una sensación agradable de su propia importancia le hizo ser muy prudente pero, desde un comienzo, el resultado no estuvo en duda. Todo su lado material tendía de manera irresistible a aceptar las quinientas libras y cumplir las extrañas peticiones exigidas; se descubrió en el corazón una repugnancia invencible por el nombre Scrymgeour, que hasta entonces nunca le había molestado; empezó a despreciar los intereses estrechos y poco románticos de su vida anterior y, una vez que tomó su decisión, siguió caminando animado por una nueva sensación de fuerza y libertad, mientras le nacían en el pecho alegres esperanzas.

Fue suficiente que dijera una palabra al abogado y recibió al momento un cheque por los dos últimos trimestres, pues la pensión corría a partir de principios de enero. Regresó a pie a su casa, con el cheque en el bolsillo. El departamento de Scotland Street le pareció mediocre; por primera vez sus narices se rebelaron contra el olor de la cocina; observó pequeñas imperfecciones en los modales de su padre adoptivo que le llenaron de sorpresa y casi de repugnancia. Al día siguiente, se dirigió hacia París.

En esa ciudad, donde llegó antes de la fecha señalada, se hospedó en un hotel modesto frecuentado por ingleses e italianos y se dedicó a perfeccionar sus conocimientos de la lengua francesa; para ello contrató a un maestro que le daría dos clases por semana, trabó conversación con gentes que se paseaban por los Champs Elysées y fue todas las noches al teatro. Renovó su vestuario según la última moda y se acostumbró a hacerse peinar y afeitarse cada mañana por el barbero de una calle vecina. Esto le dio cierto aire extranjero, y tuvo la impresión de que borraba así el reproche de los años pasados.

Por fin, la tarde del sábado, se dirigió a la taquilla del teatro en la rue de Richelieu. Con sólo decir su nombre, el empleado sacó un sobre en el que aún estaba fresca la tinta de las señas.

-La entrada la compraron hace un instante -dijo el

"Indeed!" said Francis. "May I ask what the gentleman was like?"

"Your friend is easy to describe," replied the official.

"He is old and strong and beautiful, with white hair and a sabre-cut across his face. You cannot fail to recognise so marked a person."

"No, indeed," returned Francis; "and I thank you for your politeness."

"He cannot yet be far distant," added the clerk. "If you make haste you might still overtake him."

Francis did not wait to be twice told; he ran precipitately from the theatre into the middle of the street and looked in all directions. More than one white-haired man was within sight; but though he overtook each of them in succession, all wanted the sabre-cut. For nearly half-an-hour he tried one street after another in the neighbourhood, until at length, recognising the folly of continued search, he started on a walk to compose his agitated feelings; for this proximity of an encounter with him to whom he could not doubt he owed the day had profoundly moved the young man.

It chanced that his way lay up the Rue Drouot and thence up the Rue des Martyrs; and chance, in this case, served him better than all the forethought in the world. For on the outer boulevard he saw two men in earnest colloquy upon a seat. One was dark, young, and handsome, secularly dressed, but with an indelible clerical stamp; the other answered in every particular to the description given him by the clerk. Francis felt his heart beat high in his bosom; he knew he was now about to hear the voice of his father; and making a wide circuit, he noiselessly took his place behind the couple in question, who were too much interested in their talk to observe much else. As Francis had expected, the conversation was conducted in the English language "Your suspicions begin to annoy me, Rolles," said the older man. "I tell you I am doing my utmost; a man cannot lay his hand on millions in a moment. Have I not taken you up, a mere stranger, out of pure good-will? Are you not living largely on my bounty?"

"On your advances, Mr. Vandeleur," corrected the other. "Advances, if you choose; and interest instead of goodwill, if you prefer it," returned Vandeleur angrily.

"I am not here to pick expressions. Business is business; and your business, let me remind you, is too muddy for such airs. Trust me, or leave me alone and find some one else; but let us have an end, for God's sake, of your jeremiads."

"I am beginning to learn the world," replied the other,

empleado.

-¡Hombre! ¿Y se puede saber quién la compró?

-Claro que sí. Es fácil describir a su amigo: un hombre mayor, fuerte y bien plantado, de pelo canoso, con la cicatriz de un sablazo que le cruza la cara. Imposible no reconocer a una persona así.

-Por supuesto -dijo Francis-. Es usted muy amable. -No puede haber ido muy lejos. Si se da usted prisa podrá alcanzarle.

Francis no se lo hizo repetir: salió corriendo del teatro y se paró en medio de la calle a mirar en todas direcciones. Había a la vista más de un caballero de pelo blanco pero, cuando se les acercó, a todos les faltaba el sablazo en la cara. Durante casi media hora recorrió las calles vecinas hasta que, dándose cuenta de que era un disparate seguir buscando, decidió dar un paseo para calmar su nerviosismo, pues el hecho de haber estado a un paso de encontrarse con el hombre que, no lo dudaba, era el autor de sus días, le había alterado mucho.

Por casualidad llegó a la rue Drouot y luego a la rue des Martyrs, y el azar le valió más que toda la sensatez del mundo. En el bulevar exterior dos hombres discutían acaloradamente, sentados en un banco. Uno de ellos era un joven moreno y bien parecido, vestido de paisano pero con un aire clerical imposible de ocultar; el otro correspondía hasta el último detalle a la descripción hecha por el empleado del teatro. Francis sintió que el corazón le golpeaba en el pecho, pues sin duda estaba a punto de escuchar la voz de su padre; dando un gran rodeo, fue a sentarse detrás de los dos caballeros, demasiado distraídos en su conversación para reparar en lo que ocurría a su alrededor. Como lo había previsto, conversaban en inglés.

-Sus sospechas comienzan a incomodarme, Rolles -decía el de más edad-. Le aseguro que estoy haciendo todo lo que puedo; nadie dispone de millones en un abrir y cerrar de ojos. ¿Acaso no le ayudado, por pura buena voluntad, aunque no es usted nada para mí? ¿No vive usted a mi costa?

-Con lo que usted me adelanta, señor Vandeleur -rectificó el otro.

-Con lo que le adelanto, si prefiere; y por interés, no por buena voluntad, si usted lo dice -respondió Vandeleur en tono irritado-. No estamos aquí para discutir cuál es la palabra exacta. Los negocios son los negocios y los suyos, permítame que se lo recuerde, son demasiado turbios para darse esos aires. Confíe en mí o déjeme en paz y busque a otra persona, pero acabemos de una vez, por Dios, con tantas jeremiadas.

-Empiezo a conocer el mundo -respondió Rolles- y me

"and I see that you have every reason to play me false, and not one to deal honestly. I am not here to pick expressions either; you wish the diamond for yourself; you know you do - you dare not deny it. Have you not already forged my name, and searched my lodging in my absence? I understand the cause of your delays; you are lying in wait; you are the diamond hunter, forsooth; and sooner or later, by fair means or foul, you'll lay your hands upon it. I tell you, it must stop; push me much further and I promise you a surprise."

"It does not become you to use threats," returned Vandeleur. "Two can play at that. My brother is here in Paris; the police are on the alert; and if you persist in wearying me with your caterwauling, I will arrange a little astonishment for you, Mr. Rolles. But mine shall be once and for all. Do you understand, or would you prefer me to tell it you in Hebrew? There is an end to all things, and you have come to the end of my patience. Tuesday, at seven; not a day, not an hour sooner, not the least part of a second, if it were to save your life. And if you do not choose to wait, you may go to the bottomless pit for me, and welcome."

And so saying, the Dictator arose from the bench, and marched off in the direction of Montmartre, shaking his head and swinging his cane with a most furious air; while his companion remained where he was, in an attitude of great dejection.

Francis was at the pitch of surprise and horror; his sentiments had been shocked to the last degree; the hopeful tenderness with which he had taken his place upon the bench was transformed into repulsion and despair; old Mr. Scrymgeour, he reflected, was a far more kindly and creditable parent than this dangerous and violent intriguer; but he retained his presence of mind, and suffered not a moment to elapse before he was on the trail of the Dictator.

That gentleman's fury carried him forward at a brisk pace, and he was so completely occupied in his angry thoughts that he never so much as cast a look behind him till he reached his own door.

His house stood high up in the Rue Lepic, commanding a view of all Paris and enjoying the pure air of the heights. It was two storeys high, with green blinds and shutters; and all the windows looking on the street were hermetically closed. Tops of trees showed over the high garden wall, and the wall was protected by CHEVAUX-DE-FRISE. The Dictator paused a moment while he searched his pocket for a key; and then, opening a gate, disappeared within the enclosure.

Francis looked about him; the neighbourhood was very lonely, the house isolated in its garden. It seemed as if

doy cuenta que tiene usted todas las razones para engañarme y ni una sola para portarse con honradez. Yo tampoco he venido a discutir la palabra exacta; usted quiere el diamante para sí: lo sabe muy bien y no se atreve a negarlo. ¿No es verdad, acaso, que ha utilizado mi nombre, que ha entrado a registrar mi habitación mientras yo me hallaba ausente? Comprendo perfectamente la razón de sus demoras: se mantiene usted alerta, a la caza del diamante, y antes o después se apoderará de él. Se lo digo seriamente: esto se tiene que acabar. No me ponga nervioso o le prometo una sorpresa.

-No le van bien las amenazas -dijo Vandeleur-. No es usted el único que puede hacerlas. Mi hermano está aquí, en París, y la policía está al corriente. Si continua molestándome, soy yo quien le organizará una pequeña sorpresa, señor Rolles. Pero la mía será definitiva. ¿Me entiende o quiere que se lo repita en hebreo? Todo tiene su límite y ha agotado usted mi paciencia. El martes a las siete; ni un día ni una hora antes, ni siquiera medio segundo, aunque le cueste la vida. Y si no quiere usted esperar, puede irse al mismísimo infierno, y buen viaje. Diciendo estas palabras el dictador se levantó del banco y se marchó en dirección de Montmartre, moviendo la cabeza y agitando el bastón con gesto furioso, mientras su compañero se quedaba en el sitio, en actitud de profundo decaimiento.

La escena había sido para Francis el colmo de la sorpresa y el horror. Sus sentimientos habían sido heridos; la delicadeza esperanzada con que se sentara en el banco no había tardado en volverse desprecio y desánimo; el viejo señor Scrymgeour, se decía, era un padre mucho más digno y cordial que este intrigante peligroso y agresivo. Sin embargo, mientras pensaba estas cosas, mantuvo su presencia de ánimo y no perdió ni un minuto en seguir al dictador.

El caballero se marchaba lleno de ira, con paso tan rápido y arrebatado que no se le ocurrió mirar atrás ni una sola vez hasta que llegó a la puerta de su casa.

Vivía en lo alto de la rue Lepic, en el aire puro de las alturas, con vista sobre París, en una casa de dos plantas con persianas y postigos verdes. Todas las ventanas que daban a la calle estaban cerradas. Sobre los muros, protegidos por hierros puntiagudos, asomaban sus copas los árboles del jardín. El dictador se detuvo un instante mientras buscaba la llave en sus bolsillos y, tras abrir la puerta, desapareció dentro de la casa.

Francis miró a su alrededor: el barrio era solitario, la casa estaba aislada en medio del jardín. Le pareció, a primera vista, que su observación finalizaba aquí sin

his observation must here come to an abrupt end. A second glance, however, showed him a tall house next door presenting a gable to the garden, and in this gable a single window. He passed to the front and saw a ticket offering unfurnished lodgings by the month; and, on inquiry, the room which commanded the Dictator's garden proved to be one of those to let. Francis did not hesitate a moment; he took the room, paid an advance upon the rent, and returned to his hotel to seek his baggage.

The old man with the sabre-cut might or might not be his father; he might or he might not be upon the true scent; but he was certainly on the edge of an exciting mystery, and he promised himself that he would not relax his observation until he had got to the bottom of the secret.

From the window of his new apartment Francis Scrymgeour commanded a complete view into the garden of the house with the green blinds. Immediately below him a very comely chestnut with wide boughs sheltered a pair of rustic tables where people might dine in the height of summer. On all sides save one a dense vegetation concealed the soil; but there, between the tables and the house, he saw a patch of gravel walk leading from the verandah to the garden-gate. Studying the place from between the boards of the Venetian shutters, which he durst not open for fear of attracting attention, Francis observed but little to indicate the manners of the inhabitants, and that little argued no more than a close reserve and a taste for solitude. The garden was conventual, the house had the air of a prison. The green blinds were all drawn down upon the outside; the door into the verandah was closed; the garden, as far as he could see it, was left entirely to itself in the evening sunshine. A modest curl of smoke from a single chimney alone testified to the presence of living people.

In order that he might not be entirely idle, and to give a certain colour to his way of life, Francis had purchased Euclid's Geometry in French, which he set himself to copy and translate on the top of his portmanteau and seated on the floor against the wall; for he was equally without chair or table. From time to time he would rise and cast a glance into the enclosure of the house with the green blinds; but the windows remained obstinately closed and the garden empty.

Only late in the evening did anything occur to reward his continued attention. Between nine and ten the sharp tinkle of a bell aroused him from a fit of dozing; and he sprang to his observatory in time to hear an important noise of locks being opened and bars removed, and to see Mr. Vandeleur, carrying a lantern and clothed in a

más remedio; volvió a mirar, sin embargo, y vio que la casa de al lado tenía un tejado de dos aguas que daba sobre el jardín, y en el tejado una ventana. Al pasar frente a la entrada principal observó un letrero anunciando que se alquilaban habitaciones sin amueblar por meses. Entró a preguntar y sucedió que, justamente, se alquilaba el cuarto cuya ventana se abría encima del jardín del dictador. No vaciló un momento: alquiló el cuarto, pagó por adelantado y volvió al hotel para traer su equipaje.

El viejo de la cicatriz podía ser o no ser su padre; la pista que seguía podía o no ser el buena, pero estaba seguro de haberse tropezado con un misterio fantástico y se prometió que no se detendría hasta resolverlo.

Desde la ventana de su nuevo apartamento se veía todo el jardín de la casa de las persianas verdes. Debajo de la ventana había un castaño muy hermoso, cuyas frondosas ramas daban sombra a dos mesas rústicas en las que se podía comer en pleno verano. Una espesa vegetación tapaba casi completamente el suelo, aunque Francis lograba ver, entre las mesas y la casa, un camino de grava que iba de la puerta del jardín a una galería. Oculto detrás de sus persianas, que no se atrevía a levantar para no llamar la atención, descubrió muy poco que le permitiera adivinar el modo de ser de sus vecinos, y ese poco sólo le hizo pensar en la reserva y el gusto por la soledad. El jardín era conventual, la casa tenía un aspecto de prisión. Todas las persianas, así como la puerta de la galería, estaban cerradas; por lo que podía ver, en el jardín, iluminado por el sol de la tarde, no había nadie. Sólo una modesta bocanada de humo de una única chimenea revelaba que había alguien en casa.

Para no estar sin hacer nada y dar un poco de color a los días que debía pasar en la ciudad, Francis se había comprado una versión francesa de la Geometría de Euclides, que se dedicó a copiar y traducir; ahora, tras poner el libro sobre la maleta, se sentó a trabajar en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, pues no tenía silla ni mesa en la habitación. De vez en cuando se ponía de pie y echaba un vistazo a la casa de las persianas verdes, pero las ventanas seguían completamente cerradas y el jardín solitario.

Sólo mucho más tarde sucedió algo que vino a recompensar su constante vigilancia. Entre las nueve y las diez estaba medio dormido, cuando le despertó el tintineo agudo de una campanilla. Fue a su observatorio a tiempo para oír el ruido de cerrojos que se descorrían y trancas que se retiraban, y vio al señor Vandeleur, linterna en mano, vestido de una amplia bata de

flowing robe of black velvet with a skull-cap to match, issue from under the verandah and proceed leisurely towards the garden gate. The sound of bolts and bars was then repeated; and a moment after Francis perceived the Dictator escorting into the house, in the mobile light of the lantern, an individual of the lowest and most despicable appearance.

Half-an-hour afterwards the visitor was reconducted to the street; and Mr. Vandeleur, setting his light upon one of the rustic tables, finished a cigar with great deliberation under the foliage of the chestnut. Francis, peering through a clear space among the leaves, was able to follow his gestures as he threw away the ash or enjoyed a copious inhalation; and beheld a cloud upon the old man's brow and a forcible action of the lips, which testified to some deep and probably painful train of thought. The cigar was already almost at an end, when the voice of a young girl was heard suddenly crying the hour from the interior of the house.

"In a moment," replied John Vandeleur.

And, with that, he threw away the stump and, taking up the lantern, sailed away under the verandah for the night. As soon as the door was closed, absolute darkness fell upon the house; Francis might try his eyesight as much as he pleased, he could not detect so much as a single chink of light below a blind; and he concluded, with great good sense, that the bed-chambers were all upon the other side.

Early the next morning (for he was early awake after an uncomfortable night upon the floor), he saw cause to adopt a different explanation. The blinds rose, one after another, by means of a spring in the interior, and disclosed steel shutters such as we see on the front of shops; these in their turn were rolled up by a similar contrivance; and for the space of about an hour, the chambers were left open to the morning air. At the end of that time Mr. Vandeleur, with his own hand, once more closed the shutters and replaced the blinds from within.

While Francis was still marvelling at these precautions, the door opened and a young girl came forth to look about her in the garden. It was not two minutes before she re-entered the house, but even in that short time he saw enough to convince him that she possessed the most unusual attractions. His curiosity was not only highly excited by this incident, but his spirits were improved to a still more notable degree. The alarming manners and more than equivocal life of his father ceased from that moment to prey upon his mind; from that moment he embraced his new family with ardour; and whether the young lady should prove his sister or his wife, he felt convinced she was an angel in disguise. So much was

terciopelo negro y un gorro de lo mismo que salía de la galería y avanzaba lentamente hasta la puerta del jardín. Luego se repitió el ruido de cerrojos y trancas, y Francis vio al dictador, a la luz indecisa de la linterna, acompañando a la casa a un individuo del más indigno y despreciable aspecto.

Media hora más tarde el visitante volvió a ser conducido a la calle y el señor Vandeleur, dejando la luz en una de las mesas rústicas, terminó de fumar tranquilamente su cigarro bajo el castaño. Francis, que le divisaba entre las hojas, le veía aspirar a fondo el humo o arrojar la ceniza al suelo; por su expresión de preocupación, y por su forma de fruncir los labios, le parecía entregado a una meditación profunda y quizá difícil. Casi había terminado el cigarro cuando se oyó la voz de una muchacha que le comunicaba la hora desde el interior de la casa

-Ahora mismo -respondió John Vandeleur.

Y tirando el cigarro, recogió la linterna, se dirigió a la galería y se perdió de vista. En cuanto cerró la puerta, la casa quedó en una completa oscuridad. Francis no distinguía el más mínimo destello de luz detrás de las persianas y concluyó, con gran cordura, que todos los dormitorios debían estar del otro lado.

A la mañana siguiente, muy temprano (no tardó en despertarse después de una mala noche, que pasó acostado en el suelo), comprobó que debía adoptar otra explicación. Se abrieron las persianas, una a una, por medio de un mecanismo pulsado desde el interior, y dejaron a la vista unos postigos de acero, como los que hay en las tiendas, y luego estos postigos, a su vez, se enrollaron por un procedimiento parecido, y durante casi una hora las habitaciones quedaron abiertas al aire de la mañana. Al cabo de ese tiempo el señor Vandeleur, con sus propias manos, volvió a bajar los postigos y cerrar las persianas desde el interior.

Todavía estaba admirándose Francis de tanta cautela, cuando se abrió la puerta y una muchacha vino al jardín, donde estuvo un momento mirando a su alrededor. Antes de que pasaran dos minutos había vuelto a entrar en la casa, pero Francis había visto bastante para convencerse de que era una persona con los más asombrosos encantos. No sólo quedó su curiosidad muy avivada por el suceso, sino que sus ánimos mejoraron en un grado aún más notable. A partir de aquel momento los modales alarmantes y la vida tan confusa de su padre dejaron de preocuparlo y abrazó con entusiasmo a su nueva familia. La joven acabaría, quizá, por ser su hermana o su mujer, pero no

this the case that he was seized with a sudden horror when he reflected how little he really knew, and how possible it was that he had followed the wrong person when he followed Mr. Vandeleur.

The porter, whom he consulted, could afford him little information; but, such as it was, it had a mysterious and questionable sound.

The person next door was an English gentleman of extraordinary wealth, and proportionately eccentric in his tastes and habits. He possessed great collections, which he kept in the house beside him; and it was to protect these that he had fitted the place with steel shutters, elaborate fastenings, and CHEVAUX-DE-FRISE along the garden wall. He lived much alone, in spite of some strange visitors with whom, it seemed, he had business to transact; and there was no one else in the house, except Mademoiselle and an old woman servant "Is Mademoiselle his daughter?" inquired Francis.

"Certainly," replied the porter. "Mademoiselle is the daughter of the house; and strange it is to see how she is made to work. For all his riches, it is she who goes to market; and every day in the week you may see her going by with a basket on her arm."

"And the collections?" asked the other.

"Sir," said the man, "they are immensely valuable. More I cannot tell you. Since M. de Vandeleur's arrival no one in the quarter has so much as passed the door."

"Suppose not," returned Francis, "you must surely have some notion what these famous galleries contain. Is it pictures, silks, statues, jewels, or what?"

"My faith, sir," said the fellow with a shrug, "it might be carrots, and still I could not tell you. How should I know? The house is kept like a garrison, as you perceive."

And then as Francis was returning disappointed to his room, the porter called him back.

"I have just remembered, sir," said he. "M. de Vandeleur has been in all parts of the world, and I once heard the old woman declare that he had brought many diamonds back with him. If that be the truth, there must be a fine show behind those shutters."

By an early hour on Sunday Francis was in his place at the theatre. The seat which had been taken for him was only two or three numbers from the left-hand side, and directly opposite one of the lower boxes. As the seat had been specially chosen there was doubtless something to be learned from its position; and he judged by an instinct that the box upon his right was, in some way or other, to be connected with the drama in which he ignorantly played a part. Indeed, it was so situated that its occupants could safely observe him from beginning to end of the piece, if they were so minded;

tenía ninguna duda de que se trataba de un ángel en forma humana. Su horror se acrecentó cuando, de repente, comprendió que era muy poco lo que en verdad sabía, y que al seguir al señor Vandeleur hasta su casa bien podía haberse equivocado de persona.

El portero, a quien preguntó, sólo pudo darle pocas informaciones, que le sonaron de lo más sospechosas y llenas de misterio. En la casa vecina residía un caballero inglés, dueño de una gran fortuna y muy excéntrico en sus gustos y costumbres. Guardaba en la casa grandes colecciones, y para protegerlas había instalado postigos de acero y complicados cerrojos, así como los hierros puntiagudos que se veían sobre los muros del jardín. No recibía visitas, aunque se le veía de vez en cuando con algunas extrañas compañías con quienes, al parecer, tenía negocios. Vivían con él mademoiselle y una vieja sirvienta. -¿Mademoiselle es la hija? -preguntó Francis.

-Sí, señor -respondió el portero-. Mademoiselle es la hija de la casa, y es curioso cómo la hace trabajar. Con todas sus riquezas, va de compras al mercado, y la verá usted pasar con el cesto en el brazo todos los días de la semana.

-¿Y las colecciones?

-Son de incalculable valor. Más no le puedo decir. Desde que llegó el señor Vandeleur no hay en el barrio una sola persona que haya cruzado su puerta.

-Algo debe usted saber -insistió Francis-. ¿Qué son esas famosas colecciones? ¿Cuadros, sedas, estatuas, joyas o qué?

-Ah, señor, posiblemente sean zanahorias -contestó el portero, encogiéndose de hombros-. No seré yo quien se lo pueda decir. ¿Cómo saberlo? La casa está más protegida que una guarnición, como usted ve.

Y ya Francis, abatido, regresaba a su habitación cuando el portero le llamó de vuelta.

-Me acabo de acordar -le dijo-. El señor Vandeleur ha viajado por todo el mundo, y una vez le oí decir a la vieja que había traído consigo muchos diamantes. Si eso es verdad, habrá cosas dignas de verse detrás de esos postigos.

El domingo, Francis se encontró desde temprano en el lugar que le había sido reservado en el teatro. Su asiento era el segundo o tercero a partir de la izquierda, delante de uno de los palcos bajos.

Como había sido elegida especialmente su posición debía tener importancia, y el instinto le dijo que el palco a su derecha tenía relación, de alguna manera, con el drama en que, a pesar de su desconocimiento, le correspondía un papel. Más aún, si querían, sus ocupantes podían observarle sin dificultad del comienzo al final de la pieza mientras que, sentándose en el fondo,

while, profiting by the depth, they could screen themselves sufficiently well from any counter-examination on his side. He promised himself not to leave it for a moment out of sight; and whilst he scanned the rest of the theatre, or made a show of attending to the business of the stage, he always kept a corner of an eye upon the empty box.

The second act had been some time in progress, and was even drawing towards a close, when the door opened and two persons entered and ensconced themselves in the darkest of the shade. Francis could hardly control his emotion. It was Mr. Vandeleur and his daughter. The blood came and went in his arteries and veins with stunning activity; his ears sang; his head turned. He dared not look lest he should awake suspicion; his play-bill, which he kept reading from end to end and over and over again, turned from white to red before his eyes; and when he cast a glance upon the stage, it seemed incalculably far away, and he found the voices and gestures of the actors to the last degree impertinent and absurd.

From time to time he risked a momentary look in the direction which principally interested him; and once at least he felt certain that his eyes encountered those of the young girl. A shock passed over his body, and he saw all the colours of the rainbow. What would he not have given to overhear what passed between the Vandeleurs? What would he not have given for the courage to take up his opera-glass and steadily inspect their attitude and expression? There, for aught he knew, his whole life was being decided - and he not able to interfere, not able even to follow the debate, but condemned to sit and suffer where he was, in impotent anxiety.

At last the act came to an end. The curtain fell, and the people around him began to leave their places, for the interval. It was only natural that he should follow their example; and if he did so, it was not only natural but necessary that he should pass immediately in front of the box in question. Summoning all his courage, but keeping his eyes lowered, Francis drew near the spot. His progress was slow, for the old gentleman before him moved with incredible deliberation, wheezing as he went. What was he to do? Should he address the Vandeleurs by name as he went by? Should he take the flower from his button-hole and throw it into the box? Should he raise his face and direct one long and affectionate look upon the lady who was either his sister or his betrothed? As he found himself thus struggling among so many alternatives, he had a vision of his old equable existence in the bank, and was assailed by a thought of regret for the past.

evitarían todo examen de su parte. Se prometió no perderle de vista ni un momento y, volviéndose hacia el resto del teatro, o fingiendo atender a lo que sucedía en escena, siguió mirando de reojo el palco vacío.

El segundo acto estaba avanzado y casi tocaba a su final cuando se abrió la puerta del palco y entraron dos personas que permanecieron en la parte más oscura. Francis logró con dificultad contener su emoción: eran el señor Vandeleur y su hija. La sangre le corrió por las arterias y las venas con rapidez insólita, le zumbaron los oídos, sintió un comienzo de mareo.

No se atrevía a mirar por no levantar sospechas; el programa, que leía de principio a fin una vez y otra vez, de blanco que era se volvió rojo en sus manos; y cuando levantó la vista, la escena le pareció a una enorme distancia, y los gestos de los actores de lo más molestos y absurdos.

De tanto en tanto se atrevía a echar un vistazo en la dirección que más le interesaba y, por lo menos una vez, tuvo la seguridad de que sus ojos se encontraban con los de la muchacha. Todo su cuerpo se estremeció y vio todos los colores del arco iris. ¿Qué no hubiera dado por escuchar la conversación de los Vandeleur, por tener el valor de llevarse los gemelos a los ojos y examinar su actitud y su expresión! Posiblemente su vida entera se estaba decidiendo en el palco y él no podía participar, ni siquiera enterarse del debate, sino que estaba condenado a permanecer inmóvil en su lugar y a sufrir su ansiedad impotente.

Finalmente cayó el telón y quienes le rodeaban se levantaron de sus asientos para salir durante el entreacto. Lo normal era que siguiese su ejemplo y, al hacerlo, resultaba no sólo normal, sino inevitable, que pasara frente al palco. Francis, recurriendo a todo su valor, empezó a salir de la sala con los ojos bajos. Avanzaba con gran lentitud, pues iba detrás de un anciano que se movía muy lentamente y respiraba afanosamente. ¿Qué debía hacer? ¿Acaso dirigirse a los Vandeleur por su nombre al pasar junto a ellos? ¿Quitarse la flor del ojal y arrojarla al palco? ¿Levantar la cara y dirigir una mirada larga y afectuosa a la joven que era su hermana o su prometida? Repentinamente, mientras dudaba entre tantas posibilidades, tuvo una visión de su pasada existencia tranquila de empleado de banco y le invadió una sensación de nostalgia por el pasado.

Para entonces había llegado ante el palco y aunque no

By this time he had arrived directly opposite the box; and although he was still undetermined what to do or whether to do anything, he turned his head and lifted his eyes. No sooner had he done so than he uttered a cry of disappointment and remained rooted to the spot. The box was empty. During his slow advance Mr. Vandeleur and his daughter had quietly slipped away. A polite person in his rear reminded him that he was stopping the path; and he moved on again with mechanical footsteps, and suffered the crowd to carry him unresisting out of the theatre. Once in the street, the pressure ceasing, he came to a halt, and the cool night air speedily restored him to the possession of his faculties. He was surprised to find that his head ached violently, and that he remembered not one word of the two acts which he had witnessed. As the excitement wore away, it was succeeded by an overweening appetite for sleep, and he hailed a cab and drove to his lodging in a state of extreme exhaustion and some disgust of life.

Next morning he lay in wait for Miss Vandeleur on her road to market, and by eight o'clock beheld her stepping down a lane. She was simply, and even poorly, attired; but in the carriage of her head and body there was something flexible and noble that would have lent distinction to the meanest toilette. Even her basket, so aptly did she carry it, became her like an ornament. It seemed to Francis, as he slipped into a doorway, that the sunshine followed and the shadows fled before her as she walked; and he was conscious, for the first time, of a bird singing in a cage above the lane.

He suffered her to pass the doorway, and then, coming forth once more, addressed her by name from behind.

"Miss Vandeleur," said he.

She turned and, when she saw who he was, became deadly pale.

"Pardon me," he continued; "Heaven knows I had no will to startle you; and, indeed, there should be nothing startling in the presence of one who wishes you so well as I do. And, believe me, I am acting rather from necessity than choice. We have many things in common, and I am sadly in the dark. There is much that I should be doing, and my hands are tied. I do not know even what to feel, nor who are my friends and enemies." She found her voice with an effort.

"I do not know who you are," she said.

"Ah, yes! Miss Vandeleur, you do," returned Francis "better than I do myself. Indeed, it is on that, above all, that I seek light. Tell me what you know," he pleaded.

"Tell me who I am, who you are, and how our destinies are intermixed. Give me a little help with my life, Miss Vandeleur - only a word or two to guide me, only the

sabía todavía qué hacer, ni siquiera si debía hacer algo, volvió la cabeza y levantó la vista. No bien lo hizo, se le escapó un grito de decepción y quedó clavado en el sitio. Mientras él se aproximaba con tanta lentitud, el señor Vandeleur y su hija habían desaparecido discretamente.

Alguien detrás suyo le hizo notar de buenas formas que estaba entorpeciendo el paso; reanudó la marcha nuevamente con movimientos mecánicos, sin oponer resistencia a la multitud, que acabó por sacarle del teatro. Una vez en la calle, cuando cesó el agobio, se detuvo un momento y el aire fresco de la noche no tardó en hacerle recuperar sus facultades. Le sorprendió descubrir que sentía un agudo dolor de cabeza y que no recordaba nada de los dos actos que acababa de ver. A medida que pasaba la excitación empezó a invadirle un sueño abrumador; llamó a un coche y se hizo conducir a su casa en un estado de extremo cansancio y más bien harto de la vida.

Al día siguiente por la mañana fue a esperar a la señorita Vandeleur en el camino al mercado y a las ocho en punto la vio venir calle abajo. Vestía sencillamente y hasta de manera pobre, pero en el porte de la cabeza y el cuerpo algo había de flexible y de noble que bastaba para dar distinción a las ropas más humildes. Hasta el cesto de la compra, que llevaba colgado del brazo con tanta gracia, se convertía en un adorno. Francis, escondido en un portal, tuvo la sensación de que el sol la venía siguiendo y las sombras se apartaban a su paso; sólo entonces se dio cuenta de que, en una casa vecina, un pájaro estaba cantando en su jaula.

La dejó pasar delante del portal, fue tras ella y la llamó.

-Señorita Vandeleur -dijo.

Ella giró y, al ver quién era, se puso mortalmente pálida. -Perdóneme, por favor -siguió diciendo Francis-. Dios sabe que no era mi intención asustarla. Por lo demás, no tiene motivos para asustarse con la presencia de alguien que siente por usted tanta simpatía como yo. Créame que lo hago por necesidad y no por voluntad propia. Compartimos muchas cosas y yo estoy que no vivo. Podría hacer mucho y me veo con las manos atadas. No sé ni siquiera lo que debo sentir, ni quiénes son mis amigos ni mis enemigos.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para contestarle. -Yo no le conozco a usted -le dijo.

-¡Ah, sí! Sí que lo sabe, señorita Vandeleur -respondió Francis-. Sabe mejor que yo quien soy. Eso es justamente lo que quiero que me diga, por encima de todas las cosas. Dígame lo que sabe, dígame quién soy yo, quién es usted, cómo se encuentran nuestros

name of my father, if you will - and I shall be grateful and content."

"I will not attempt to deceive you," she replied. "I know who you are, but I am not at liberty to say."

"Tell me, at least, that you have forgiven my presumption, and I shall wait with all the patience I have," he said. "If I am not to know, I must do without. It is cruel, but I can bear more upon a push. Only do not add to my troubles the thought that I have made an enemy of you."

"You did only what was natural," she said, "and I have nothing to forgive you. Farewell."

"Is it to be FAREWELL?" he asked.

"Nay, that I do not know myself," she answered.

"Farewell for the present, if you like."

And with these words she was gone.

Francis returned to his lodging in a state of considerable commotion of mind. He made the most trifling progress with his Euclid for that forenoon, and was more often at the window than at his improvised writing-table. But beyond seeing the return of Miss Vandeleur, and the meeting between her and her father, who was smoking a Trichinopoli cigar in the verandah, there was nothing notable in the neighbourhood of the house with the green blinds before the time of the mid-day meal. The young man hastily allayed his appetite in a neighbouring restaurant, and returned with the speed of unallayed curiosity to the house in the Rue Lepic. A mounted servant was leading a saddle-horse to and fro before the garden wall; and the porter of Francis's lodging was smoking a pipe against the door-post, absorbed in contemplation of the livery and the steeds.

"Look!" he cried to the young man, "what fine cattle! what an elegant costume! They belong to the brother of M. de Vandeleur, who is now within upon a visit. He is a great man, a general, in your country; and you doubtless know him well by reputation."

"I confess," returned Francis, "that I have never heard of General Vandeleur before. We have many officers of that grade, and my pursuits have been exclusively civil."

"It is he," replied the porter, "who lost the great diamond of the Indies. Of that at least you must have read often in the papers."

As soon as Francis could disengage himself from the porter he ran upstairs and hurried to the window. Immediately below the clear space in the chestnut leaves, the two gentlemen were seated in conversation over a cigar. The General, a red, military-looking man, offered some traces of a family resemblance to his brother; he had something of the same features, something, although very little, of the same free and powerful carriage; but he was older, smaller, and more

destinos. Ayúdeme un poco con mi vida, señorita Vandeleur, sólo una palabra o dos para guiarme, sólo el nombre de mi padre, si quiere, y quedaré agradecido y satisfecho.

-No quiero mentirle -dijo ella-. Sé quién es usted, pero no se lo puedo decir.

-Dígame al menos que perdona usted mi atrevimiento y esperaré con toda la paciencia de que soy capaz. Si no lo puedo saber, pues no lo sabré. Aunque sea cruel, me parece que podré aguantar. Pero no quisiera la pena de pensar que me he convertido en enemigo de usted.

-Lo que ha hecho usted es natural -dijo ella-, y yo no tengo nada que perdonarle. Adiós.

-¿Tiene que ser adiós? -preguntó Francis.

-No lo sé -contestó ella-. Adiós de momento, si quiere. Y con estas palabras continuó su camino.

Francis regresó a su habitación poseído de una gran emoción. Esa mañana avanzó muy poco en su Euclides y pasó más tiempo en la ventana que en su improvisado escritorio. Pero, aparte de asistir al regreso de la señorita Vandeleur y al encuentro de ella y su padre, que fumaba un cigarro de Trichinopoli, no vio ninguna cosa que le llamara la atención en los alrededores de la casa de las persianas verdes antes de la comida del mediodía. Salió a aplacar su apetito en un restaurante próximo y regresó a la casa de la rue Lepic con la presteza que da la curiosidad insatisfecha. Un mozo de librea hacía pasear a un caballo de silla junto al muro del jardín, y el portero de Francis fumaba una pipa reclinado contra la puerta, absorto en la contemplación del criado y el caballo.

-¡Mire usted! -le dijo al joven-. ¡Qué bello animal! Y el mozo ¡qué bien arreglado! Son del hermano del señor Vandeleur, que está aquí de visita. Es un hombre importante en su país, un general; sin duda le conoce usted de oídas.

-Lo cierto es que nunca he oído hablar del general Vandeleur -dijo Francis-. Hay muchos generales en el ejército y mis actividades han sido exclusivamente civiles.

-Es el hombre que perdió el gran diamante de la India. Eso sí lo habrá leído en los periódicos.

En cuanto Francis se quitó de encima al portero, subió corriendo a los altos y se asomó a la ventana. En el claro que dejaban las hojas del castaño vio a los dos caballeros, que estaban sentados, dialogando y fumando un cigarro. El general, un hombre de cara congestionada y aspecto militar, tenía cierto parecido con su hermano, casi las mismas facciones y algo, aunque muy poco, de su aire desenvuelto y poderoso, pero era más viejo, más pequeño y de apariencia más común; se parecía a él como una caricatura al original

common in air; his likeness was that of a caricature, and he seemed altogether a poor and debile being by the side of the Dictator.

They spoke in tones so low, leaning over the table with every appearance of interest, that Francis could catch no more than a word or two on an occasion. For as little as he heard, he was convinced that the conversation turned upon himself and his own career; several times the name of Scrymgeour reached his ear, for it was easy to distinguish, and still more frequently he fancied he could distinguish the name Francis.

At length the General, as if in a hot anger, broke forth into several violent exclamations.

"Francis Vandeleur!" he cried, accentuating the last word.

"Francis Vandeleur, I tell you."

The Dictator made a movement of his whole body, half affirmative, half contemptuous, but his answer was inaudible to the young man.

Was he the Francis Vandeleur in question? he wondered.

Were they discussing the name under which he was to be married? Or was the whole affair a dream and a delusion of his own conceit and self-absorption?

After another interval of inaudible talk, dissension seemed again to arise between the couple underneath the chestnut, and again the General raised his voice angrily so as to be audible to Francis.

"My wife?" he cried. "I have done with my wife for good. I will not hear her name. I am sick of her very name."

And he swore aloud and beat the table with his fist.

The Dictator appeared, by his gestures, to pacify him after a paternal fashion; and a little after he conducted him to the garden-gate. The pair shook hands affectionately enough; but as soon as the door had closed behind his visitor, John Vandeleur fell into a fit of laughter which sounded unkindly and even devilish in the ears of Francis Scrymgeour.

So another day had passed, and little more learnt. But the young man remembered that the morrow was Tuesday, and promised himself some curious discoveries; all might be well, or all might be ill; he was sure, at least, to glean some curious information, and, perhaps, by good luck, get at the heart of the mystery which surrounded his father and his family.

As the hour of the dinner drew near many preparations were made in the garden of the house with the green blinds. That table which was partly visible to Francis through the chestnut leaves was destined to serve as a sideboard, and carried relays of plates and the materials for salad: the other, which was almost entirely concealed, had been set apart for the diners, and Francis

y, al lado del dictador, se hubiera dicho un ser pobre y enclenque.

Hablaban en voz baja, inclinándose sobre la mesa con actitud interesada, de modo que Francis sólo lograba escuchar una o dos palabras de vez en cuando. Lo poco que oía le fue suficiente para darse cuenta de que hablaban de él y de su carrera; varias veces llegó a sus oídos el nombre de Scrymgeour, fácil de distinguir, y creyó oír con frecuencia aún mayor su primer nombre, Francis.

Finalmente el general, como muy enfadado, estalló en exclamaciones violentas.

-¡Francis Vandeleur! -gritaba, insistiendo en la última palabra-. ¡Francis Vandeleur, te digo!

El dictador se inclinó, con un movimiento que era mitad de afirmación y mitad de desdén, pero el joven no consiguió oír lo que decía. ¿Acaso era él mismo ese Francis Vandeleur? ¿Estaban discutiendo el nombre que debía usar para casarse? ¿O todo no pasaba de un sueño, de una ilusión de su propia presunción y alelamiento?

Durante un rato no pudo escuchar lo que decían, y luego tuvo la impresión de que los interlocutores disentían otra vez, pues el general volvió a levantar la voz en tono de cólera.

-¿Mi mujer? -decía a gritos-. ¡He terminado con ella para siempre! No quiero oír su nombre. Con sólo oírla nombrar me pongo enfermo.

Lanzó un juramento y golpeó la mesa con el puño.

Por los gestos que hacía, el dictador debió calmarlo con actitud paternal, y poco después le acompañó hasta la puerta del jardín. Se despidieron con un apretón de manos y con expresiones de afecto pero, en cuanto cerró la puerta tras su visitante, John Vandeleur se echó a reír a carcajadas, y su risa sonó despiadada y hasta diabólica a oídos de Francis Scrymgeour.

De esta forma transcurrió otro día y el joven había sacado muy poco en limpio. Recordaba, sin embargo, que al día siguiente era martes y se prometió hacer algunas averiguaciones curiosas; todo podía salir bien o mal, pero al menos estaba seguro de descubrir cosas interesantes y, con un poco de buena suerte, quizá llegaría al corazón del misterio que rodeaba a su padre y a su familia.

Mientras que se acercaba la hora de cenar se hicieron muchos preparativos en la casa de las persianas verdes. La mesa que Francis alcanzaba a ver entre las hojas del castaño debía usarse para el servicio y la preparación de ensaladas; los invitados se sentarían en otra mesa, casi completamente oculta, de la que apenas distinguía Francis destellos del mantel blanco y los cubiertos de plata.

could catch glimpses of white cloth and silver plate. Mr. Rolles arrived, punctual to the minute; he looked like a man upon his guard, and spoke low and sparingly. The Dictator, on the other hand, appeared to enjoy an unusual flow of spirits; his laugh, which was youthful and pleasant to hear, sounded frequently from the garden; by the modulation and the changes of his voice it was obvious that he told many droll stories and imitated the accents of a variety of different nations; and before he and the young clergyman had finished their vermouth all feeling of distrust was at an end, and they were talking together like a pair of school companions. At length Miss Vandeleur made her appearance, carrying the soup-tureen. Mr. Rolles ran to offer her assistance which she laughingly refused; and there was an interchange of pleasantries among the trio which seemed to have reference to this primitive manner of waiting by one of the company.

"One is more at one's ease," Mr. Vandeleur was heard to declare.

Next moment they were all three in their places, and Francis could see as little as he could hear of what passed. But the dinner seemed to go merrily; there was a perpetual babble of voices and sound of knives and forks below the chestnut; and Francis, who had no more than a roll to gnaw, was affected with envy by the comfort and deliberation of the meal. The party lingered over one dish after another, and then over a delicate dessert, with a bottle of old wine carefully uncorked by the hand of the Dictator himself. As it began to grow dark a lamp was set upon the table and a couple of candles on the sideboard; for the night was perfectly pure, starry, and windless. Light overflowed besides from the door and window in the verandah, so that the garden was fairly illuminated and the leaves twinkled in the darkness.

For perhaps the tenth time Miss Vandeleur entered the house; and on this occasion she returned with the coffee-tray, which she placed upon the sideboard. At the same moment her father rose from his seat.

"The coffee is my province," Francis heard him say.

And next moment he saw his supposed father standing by the sideboard in the light of the candles.

Talking over his shoulder all the while, Mr. Vandeleur poured out two cups of the brown stimulant, and then, by a rapid act of prestidigitation, emptied the contents of a tiny phial into the smaller of the two. The thing was so swiftly done that even Francis, who looked straight into his face, had hardly time to perceive the movement before it was completed. And next instant, and still laughing, Mr. Vandeleur had turned again towards the table with a cup in either hand.

El señor Rolles llegó muy puntual, a la hora exacta; tenía aire desconfiado, hablaba poco y en voz baja. El dictador, por su parte, parecía de muy buen humor, y su risa juvenil y agradable resonaba a cada momento en el jardín; por las modulaciones de la voz y los cambios de tono, debía estar contando historias divertidas, e imitando los acentos de muchos países; antes de que él y el joven clérigo hubiesen acabado el aperitivo, toda sensación de recelo había desaparecido y conversaban como un par de antiguos compañeros de escuela.

Por último apareció la señorita Vandeleur, que traía una gran sopera. El señor Rolles corrió a ofrecerle su ayuda, que ella rechazó entre risas; los tres bromearon sobre esta manera tan primitiva de cenar, atendidos por uno de los invitados.

-Así estaremos más tranquilos -dijo el señor Vandeleur.

Un momento después se habían sentado a la mesa y Francis pudo ver y oír muy poco de lo que sucedía. La cena parecía de lo más divertida; el rumor de voces y el tintineo de cubiertos que llegaba desde bajo el castaño era incesante y Francis, que debía contentarse con roer un mendrugo, sintió envidia de la magnífica comida de que daban cuenta los demás tan grata y pausadamente. Habían saboreado uno tras otro varios platos y luego, cuando llegó la hora de servir un postre delicado, el dictador descorchó él mismo una botella de vino añejo.

Al oscurecer encendieron una lámpara en la mesa de la cena y un par de velas en la otra. La noche estaba completamente despejada, sin viento, con un cielo estrellado. También llegaba luz de la puerta y la ventana de la galería, de modo que el jardín se hallaba bastante iluminado y las hojas relucían en la penumbra.

Debía ser la décima vez que la señorita Vandeleur entraba en la casa, y esta vez volvió con la bandeja de café, que puso en la mesa de servicio. El señor Vandeleur se levantó de su asiento.

-El café es cosa mía -le oyó decir Francis.

Un momento después, a la luz de las velas, vio a su supuesto padre de pie junto a la mesa de servicio.

Sin parar de hablar por encima del hombro, el señor Vandeleur sirvió dos tazas de café y luego, con rapidez de prestidigitador, vertió el contenido de un frasco en la más pequeña. Francis, que le miraba a la cara, apenas si tuvo tiempo comprender lo que hacía antes de que estuviera hecho. Ya el señor Vandeleur, aún riéndose, volvía a la mesa con una taza en cada mano.

-Antes de que tomemos el café -dijo- habrá llegado

"Ere we have done with this," said he, "we may expect our famous Hebrew."

It would be impossible to depict the confusion and distress of Francis Scrymgeour. He saw foul play going forward before his eyes, and he felt bound to interfere, but knew not how. It might be a mere pleasantry, and then how should he look if he were to offer an unnecessary warning? Or again, if it were serious, the criminal might be his own father, and then how should he not lament if he were to bring ruin on the author of his days? For the first time he became conscious of his own position as a spy. To wait inactive at such a juncture and with such a conflict of sentiments in his bosom was to suffer the most acute torture; he clung to the bars of the shutters, his heart beat fast and with irregularity, and he felt a strong sweat break forth upon his body.

Several minutes passed.

He seemed to perceive the conversation die away and grow less and less in vivacity and volume; but still no sign of any alarming or even notable event.

Suddenly the ring of a glass breaking was followed by a faint and dull sound, as of a person who should have fallen forward with his head upon the table. At the same moment a piercing scream rose from the garden.

"What have you done?" cried Miss Vandeleur. "He is dead!"

The Dictator replied in a violent whisper, so strong and sibilant that every word was audible to the watcher at the window.

"Silence!" said Mr. Vandeleur; "the man is as well as I am. Take him by the heels whilst I carry him by the shoulders."

Francis heard Miss Vandeleur break forth into a passion of tears.

"Do you hear what I say?" resumed the Dictator, in the same tones. "Or do you wish to quarrel with me? I give you your choice, Miss Vandeleur."

There was another pause, and the Dictator spoke again.

"Take that man by the heels," he said. "I must have him brought into the house. If I were a little younger, I could help myself against the world. But now that years and dangers are upon me and my hands are weakened, I must turn to you for aid."

"It is a crime," replied the girl.

"I am your father," said Mr. Vandeleur.

This appeal seemed to produce its effect. A scuffling noise followed upon the gravel, a chair was upset, and then Francis saw the father and daughter stagger across the walk and disappear under the verandah, bearing the inanimate body of Mr. Rolles embraced about the knees and shoulders. The young clergyman was limp and

nuestro famoso judío.

Sería imposible describir la turbación y la angustia de Francis Scrymgeour. Había sido testigo de que se tramaba algo malo y se sentía obligado a intervenir, pero no sabía cómo hacerlo. Podía tratarse de una broma, y entonces ¿cómo quedaría él, que se atrevía a ofrecer una aviso inútil? O, si la cosa iba en serio, el criminal podía ser su propio padre y ¿cómo no habría de pesarle denunciar al autor de sus días? Por primera vez tuvo conciencia de su situación de espía.

Permanecer sin hacer nada en ese trance, y con tal conflicto de sentimientos llenándose el pecho, fue sufrir torturas indecibles; se colgó a las barras del postigo, sentía el corazón que le latía apresurado e irregular, el cuerpo empapado de sudor. Pasaron varios minutos.

Tuvo la sensación de que la conversación se debilitaba y disminuía en vivacidad y volumen, pero no advertía ningún signo de que ocurriese algo alarmante o notable.

De repente oyó una copa que se hacía pedazos y luego un ruido ahogado, como de una persona que cae hacia adelante y golpea la mesa con la cabeza. En ese momento se elevó del jardín un grito agudo y desgarrador.

-¿Qué le has hecho? -gritaba la señorita Vandeleur- ¡Está muerto!

El dictador contestó en un susurro, tan violento y sibilante que Francis, en la ventana, oyó con toda claridad cada una de sus palabras.

-¡Silencio! -dijo el señor Vandeleur-. Está tan bien como yo. Cógele de los talones, mientras yo le sujeto por los hombros.

Francis escuchó que la señorita Vandeleur estaba en llanto. -¿Me oyes? -siguió diciendo el dictador en el mismo tono-, o quieres pelearme conmigo? Elige ahora mismo. Hubo una nueva pausa y el dictador habló otra vez.

-Cógele de los talones. Tengo que arrastrarle a la casa. Si fuera más joven me enfrentaría a todo el mundo, pero los años y los peligros me han aflojado las manos y debo pedirte ayuda.

-Es un crimen -respondió la muchacha.

-Soy tu padre -dijo el señor Vandeleur.

Esta afirmación pareció surtir su efecto. Francis escuchó el ruido de algo pesado arrastrado por el camino de grava y luego una silla que caía al suelo; después vio al padre y la hija avanzar con dificultad hacia la galería, sosteniendo por los hombros y las rodillas el cuerpo yermo del señor Rolles. El joven clérigo estaba muy pálido y con los miembros relajados; a cada paso la cabeza le caía a un lado.

pallid, and his head rolled upon his shoulders at every step.

Was he alive or dead? Francis, in spite of the Dictator's declaration, inclined to the latter view. A great crime had been committed; a great calamity had fallen upon the inhabitants of the house with the green blinds. To his surprise, Francis found all horror for the deed swallowed up in sorrow for a girl and an old man whom he judged to be in the height of peril. A tide of generous feeling swept into his heart; he, too, would help his father against man and mankind, against fate and justice; and casting open the shutters he closed his eyes and threw himself with out-stretched arms into the foliage of the chestnut.

Branch after branch slipped from his grasp or broke under his weight; then he caught a stalwart bough under his armpit, and hung suspended for a second; and then he let himself drop and fell heavily against the table. A cry of alarm from the house warned him that his entrance had not been effected unobserved. He recovered himself with a stagger, and in three bounds crossed the intervening space and stood before the door in the verandah.

In a small apartment, carpeted with matting and surrounded by glazed cabinets full of rare and costly curios, Mr. Vandeleur was stooping over the body of Mr. Rolles. He raised himself as Francis entered, and there was an instantaneous passage of hands. It was the business of a second; as fast as an eye can wink the thing was done; the young man had not the time to be sure, but it seemed to him as if the Dictator had taken something from the curate's breast, looked at it for the least fraction of time as it lay in his hand, and then suddenly and swiftly passed it to his daughter.

All this was over while Francis had still one foot upon the threshold, and the other raised in air. The next instant he was on his knees to Mr. Vandeleur.

"Father!" he cried. "Let me too help you. I will do what you wish and ask no questions; I will obey you with my life; treat me as a son, and you will find I have a son's devotion."

A deplorable explosion of oaths was the Dictator's first reply.

"Son and father?" he cried. "Father and son? What d-d unnatural comedy is all this? How do you come in my garden? What do you want? And who, in God's name, are you?"

Francis, with a stunned and shamefaced aspect, got upon his feet again, and stood in silence.

Then a light seemed to break upon Mr. Vandeleur, and he laughed aloud

¿Estaba vivo o muerto? Francis, a pesar de las palabras del dictador, se inclinaba por esto último. Un gran crimen se había cometido; una gran calamidad se había desplomado sobre los habitantes de la casa de las persianas verdes. Para su sorpresa, Francis descubrió que su horror ante la víctima desaparecía, frente a la compasión que sentía por la muchacha y el viejo, a quienes creía en el más grave peligro. Sentimientos generosos le inundaron el corazón; sí, también él ayudaría a su padre contra los hombres y la humanidad, el destino y la justicia: levantando las persianas, cerró los ojos y se lanzó, con los brazos abiertos, en medio del espeso follaje del castaño.

Mientras, las ramas se le escapaban de las manos o las iba quebrando con su peso; luego, una más fuerte se le engancho bajo un brazo y durante un segundo se vio colgando en el aire; se pudo soltar y cayó pesadamente sobre la mesa. Un grito de alarma llegado de la casa le indicó que su llegada no pasaba inadvertida. Cruzó el jardín con tres grandes saltos y se detuvo ante la puerta de la galería.

En un pequeño gabinete cubierto de esteras, rodeado de vitrinas con objetos raros y curiosos, el señor Vandeleur, que estaba inclinado sobre el cuerpo del señor Rolles, se irguió al llegar Francis. Luego, cosa de un segundo, en un abrir y cerrar de ojos, le pareció que el dictador retiraba algo del pecho del clérigo, le miraba un instante brevísimo mientras lo sostenía en la mano y con la misma rapidez lo entregaba a su hija.

Todo sucedió mientras Francis tenía aún un pie en el umbral y el otro en el aire. Un momento después se había arrodillado frente al señor Vandeleur.

-¡Padre! -gritó-. ¡Déjame ayudarte! Haré lo que me pidas sin una sola pregunta. Te obedeceré con la vida. Trátame como a un hijo y hallarás en mí la devoción de un hijo.

La primera respuesta del dictador fue una lamentable explosión de insultos.

-¿Padre e hijo? -vociferaba-. ¿Hijo y padre? ¿Qué significa esta comedia? ¿Qué hace usted en mi jardín? ¿Qué quiere? ¿Quién es usted, por Dios?

Francis, sorprendido y avergonzado, se incorporó y guardó silencio.

Entonces el señor Vandeleur pareció reconocerle y se echó a reír.

-¡Ah, ya entiendo! -dijo-. Es Scrymgeour. Muy bien, señor Scrymgeour. Permítame explicarle, en pocas palabras, su situación. Ha entrado usted en mi residencia privada, por fuerza o quizá por fraude, pero

"I see," cried he. "It is the Scrymgeour. Very well, Mr. Scrymgeour. Let me tell you in a few words how you stand. You have entered my private residence by force, or perhaps by fraud, but certainly with no encouragement from me; and you come at a moment of some annoyance, a guest having fainted at my table, to besiege me with your protestations. You are no son of mine. You are my brother's bastard by a fishwife, if you want to know. I regard you with an indifference closely bordering on aversion; and from what I now see of your conduct, I judge your mind to be exactly suitable to your exterior. I recommend you these mortifying reflections for your leisure; and, in the meantime, let me beseech you to rid us of your presence. If I were not occupied," added the Dictator, with a terrifying oath, "I should give you the unholyest drubbing ere you went!" Francis listened in profound humiliation. He would have fled had it been possible; but as he had no means of leaving the residence into which he had so unfortunately penetrated, he could do no more than stand foolishly where he was.

It was Miss Vandeleur who broke the silence. "Father," she said, "you speak in anger. Mr. Scrymgeour may have been mistaken, but he meant well and kindly."

"Thank you for speaking," returned the Dictator. "You remind me of some other observations which I hold it a point of honour to make to Mr. Scrymgeour. My brother," he continued, addressing the young man, "has been foolish enough to give you an allowance; he was foolish enough and presumptuous enough to propose a match between you and this young lady. You were exhibited to her two nights ago; and I rejoice to tell you that she rejected the idea with disgust. Let me add that I have considerable influence with your father; and it shall not be my fault if you are not beggared of your allowance and sent back to your scrivening ere the week be out."

The tones of the old man's voice were, if possible, more wounding than his language; Francis felt himself exposed to the most cruel, blighting, and unbearable contempt; his head turned, and he covered his face with his hands, uttering at the same time a tearless sob of agony. But Miss Vandeleur once again interfered in his behalf.

"Mr. Scrymgeour," she said, speaking in clear and even tones, "you must not be concerned at my father's harsh expressions. I felt no disgust for you; on the contrary, I asked an opportunity to make your better acquaintance. As for what has passed to-night, believe me it has filled my mind with both pity and esteem."

Just then Mr. Rolles made a convulsive movement with

sin ser invitado de mi parte, en el momento menos propicio, cuando un huésped se acaba de desmayar en la mesa, a importunarme con sus ruegos.

No es usted hijo mío. Para que lo sepa, usted es el bastardo de mi hermano y de una pescadera.

A mí no me inspira más que una indiferencia, casi aversión, y ahora que observo su conducta creo que es usted exactamente lo que aparenta. Le aconsejo que reflexione en todo esto a su tiempo; ahora le ruego que me libre de su presencia. Si no estuviera tan ocupado -añadió el dictador, con un atroz juramento-, le daría tal paliza que no le dejaría un solo hueso sano.

Francis escuchaba estas palabras con profunda humillación. Hubiera desaparecido de ser esto posible, pero no sabía cómo salir de la casa a la que entrara en tan mala hora, y no podía sino aguardar tontamente en el mismo sitio.

La señorita Vandeleur rompió el silencio.

-Padre -dijo-, hablas con cólera. El señor Scrymgeour se ha equivocado, pero lo ha hecho con las mejores intenciones.

-Te lo agradezco -dijo el dictador-, me recuerdas algunas cuantas observaciones que debo hacerle, por mi honor, al señor Scrymgeour. Mi hermano -prosiguió, dirigiéndose al joven- ha sido tan idiota como para otorgarle una pensión; tan idiota y presumido como para proponer una unión entre usted y esta joven. Hace dos noches ella lo supo y me complace decirle que rechazó la idea con repugnancia. Permítame añadir que tengo mucha influencia con su padre, y que no será culpa mía si se queda usted sin un centavo, y si antes de que acabe la semana no vuelve a su trabajo.

El tono del viejo era, de ser posible, aún más hiriente que sus palabras. Francis se vio expuesto a un desprecio cruel, frío e insoportable; sentía que le daba vueltas la cabeza y, se cubrió el rostro con las manos, lanzó un sollozo de angustia. Una vez más, la señorita Vandeleur intervino en su favor.

-Señor Scrymgeour -dijo la muchacha, en tono claro y firme-. No debe usted creer las expresiones tan duras de mi padre. Yo no siento por usted ninguna repugnancia; por lo contrario, pedí una oportunidad para conocerle mejor. En cuanto a lo sucedido esta noche, créame que lo considero con tanta compasión como estima.

En ese momento el señor Rolles movió convulsivamente un brazo, y Francis se convenció de que sólo se hallaba drogado, y de que el narcótico empezaba a perder sus efectos. El señor Vandeleur se inclinó sobre el clérigo y

his arm, which convinced Francis that he was only drugged, and was beginning to throw off the influence of the opiate. Mr. Vandeleur stooped over him and examined his face for an instant.

"Come, come!" cried he, raising his head. "Let there be an end of this. And since you are so pleased with his conduct, Miss Vandeleur, take a candle and show the bastard out."

The young lady hastened to obey.

"Thank you," said Francis, as soon as he was alone with her in the garden. "I thank you from my soul. This has been the bitterest evening of my life, but it will have always one pleasant recollection."

"I spoke as I felt," she replied, "and in justice to you. It made my heart sorry that you should be so unkindly used."

By this time they had reached the garden gate; and Miss Vandeleur, having set the candle on the ground, was already unfastening the bolts.

"One word more," said Francis. "This is not for the last time - I shall see you again, shall I not?"

"Alas!" she answered. "You have heard my father. What can I do but obey?"

"Tell me at least that it is not with your consent," returned Francis; "tell me that you have no wish to see the last of me."

"Indeed," replied she, "I have none. You seem to me both brave and honest."

"Then," said Francis, "give me a keepsake."

She paused for a moment, with her hand upon the key; for the various bars and bolts were all undone, and there was nothing left but to open the lock.

"If I agree," she said, "will you promise to do as I tell you from point to point?"

"Can you ask?" replied Francis. "I would do so willingly on your bare word."

She turned the key and threw open the door.

"Be it so," said she. "You do not know what you ask, but be it so. Whatever you hear," she continued, "whatever happens, do not return to this house; hurry fast until you reach the lighted and populous quarters of the city; even there be upon your guard. You are in a greater danger than you fancy. Promise me you will not so much as look at my keepsake until you are in a place of safety."

"I promise," replied Francis.

She put something loosely wrapped in a handkerchief into the young man's hand; and at the same time, with more strength than he could have anticipated, she pushed him into the street.

"Now, run!" she cried.

He heard the door close behind him, and the noise of the

le examinó el rostro.

-¡Vamos, vamos! -dijo, levantando la cabeza-. Es hora de poner fin a todo esto. Puesto que le aprecia usted tanto, señorita Vandeleur, coja una vela y acompañe a este bastardo hasta la puerta.

La joven se apresuró a obedecer.

-Muchas gracias -dijo Francis, tan pronto se encontraron solos en el jardín-. Se lo agradezco con toda el alma. Ha sido la noche más amarga de mi vida, pero ahora tendrá siempre un matiz agradable.

-He dicho lo que sentía-respondió ella-; le hago justicia, nada más. Lamento lo mal que le han tratado. Habían llegado a la puerta del jardín y la señorita Vandeleur, poniendo la vela en el suelo, descorrió los cerrojos.

-Una palabra más -dijo Francis-. Esta no será la última vez... Quiero decir que volveré a verla, ¿no es cierto?

-¡Ay! -contestó ella-. Ya ha escuchado a mi padre. ¿Qué puedo hacer sino obedecerle?

-Dígame al menos que no es por su propia voluntad, y que si por usted fuera volveríamos a vernos.

-Así es. Sí que lo quisiera. Creo que usted es valiente y honrado.

-Entonces déme un recuerdo -dijo Francis.

La joven se detuvo con la mano en la llave; ya había quitado todas las barras y cerrojos y no le quedaba sino abrir la puerta.

-Si se lo doy, ¿me promete hacer todo lo que le diga al pie de la letra?

-¿Me lo pregunta? Basta que me lo diga usted. Ella hizo girar la llave y abrió la puerta.

-Está bien -dijo-. No sabe usted lo que me pide, pero que así sea. Oiga lo que oiga, pase lo que pase, no regrese a esta casa. Huya tan pronto como pueda a barrios más transitados. Pero incluso allí, no deje de estar alerta. Corre un peligro mucho mayor de lo que imagina. Prométame que ni siquiera echará un vistazo al recuerdo que le daré hasta no llegar a lugar seguro. - Lo prometo -dijo Francis.

Ella puso en la mano del joven algo envuelto flojamente en un pañuelo y, al mismo tiempo, con una fuerza que él no hubiera imaginado, le empujó a la calle.

-¡Corra ahora! -le gritó.

Francis oyó cerrar la puerta detrás suyo y el crujido de los cerrojos.

«¡Vaya por Dios! -se dijo-. ¡Puesto que lo he prometido!», y echó a correr en dirección a la rue Ravignan.

bolts being replaced.

"My faith," said he, "since I have promised!"

And he took to his heels down the lane that leads into the Rue Ravignan.

He was not fifty paces from the house with the green blinds when the most diabolical outcry suddenly arose out of the stillness of the night. Mechanically he stood still; another passenger followed his example; in the neighbouring floors he saw people crowding to the windows; a conflagration could not have produced more disturbance in this empty quarter. And yet it seemed to be all the work of a single man, roaring between grief and rage, like a lioness robbed of her whelps; and Francis was surprised and alarmed to hear his own name shouted with English imprecations to the wind.

His first movement was to return to the house; his second, as he remembered Miss Vandeleur's advice, to continue his flight with greater expedition than before; and he was in the act of turning to put his thought in action, when the Dictator, bareheaded, bawling aloud, his white hair blowing about his head, shot past him like a ball out of the cannon's mouth, and went careering down the street.

"That was a close shave," thought Francis to himself.

"What he wants with me, and why he should be so disturbed, I cannot think; but he is plainly not good company for the moment, and I cannot do better than follow Miss Vandeleur's advice."

So saying, he turned to retrace his steps, thinking to double and descend by the Rue Lepic itself while his pursuer should continue to follow after him on the other line of street. The plan was ill-devised: as a matter of fact, he should have taken his seat in the nearest cafe, and waited there until the first heat of the pursuit was over. But besides that Francis had no experience and little natural aptitude for the small war of private life, he was so unconscious of any evil on his part, that he saw nothing to fear beyond a disagreeable interview. And to disagreeable interviews he felt he had already served his apprenticeship that evening; nor could he suppose that Miss Vandeleur had left anything unsaid. Indeed, the young man was sore both in body and mind - the one was all bruised, the other was full of smarting arrows; and he owned to himself that Mr. Vandeleur was master of a very deadly tongue.

The thought of his bruises reminded him that he had not only come without a hat, but that his clothes had considerably suffered in his descent through the chestnut. At the first magazine he purchased a cheap wideawake, and had the disorder of his toilet summarily repaired. The keepsake, still rolled in the handkerchief, he thrust in the meanwhile into his trousers pocket.

No se hallaba ni a cincuenta pasos de la casa, de las persianas verdes cuando un griterío infernal estalló de pronto en el silencio de la noche. Se detuvo, sin pensar lo que hacía; otro transeúnte hizo lo propio; en las casas vecinas las gentes se asomaban a las ventanas; una detonación no hubiese producido un alboroto mayor en el barrio desierto. Todo parecía, sin embargo, obra de un solo hombre, que aullaba entre el dolor y la rabia, como una leona a la que quitan sus cachorros; entre los gritos que arrastraba el viento, Francis distinguió, con sorpresa y con alarma, su propio nombre mezclado con mil imprecaciones inglesas.

Su primer impulso fue regresar a la casa; luego recordó el consejo de la señorita Vandeleur y decidió acelerar aún más su carrera; se disponía a poner su idea en ejecución cuando el dictador, con la cabeza descubierta y el pelo blanco en desorden, pasó dando voces junto a él, como una bala de cañón, y se lanzó calle abajo.

«Me he librado por poco -se dijo Francis-. No tengo idea de lo que le pasa, ni de por qué está tan furioso, pero no hay duda de que por el momento no debo acercármele. Lo mejor que puedo hacer es seguir el consejo de la señorita Vandeleur.»

Giró sobre sus pasos y, se dirigió a la rue Lepic, mientras su perseguidor iba por la misma calle, aunque en dirección opuesta. El plan estaba mal pensado; a decir verdad, debiera haberse sentado en el café más próximo, a esperar que pasara el primer impulso de la persecución. Pero Francis carecía de experiencia en las pequeñas guerras de la vida privada, y sus pocas aptitudes naturales no indicaban que hubiera hecho nada malo, de modo que nada temía, como no fuese una conversación desagradable. Creía haber tenido suficiente para una noche, y no podía imaginarse que la señorita Vandeleur tuviese aún algo que decirle. Se sentía herido en cuerpo y alma: el cuerpo golpeado, el alma asaetada; se dijo que el señor Vandeleur era dueño de una lengua verdaderamente viperina.

Pensar en sus golpes le hizo reparar en que no sólo iba por la calle sin sombrero, sino en que sus ropas se habían desgarrado en el descenso para el castaño. En la primera tienda abierta se compró un sombrero barato, de alas anchas, y mejoró un tanto su desarreglo indumentario. Guardó el recuerdo de la señorita Vandeleur, todavía envuelto en un pañuelo, en un bolsillo del pantalón.

No muy lejos de la tienda sufrió un choque inesperado,

Not many steps beyond the shop he was conscious of a sudden shock, a hand upon his throat, an infuriated face close to his own, and an open mouth bawling curses in his ear. The Dictator, having found no trace of his quarry, was returning by the other way. Francis was a stalwart young fellow; but he was no match for his adversary whether in strength or skill; and after a few ineffectual struggles he resigned himself entirely to his captor.

"What do you want with me?" said he.

"We will talk of that at home," returned the Dictator grimly.

And he continued to march the young man up hill in the direction of the house with the green blinds.

But Francis, although he no longer struggled, was only waiting an opportunity to make a bold push for freedom. With a sudden jerk he left the collar of his coat in the hands of Mr. Vandeleur, and once more made off at his best speed in the direction of the Boulevards.

The tables were now turned. If the Dictator was the stronger, Francis, in the top of his youth, was the more fleet of foot, and he had soon effected his escape among the crowds. Relieved for a moment, but with a growing sentiment of alarm and wonder in his mind, he walked briskly until he debauched upon the Place de l'Opera, lit up like day with electric lamps.

"This, at least," thought he, "should satisfy Miss Vandeleur."

And turning to his right along the Boulevards, he entered the Cafe Americain and ordered some beer. It was both late and early for the majority of the frequenters of the establishment. Only two or three persons, all men, were dotted here and there at separate tables in the hall; and Francis was too much occupied by his own thoughts to observe their presence.

He drew the handkerchief from his pocket. The object wrapped in it proved to be a morocco case, clasped and ornamented in gilt, which opened by means of a spring, and disclosed to the horrified young man a diamond of monstrous bigness and extraordinary brilliancy. The circumstance was so inexplicable, the value of the stone was plainly so enormous, that Francis sat staring into the open casket without movement, without conscious thought, like a man stricken suddenly with idiocy.

A hand was laid upon his shoulder, lightly but firmly, and a quiet voice, which yet had in it the ring of command, uttered these words in his ear -

"Close the casket, and compose your face."

Looking up, he beheld a man, still young, of an urbane and tranquil presence, and dressed with rich simplicity.

This personage had risen from a neighbouring table, and, bringing his glass with him, had taken a seat beside

una mano que le asía de la garganta, una cara furiosa junto a la suya, una boca abierta que le mascullaba al oído. El dictador, al no encontrar huellas de su presa, había vuelto por otro camino. Francis era robusto, pero no podía oponerse a su adversario en fuerza ni en habilidad y, después de un vago forcejeo, se entregó sin más resistencia.

-¿Qué quiere de mí? -le preguntó.

-De eso hablaremos en casa -respondió el dictador con seño torvo.

Y siguió arrastrando al joven cuesta arriba, hacia la casa de las persianas verdes.

Pero Francis, que había dejado de forcejear, se mantuvo atento, esperando el momento oportuno para liberarse con un gesto de audacia. De pronto dio un salto, dejó el cuello del abrigo en manos del señor Vandeleur y se lanzó a toda velocidad en dirección de los bulevares.

Los papeles se habían ahora invertido: Si el dictador era más fuerte, Francis, en la flor de la juventud, era mucho más rápido y no tardó en huir entre la multitud. Durante un momento sintió alivio, aunque seguía poseído por una sensación de alarma y desconcierto, y marchó a buen paso hasta la plaza de la ópera, alumbrada de luces eléctricas.

«Esto, por lo menos -se dijo-, le gustaría a la señorita Vandeleur.»

Y girando a la derecha para seguir por los bulevares, entró en el Café Americain y pidió una cerveza. Era demasiado tarde o demasiado temprano para la mayoría de los clientes del establecimiento. En la sala había sólo dos o tres mesas ocupadas, todas por hombres, y Francis estaba demasiado preocupado por sus asuntos como para prestarles atención.

Sacó el pañuelo del bolsillo. El objeto envuelto resultó ser un estuche de tafílete, con broche y adornos dorados, que se abrió al apretar un resorte para que el joven viera horrorizado un diamante de tamaño descomunal y extraordinario brillo. Las circunstancias eran tan inexplicables, y el valor de la piedra evidentemente tan enorme, que Francis se quedó inmóvil observando el estuche abierto, sin ninguna idea consciente, como un hombre que de pronto se ha vuelto idiota.

Una mano liviana pero firme le cogió del hombro y una voz serena, y sin embargo llena de autoridad, le dijo al oído estas palabras:

-Cierre el estuche y cálmese.

Al levantar la vista vio que un hombre todavía joven, de apariencia tranquila y elegante, vestido con pulcra sencillez, se había levantado de una mesa vecina con su bebida, y sentado junto a Francis.

-Cierre el estuche -dijo el desconocido- y vuélvalo a su

Francis.

"Close the casket," repeated the stranger, "and put it quietly back into your pocket, where I feel persuaded it should never have been. Try, if you please, to throw off your bewildered air, and act as though I were one of your acquaintances whom you had met by chance. So! Touch glasses with me. That is better. I fear, sir, you must be an amateur."

And the stranger pronounced these last words with a smile of peculiar meaning, leaned back in his seat and enjoyed a deep inhalation of tobacco.

"For God's sake," said Francis, "tell me who you are and what this means? Why I should obey your most unusual suggestions I am sure I know not; but the truth is, I have fallen this evening into so many perplexing adventures, and all I meet conduct themselves so strangely, that I think I must either have gone mad or wandered into another planet. Your face inspires me with confidence; you seem wise, good, and experienced; tell me, for heaven's sake, why you accost me in so odd a fashion?"

"All in due time," replied the stranger. "But I have the first hand, and you must begin by telling me how the Rajah's Diamond is in your possession."

"The Rajah's Diamond!" echoed Francis.

"I would not speak so loud, if I were you," returned the other. "But most certainly you have the Rajah's Diamond in your pocket. I have seen and handled it a score of times in Sir Thomas Vandeleur's collection."

"Sir Thomas Vandeleur! The General! My father!" cried Francis.

"Your father?" repeated the stranger. "I was not aware the General had any family."

"I am illegitimate, sir," replied Francis, with a flush.

The other bowed with gravity. It was a respectful bow, as of a man silently apologising to his equal; and Francis felt relieved and comforted, he scarce knew why. The society of this person did him good; he seemed to touch firm ground; a strong feeling of respect grew up in his bosom, and mechanically he removed his wideawake as though in the presence of a superior.

"I perceive," said the stranger, "that your adventures have not all been peaceful. Your collar is torn, your face is scratched, you have a cut upon your temple; you will, perhaps, pardon my curiosity when I ask you to explain how you came by these injuries, and how you happen to have stolen property to an enormous value in your pocket."

"I must differ from you!" returned Francis hotly. "I possess no stolen property. And if you refer to the diamond, it was given to me not an hour ago by Miss Vandeleur in the Rue Lepic."

"By Miss Vandeleur of the Rue Lepic!" repeated the

bolsillo donde, estoy seguro, no debiera haber estado nunca. Por favor, elimine de su rostro esa expresión de sorpresa y compórtese como si fuésemos conocidos que se encuentran por casualidad. Eso es. Levante el vaso, como si brindáramos. Muy bien. Me temo, señor, que es usted un aficionado.

El desconocido dijo estas últimas palabras sonrió, dándoles un sentido especial; luego se arrellanó en su asiento y aspiró con fruición una honda bocanada de su habano.

-Por amor de Dios -dijo Francis-, ¿quién es usted y qué significa esto? No sé por qué tengo que obedecer a sus sugerencias tan insólitas, pero, a decir verdad, me han ocurrido esta noche aventuras tan desconcertantes, y las gentes que encuentro se conducen de manera tan extraña, que creo haberme vuelto loco o haber ido a parar a otro planeta. Su rostro me inspira confianza; parece usted un hombre de bien, prudente, de gran experiencia; dígame, por Dios, ¿por qué se dirige a mí de esta manera tan curiosa?

-Todo a su tiempo -respondió el desconocido-. Primero preguntaré yo, y debe usted explicarme cómo ha llegado a su poder el Diamante del Rajá.

-¡El Diamante del Rajá! -repitió el joven como un eco.

-Si yo fuera usted no hablaría tan alto -dijo el otro-. No hay duda de que tiene el Diamante del Rajá en el bolsillo. Lo he visto y examinado muchas veces en la colección de sir Thomas Vandeleur.

-¡Sir Thomas Vandeleur! ¡El general! ¡Mi padre!

-¿Su padre? -dijo el desconocido-. No sabía que el general tuviese hijos.

-Soy hijo natural, señor -respondió Francis, ruborizándose.

El hombre se inclinó gravemente. Fue una reverencia respetuosa, como de un hombre que se disculpa en silencio ante uno de sus iguales y, sin saber bien por qué, Francis sintió alivio y consuelo. Su presencia le hacía bien; le parecía tocar tierra firme, una sensación de respeto le llenaba el pecho y, sin pensarlo, se quitó el sombrero, como ante un superior.

-Veo que no todas sus aventuras han sido pacíficas -dijo el desconocido-. Tiene usted el cuello del abrigo arrancado, la cara arañada y un corte en la sien; quizá perdonará mi curiosidad si le pregunto a qué se debe todo ello, y cómo es que lleva en el bolsillo un objeto robado que vale una fortuna.

-¡No, señor, en eso no estoy de acuerdo! -respondió Francis con vehemencia-. No tengo ningún objeto robado. Si se refiere usted al diamante, me lo dio la señorita Vandeleur, no hace ni una hora, en la rue Lepic.

other. "You interest me more than you suppose. Pray continue."

"Heavens!" cried Francis.

His memory had made a sudden bound. He had seen Mr. Vandeleur take an article from the breast of his drugged visitor, and that article, he was now persuaded, was a morocco case.

"You have a light?" inquired the stranger.

"Listen," replied Francis. "I know not who you are, but I believe you to be worthy of confidence and helpful; I find myself in strange waters; I must have counsel and support, and since you invite me I shall tell you all."

And he briefly recounted his experiences since the day when he was summoned from the bank by his lawyer.

"Yours is indeed a remarkable history," said the stranger, after the young man had made an end of his narrative; "and your position is full of difficulty and peril. Many would counsel you to seek out your father, and give the diamond to him; but I have other views.

Waiter!" he cried.

The waiter drew near.

"Will you ask the manager to speak with me a moment?" said he; and Francis observed once more, both in his tone and manner, the evidence of a habit of command.

The waiter withdrew, and returned in a moment with manager, who bowed with obsequious respect.

"What," said he, "can I do to serve you?"

"Have the goodness," replied the stranger, indicating Francis, "to tell this gentleman my name."

"You have the honour, sir," said the functionary, addressing young Scrymgeour, "to occupy the same table with His Highness Prince Florizel of Bohemia."

Francis rose with precipitation, and made a grateful reverence to the Prince, who bade him resume his seat.

"I thank you," said Florizel, once more addressing the functionary;

"I am sorry to have deranged you for so small a matter." And he dismissed him with a movement of his hand.

"And now," added the Prince, turning to Francis, "give me the diamond."

Without a word the casket was handed over.

"You have done right," said Florizel, "your sentiments have properly inspired you, and you will live to be grateful for the misfortunes of to-night. A man, Mr. Scrymgeour, may fall into a thousand perplexities, but if his heart be upright and his intelligence unclouded, he will issue from them all without dishonour. Let your

-¡La señorita Vandeleur, en la rue Lepic! -repitió el otro-. Eso me interesa más de lo que puede usted suponer. Le ruego que continúe.

-¡Cielos! -exclamó Francis.

De pronto su memoria dio un salto. Había visto al señor Vandeleur coger algo del pecho de su visitante indefenso, y lo que había visto -ahora estaba seguro- era un estuche de tafílete.

-¿Tiene una idea? -le preguntó el desconocido.

-Atienda -le contestó Francis-. No sé quién es usted, pero me parece alguien digno de confianza y dispuesto a ayudarme. Estoy en una situación de lo más extraña; necesito consejo y apoyo, y puesto que usted me invita, voy a contárselo todo.

Y acto seguido hizo una breve reseña de sus aventuras, a partir del día en que un abogado le escribió al banco pidiéndole una cita.

-Su historia es, en verdad, notable -dijo el desconocido cuando el joven acabó su relato- y se halla usted en una situación difícil y peligrosa. Muchos le aconsejarían que buscara a su padre y le diese el diamante, pero ésa no es mi opinión.

-¡Camarero! -llamó.

El camarero se acercó a la mesa.

-¿Quiere decirle al dueño del establecimiento que venga a hablar conmigo un instante? -dijo el desconocido, y Francis volvió a notar, en su tono y en sus modales, al hombre acostumbrado a mandar.

El camarero se retiró y volvió poco después con el dueño, que se inclinó con grandes muestras de respeto.

-¿En qué puedo servirle? -preguntó.

-Hágame el favor de decirle mi nombre a este caballero -dijo el desconocido, señalando a Francis.

-Señor -dijo el dueño, dirigiéndose al joven Scrymgeour-, tiene usted el honor de compartir la mesa con Su Alteza el príncipe Florizel de Bohemia.

Francis se incorporó de un salto e hizo una reverencia agradecida al príncipe, quien le ordenó sentarse.

-Muchas gracias -dijo Florizel, dirigiéndose una vez más al dueño-. Siento haberle molestado por esta insignificancia. Y le despidió con un gesto de la mano.

-Y ahora -dijo el príncipe- déme el diamante. El estuche cambió de manos sin una palabra.

-Ha hecho bien -dijo Florizel-. Sus sentimientos le han inspirado y acabará por agradecer las desventuras de esta noche. Un hombre, señor Scrymgeour, puede verse en mil problemas, pero si tiene el corazón en su lugar y una inteligencia clara, saldrá de ellas sin deshonor. Quede usted tranquilo, yo me ocupo de sus asuntos: con ayuda de Dios, estoy seguro de llevarlos a buen fin. Sígame, por favor, a mi coche.

mind be at rest; your affairs are in my hand; and with the aid of heaven I am strong enough to bring them to a good end. Follow me, if you please, to my carriage." So saying the Prince arose and, having left a piece of gold for the waiter, conducted the young man from the cafe and along the Boulevard to where an unpretentious brougham and a couple of servants out of livery awaited his arrival.

"This carriage," said he, "is at your disposal; collect your baggage as rapidly as you can make it convenient, and my servants will conduct you to a villa in the neighbourhood of Paris where you can wait in some degree of comfort until I have had time to arrange your situation. You will find there a pleasant garden, a library of good authors, a cook, a cellar, and some good cigars, which I recommend to your attention. Jerome," he added, turning to one of the servants, "you have heard what I say; I leave Mr. Scrymgeour in your charge; you will, I know, be careful of my friend."

Francis uttered some broken phrases of gratitude.

"It will be time enough to thank me," said the Prince, "when you are acknowledged by your father and married to Miss Vandeleur."

And with that the Prince turned away and strolled leisurely in the direction of Montmartre. He hailed the first passing cab, gave an address, and a quarter of an hour afterwards, having discharged the driver some distance lower, he was knocking at Mr. Vandeleur's garden gate.

It was opened with singular precautions by the Dictator in person.

"Who are you?" he demanded.

"You must pardon me this late visit, Mr. Vandeleur," replied the Prince.

"Your Highness is always welcome," returned Mr. Vandeleur, stepping back.

The Prince profited by the open space, and without waiting for his host walked right into the house and opened the door of the SALON. Two people were seated there; one was Miss Vandeleur, who bore the marks of weeping about her eyes, and was still shaken from time to time by a sob; in the other the Prince recognised the young man who had consulted him on literary matters about a month before, in a club smoking-room.

"Good evening, Miss Vandeleur," said Florizel; "you look fatigued. Mr. Rolles, I believe? I hope you have profited by the study of Gaboriau, Mr. Rolles."

But the young clergyman's temper was too much embittered for speech; and he contented himself with bowing stiffly, and continued to gnaw his lip.

"To what good wind," said Mr. Vandeleur, following his

Diciendo esto, el príncipe se puso en pie y, tras dejar una moneda de oro al camarero, salió con el joven del café y le llevó bulevar abajo, hasta donde aguardaba un coche discreto y dos criados sin librea.

-Este coche está a su disposición -le dijo a Francis-. Recoja su equipaje lo antes posible y mis criados le llevarán a una villa en las afueras de París, donde podrá usted esperar con tranquilidad que yo haya tenido tiempo de arreglar su situación. Encontrará usted un hermoso jardín, una biblioteca bien provista, un cocinero, una bodega y unos cuantos buenos cigarros que le recomiendo. Jérôme -añadió, volviéndose a uno de los criados-, ha oído usted lo que he dicho; dejo al señor Scrymgeour a su cargo; no dudo que sabrá usted cuidar de mi amigo.

Francis balbuceó unas frases entrecortadas de agradecimiento.

-Ya tendrá suficiente tiempo para darme las gracias -le dijo Florizel- cuando su padre le haya reconocido y esté usted casado con la señorita Vandeleur.

Y el príncipe se alejó caminando en dirección de Montmartre. Poco más allá hizo una seña a un coche de alquiler, dio una dirección y un cuarto de hora más tarde -había despedido al cochero a cierta distancia- golpeaba a la puerta del jardín del señor Vandeleur.

El dictador en persona vino a abrirle con muchas precauciones.

-¿Quién es usted? -preguntó.

-Perdone usted que le visite tan tarde, señor Vandeleur -dijo el príncipe.

-Su Alteza siempre es bienvenido -respondió el señor Vandeleur, retrocediendo.

El príncipe, aprovechando el espacio libre que le dejaba, entró y, sin detenerse, fue hasta la casa y abrió la puerta del salón. En él estaban sentados dos personas: la señorita Vandeleur, con los ojos enrojecidos de haber llorado, seguía sacudida de cuando en cuando por un sollozo; en la otra, el príncipe reconoció al joven que un mes antes le consultara sobre cuestiones literarias en el salón de fumar del club.

-Buenas noches, señorita Vandeleur -dijo Florizel-, parece usted algo fatigada. ¿El señor Rolles, si no me equivoco? Espero que haya estudiado usted con provecho las obras de Gaboriau, señor Rolles.

Pero el joven eclesiástico, demasiado amargado para decir nada, se limitó a hacer una ligera reverencia y siguió mordiéndose los labios.

-¿A qué grata circunstancia debo el honor de la presencia de Su Alteza? -dijo el señor Vandeleur, que

guest, "am I to attribute the honour of your Highness's presence?"

"I am come on business," returned the Prince; "on business with you; as soon as that is settled I shall request Mr. Rolles to accompany me for a walk. Mr. Rolles," he added with severity, "let me remind you that I have not yet sat down."

The clergyman sprang to his feet with an apology; whereupon the Prince took an armchair beside the table, handed his hat to Mr. Vandeleur, his cane to Mr. Rolles, and, leaving them standing and thus menially employed upon his service, spoke as follows:-

"I have come here, as I said, upon business; but, had I come looking for pleasure, I could not have been more displeased with my reception nor more dissatisfied with my company. You, sir," addressing Mr. Rolles, "you have treated your superior in station with discourtesy; you, Vandeleur, receive me with a smile, but you know right well that your hands are not yet cleansed from misconduct. I do not desire to be interrupted, sir," he added imperiously; "I am here to speak, and not to listen; and I have to ask you to hear me with respect, and to obey punctiliously. At the earliest possible date your daughter shall be married at the Embassy to my friend, Francis Scrymgeour, your brother's acknowledged son. You will oblige me by offering not less than ten thousand pounds dowry. For yourself, I will indicate to you in writing a mission of some importance in Siam which I destine to your care. And now, sir, you will answer me in two words whether or not you agree to these conditions."

"Your Highness will pardon me," said Mr. Vandeleur, "and permit me, with all respect, to submit to him two queries?"

"The permission is granted," replied the Prince.

"Your Highness," resumed the Dictator, "has called Mr. Scrymgeour his friend. Believe me, had I known he was thus honoured, I should have treated him with proportional respect."

"You interrogate adroitly," said the Prince; "but it will not serve your turn. You have my commands; if I had never seen that gentleman before to-night, it would not render them less absolute."

"Your Highness interprets my meaning with his usual subtlety," returned Vandeleur. "Once more: I have, unfortunately, put the police upon the track of Mr. Scrymgeour on a charge of theft; am I to withdraw or to uphold the accusation?"

"You will please yourself," replied Florizel. "The question is one between your conscience and the laws of this land. Give me my hat; and you, Mr. Rolles, give me

había entrado detrás de su visitante.

-Vengo por negocios -respondió el príncipe-. Tengo un asunto que tratar con usted. Cuando esté arreglado, le pediré al señor Rolles que me acompañe a dar un paseo. Señor Rolles -agregó con tono de severidad-, permítame recordarle que aún no me he sentado.

El clérigo se incorporó en el acto, murmurando una excusa; el príncipe tomó asiento en un sillón junto a la mesa, dio su sombrero al señor Vandeleur y su bastón al señor Rolles, y los mantuvo de pie, como gente a su servicio, mientras decía lo siguiente:

-He venido aquí, como he dicho antes, por razones de negocios; si hubiese venido por mi gusto, no podría sentirme más molesto con la recepción ni más insatisfecho con la compañía. Usted, señor -prosiguió, dirigiéndose al señor Rolles-, es un desconsiderado con una persona de rango superior al suyo; usted, Vandeleur, exhibe una sonrisa, pero sabe muy bien que se ha conducido mal y no tiene las manos limpias. No deseo que se me interrumpa, señor -añadió con tono imperioso-. He venido a hablar y no a escuchar; le pediré que me oiga con respeto y que obedezca mis órdenes al pie de la letra. Su hija se casará lo antes posible en la Embajada con mi amigo el señor Francis Scrymgeour, hijo reconocido de su hermano. Me hará usted el favor de darle una dote no menor de diez mil libras. En lo que a usted se refiere, le encomendaré por escrito una misión de cierta importancia en Siam. Y ahora, señor, dígame en dos palabras si está de acuerdo con mis condiciones.

-Su Alteza me perdonará -dijo el señor Vandeleur- si le ruego, con todo respeto, que me permita un par de observaciones.

-Tiene usted mi permiso.

-Su Alteza ha llamado al señor Scrymgeour su amigo -siguió diciendo el dictador-. Créame que si hubiera sabido que tenía ese honor, le habría tratado con el debido respeto.

-Se defiende usted con habilidad -dijo el príncipe-, pero de nada sirve. Ya he dado mis órdenes; aunque no hubiese visto nunca a ese caballero antes de esta noche, no por ello serían menos absolutas.

-Su Alteza interpreta mis palabras con su sutileza de siempre -dijo Vandeleur-. Además, lamentablemente he denunciado al señor Scrymgeour a la policía, acusándole de robo. ¿Debo retirar o mantener la acusación?

-Lo que usted quiera -respondió Florizel-. La cuestión está entre su conciencia y las leyes de este país. Déme mi sombrero y usted, señor Rolles, déme mi bastón y sígame. Señorita Vandeleur, tenga usted buenas noches.

my cane and follow me. Miss Vandeleur, I wish you good evening. I judge," he added to Vandeleur, "that your silence means unqualified assent."

"If I can do no better," replied the old man, "I shall submit; but I warn you openly it shall not be without a struggle."

"You are old," said the Prince; "but years are disgraceful to the wicked. Your age is more unwise than the youth of others. Do not provoke me, or you may find me harder than you dream. This is the first time that I have fallen across your path in anger; take care that it be the last."

With these words, motioning the clergyman to follow, Florizel left the apartment and directed his steps towards the garden gate; and the Dictator, following with a candle, gave them light, and once more undid the elaborate fastenings with which he sought to protect himself from intrusion.

"Your daughter is no longer present," said the Prince, turning on the threshold. "Let me tell you that I understand your threats; and you have only to lift your hand to bring upon yourself sudden and irremediable ruin."

The Dictator made no reply; but as the Prince turned his back upon him in the lamplight he made a gesture full of menace and insane fury; and the next moment, slipping round a corner, he was running at full speed for the nearest cab-stand.

(Here, says my Arabian, the thread of events is finally diverted from THE HOUSE WITH THE GREEN BLINDS. One more adventure, he adds, and we have done with THE RAJAH'S DIAMOND. That last link in the chain is known among the inhabitants of Bagdad by the name of THE ADVENTURE OF PRINCE FLORIZEL AND A DETECTIVE.)

4. The adventure of prince florizel and a detective

Prince Florizel walked with Mr. Rolles to the door of a small hotel where the latter resided. They spoke much together, and the clergyman was more than once affected to tears by the mingled severity and tenderness of Florizel's reproaches.

"I have made ruin of my life," he said at last. "Help me; tell me what I am to do; I have, alas! neither the virtues of a priest nor the dexterity of a rogue."

"Now that you are humbled," said the Prince, "I command no longer; the repentant have to do with God and not with princes. But if you will let me advise you, go to Australia as a colonist, seek menial labour in the

Supongo -añadió, dirigiéndose a Vandeleur- que su silencio significa un asentimiento sin reservas.

-Si no hay más remedio me someto -dijo el anciano-. Pero le advierto que no será sin resistencia.

-Es usted anciano, pero en los malvados los años resultan más deshonorosos -dijo el príncipe-. Su vejez es más terrible que la juventud de otros. No me provoque o sabrá que soy más duro de lo que se imagina. Esta es la primera vez que me encuentra en su camino y suscita mi cólera; cuídese de que sea la última.

Tras decir estas palabras, Florizel hizo al clérigo señal de que le siguiera, salió del apartamento y fue hacia la puerta del jardín; el dictador les seguía con una vela para alumbrar el camino y recorrió otra vez los complicados cerrojos que le protegían de toda intrusión.

-Ahora que su hija no está presente -dijo el príncipe, girándose en el umbral- quiero decirle que entiendo muy bien sus amenazas; no tiene sino que levantar la mano y será usted causa de su propia ruina, inmediata e irremediable.

Nada respondió el dictador, pero cuando el príncipe le volvió la espalda, hizo un gesto de amenaza lleno de furia, y un momento después salió a hurtadillas de su casa y fue corriendo a la estación de coches de alquiler más cercana.

Aquí (dice mi árabe) llega a su fin la narración de «La casa de las persianas verdes». Una aventura más (agrega) y habremos terminado con El Diamante del Rajá. Los habitantes de Bagdad conocen el último eslabón de la cadena con el nombre de «La aventura del príncipe Florizel y el detective».

4. La aventura del príncipe Florizel y el detective

El príncipe Florizel fue con el señor Rolles hasta la puerta del hotel donde éste se alojaba. Mucho hablaron mientras iban caminando, y más de una vez el clérigo se sintió conmovido hasta el alma por la mezcla de severidad y ternura de los reproches de Florizel.

-He arruinado mi vida -dijo por fin-. Ayúdeme, dígame lo que debo hacer. No tengo, ¡ay!, las virtudes de un sacerdote ni la categoría de un pícaro.

Ahora que se ha humillado usted, dejen yo de dar órdenes -respondió el príncipe-. Quien se arrepiente responde sólo ante Dios y no ante los príncipes. No obstante, si quiere mi opinión, es mejor que se marche a

open air, and try to forget that you have ever been a clergyman, or that you ever set eyes on that accursed stone."

"Accurst indeed!" replied Mr. Rolles. "Where is it now? What further hurt is it not working for mankind?"

"It will do no more evil," returned the Prince. "It is here in my pocket. And this," he added kindly, "will show that I place some faith in your penitence, young as it is." "Suffer me to touch your hand," pleaded Mr. Rolles.

"No," replied Prince Florizel, "not yet."

The tone in which he uttered these last words was eloquent in the ears of the young clergyman; and for some minutes after the Prince had turned away he stood on the threshold following with his eyes the retreating figure and invoking the blessing of heaven upon a man so excellent in counsel.

For several hours the Prince walked alone in unfrequented streets. His mind was full of concern; what to do with the diamond, whether to return it to its owner, whom he judged unworthy of this rare possession, or to take some sweeping and courageous measure and put it out of the reach of all mankind at once and for ever, was a problem too grave to be decided in a moment. The manner in which it had come into his hands appeared manifestly providential; and as he took out the jewel and looked at it under the street lamps, its size and surprising brilliancy inclined him more and more to think of it as of an unmixed and dangerous evil for the world.

"God help me!" he thought; "if I look at it much oftener, I shall begin to grow covetous myself."

At last, though still uncertain in his mind, he turned his steps towards the small but elegant mansion on the river-side which had belonged for centuries to his royal family. The arms of Bohemia are deeply graved over the door and upon the tall chimneys; passengers have a look into a green court set with the most costly flowers, and a stork, the only one in Paris, perches on the gable all day long and keeps a crowd before the house. Grave servants are seen passing to and fro within; and from time to time the great gate is thrown open and a carriage rolls below the arch. For many reasons this residence was especially dear to the heart of Prince Florizel; he never drew near to it without enjoying that sentiment of home-coming so rare in the lives of the great; and on the present evening he beheld its tall roof and mildly illuminated windows with unfeigned relief and satisfaction.

As he was approaching the postern door by which he always entered when alone, a man stepped forth from

Australia, busque un trabajo manual al aire libre y trate de olvidar que fue una vez eclesiástico, y hasta que puso los ojos en esa maldita piedra.

-¡Maldita, en efecto! ¿Dónde estará ahora? ¿Qué nuevos daños estará preparando para la gente?

-No hará más daño -dijo el príncipe-. La tengo aquí, en el bolsillo. Y esto -añadió bondadosamente- le probará que, aunque es usted joven, tengo fe en su arrepentimiento.

-Permítame que le estreche la mano -le rogó el señor Rolles.

-No -dijo el príncipe Florizel-. Todavía no.

Las palabras sonaron con elocuencia en los oídos del joven eclesiástico y, cuando el príncipe le dejó en la puerta del hotel, se quedó un momento siguiendo con la mirada la figura que se alejaba e invocando la bendición del cielo sobre un hombre de tan excelente consejo.

Durante varias horas el príncipe caminó en soledad por calles poco frecuentadas. Iba absorto en sus preocupaciones; no sabía qué hacer con el diamante, si devolverlo a su dueño, a quien juzgaba indigno de tan rara posesión, o tomar una medida radical y valiente, arrojándolo de una vez por todas lejos del alcance de los hombres: el problema era demasiado grave para decidirlo en un momento. La manera cómo la joya había caído en su poder era claramente providencial y, cuando la sacaba del bolsillo para mirarla a la luz de los faroles, su tamaño y su asombroso resplandor le inclinaban a considerarla cada vez más un elemento maligno y un peligro para el mundo.

«¡Dios me ayude! -se decía-. Si la sigo mirando empezaré a codiciarla yo también.»

Por último, aún indeciso, se dirigió a la mansión pequeña y elegante cercana al río que ha pertenecido durante siglos a su familia real. Las armas de Bohemia se hallan grabadas profundamente sobre la puerta principal y en las altas chimeneas; las gentes que pasan por la calle se asoman a un patio lleno de plantas y adornado con las flores más suntuosas; una cigüeña, la única de París, pasa el día entero sobre el tejado y mantiene a un grupo de curiosos frente a la casa. Graves criados van de un lado a otro; de tiempo en tiempo se abre la puerta y un carruaje cruza el arco de la entrada y sale a la calle. Por muchas razones esta residencia era grata al corazón del príncipe Florizel, que no se acercaba nunca a ella sin sentir esa sensación de vuelta al hogar tan rara en la vida de los grandes; esa noche divisó con verdadero alivio y satisfacción el alto tejado y las ventanas tenuemente iluminadas.

Se acercaba a una pequeña puerta lateral por la cual solía entrar siempre que venía solo, cuando un hombre,

the shadow and presented himself with an obeisance in the Prince's path.

"I have the honour of addressing Prince Florizel of Bohemia?" said he.

"Such is my title," replied the Prince. "What do you want with me?"

"I am," said the man, "a detective, and I have to present your Highness with this billet from the Prefect of Police."

The Prince took the letter and glanced it through by the light of the street lamp. It was highly apologetic, but requested him to follow the bearer to the Prefecture without delay.

"In short," said Florizel, "I am arrested."

"Your Highness," replied the officer, "nothing, I am certain, could be further from the intention of the Prefect. You will observe that he has not granted a warrant. It is mere formality, or call it, if you prefer, an obligation that your Highness lays on the authorities."

"At the same time," asked the Prince, "if I were to refuse to follow you?"

"I will not conceal from your Highness that a considerable discretion has been granted me," replied the detective with a bow.

"Upon my word," cried Florizel, "your effrontery astounds me! Yourself, as an agent, I must pardon; but your superiors shall dearly smart for their misconduct. What, have you any idea, is the cause of this impolitic and unconstitutional act? You will observe that I have as yet neither refused nor consented, and much may depend on your prompt and ingenuous answer. Let me remind you, officer, that this is an affair of some gravity."

"Your Highness," said the detective humbly, "General Vandeleur and his brother have had the incredible presumption to accuse you of theft. The famous diamond, they declare, is in your hands. A word from you in denial will most amply satisfy the Prefect; nay, I go farther: if your Highness would so far honour a subaltern as to declare his ignorance of the matter even to myself, I should ask permission to retire upon the spot."

Florizel, up to the last moment, had regarded his adventure in the light of a trifle, only serious upon international considerations. At the name of Vandeleur the horrible truth broke upon him in a moment; he was not only arrested, but he was guilty. This was not only an annoying incident - it was a peril to his honour.

What was he to say? What was he to do? The Rajah's Diamond was indeed an accursed stone; and it seemed as if he were to be the last victim to its influence.

One thing was certain. He could not give the required

que había permanecido oculto en la sombra, se cruzó en su camino y le hizo una reverencia.

-¿Tengo el honor de hablar con el príncipe Florizel de Bohemia? -le preguntó.

-Ese es mi título -contestó el príncipe-. ¿Qué quiere usted?

-Soy un detective y debo entregarle a Su Alteza esta nota del prefecto de policía.

El príncipe cogió la carta y la leyó a la luz de un farol. En ella se le pedía, con muchas disculpas, que siguiera al portador hasta la prefectura sin demora alguna.

-En suma -dijo Florizel-, estoy detenido.

-Su Alteza -dijo el funcionario-, le aseguro de que nada es ajeno a las intenciones del prefecto. Observará usted que no hay orden de detención. Se trata de una mera formalidad o, si lo prefiere, de un favor que Su Alteza hace a las autoridades.

-Y aun así, ¿si me negara a seguirle?

-No disimularé a Su Alteza que se me ha dado amplia capacidad de acción -respondió el detective, inclinándose. -¡Tanto descaro me deja perplejo! -exclamó Florizel-. Usted no es sino un agente y debo perdonarle, pero sus superiores pagarán caro estos abusos. ¿Tiene una idea de qué puede impulsar un acto tan imprudente y anticonstitucional? Observe que aún no he aceptado ni rechazado su petición: mucho depende de que me responda leal y prontamente. Permítame que le haga notar que es un asunto de cierta gravedad.

-Su Alteza-dijo el detective en tono de lo más comedido-, el general Vandeleur y su hermano han tenido la osadía increíble de acusarle de robo. Afirman que el famoso diamante está en poder de Su Alteza. Una palabra suya negándolo bastará para satisfacer al prefecto; digo más: si Su Alteza se dignase honrar a un subalterno, declarando ante mí que nada sabe del asunto, le pediré permiso para retirarme en el acto.

Florizel, hasta el último momento, pensaba en su aventura como en algo sin importancia, que sólo podía volverse seria por consideraciones internacionales. Al oír el nombre de Vandeleur supo al instante la horrible verdad: no sólo estaba detenido, sino que era culpable. Se trataba de un asunto mucho más grave que una simple molestia, su propio honor se hallaba en peligro. ¿Qué debía decir? ¿Qué hacer? El Diamante del Rajá había resultado, en efecto, una piedra maldita y, por lo visto, era la última víctima de su nefasta influencia.

Una cosa era indudable: no podía dar al detective las

assurance to the detective. He must gain time. His hesitation had not lasted a second.

"Be it so," said he, "let us walk together to the Prefecture."

The man once more bowed, and proceeded to follow Florizel at a respectful distance in the rear.

"Approach," said the Prince. "I am in a humour to talk, and, if I mistake not, now I look at you again, this is not the first time that we have met."

"I count it an honour," replied the officer, "that your Highness should recollect my face. It is eight years since I had the pleasure of an interview."

"To remember faces," returned Florizel, "is as much a part of my profession as it is of yours. Indeed, rightly looked upon, a Prince and a detective serve in the same corps. We are both combatants against crime; only mine is the more lucrative and yours the more dangerous rank, and there is a sense in which both may be made equally honourable to a good man. I had rather, strange as you may think it, be a detective of character and parts than a weak and ignoble sovereign."

The officer was overwhelmed.

"Your Highness returns good for evil," said he. "To an act of presumption he replies by the most amiable condescension."

"How do you know," replied Florizel, "that I am not seeking to corrupt you?"

"Heaven preserve me from the temptation!" cried the detective.

"I applaud your answer," returned the Prince. "It is that of a wise and honest man. The world is a great place and stocked with wealth and beauty, and there is no limit to the rewards that may be offered. Such an one who would refuse a million of money may sell his honour for an empire or the love of a woman; and I myself, who speak to you, have seen occasions so tempting, provocations so irresistible to the strength of human virtue, that I have been glad to tread in your steps and recommend myself to the grace of God. It is thus, thanks to that modest and becoming habit alone," he added, "that you and I can walk this town together with untarnished hearts."

"I had always heard that you were brave," replied the officer, "but I was not aware that you were wise and pious. You speak the truth, and you speak it with an accent that moves me to the heart. This world is indeed a place of trial."

"We are now," said Florizel, "in the middle of the bridge. Lean your elbows on the parapet and look over. As the water rushing below, so the passions and complications of life carry away the honesty of weak men. Let me tell you a story."

garantías que éste le pedía. Debía ganar tiempo. Había titubeado menos de un segundo.

-Pues bien -dijo-, marchemos juntos a la prefectura. El hombre se inclinó una vez más y empezó a seguir a Florizel a una distancia respetuosa.

-Acérquese usted -dijo el príncipe-. Prefiero ir conversando y, si no me equivoco, no es la primera vez que nos encontramos.

-Para mí es un honor que Su Alteza recuerde mi rostro -respondió el otro-. Hace ocho años tuve el placer de entrevistarme con usted.

-Recordar los rostros es parte de mi profesión, tanto como de la suya -dijo Florizel-. Bien mirado, el príncipe y el detective sirven en el mismo ejército. Ambos luchamos contra el crimen, pero mi cargo es más lucrativo y el suyo más arriesgado; en cierto sentido, ambos pueden ser igualmente honorables para un hombre justo. Le diré, por extraño que pueda parecerle, que preferiría ser un detective honrado y capaz antes que un soberano débil e innoble.

El detective se sentía abrumado.

-Su Alteza devuelve bien por mal -dijo-. A un acto de sospecha responde con la más amable de las condescendencias.

-¿Cómo sabe usted que no trato de corromperle? -le preguntó Florizel.

-¡El cielo me proteja de esa tentación! -exclamó el detective.

-Me gusta su respuesta -le contestó el príncipe-, que es la de un hombre sagaz y honesto. El mundo es grande, lleno de tesoros y bellezas, y no hay límite a las recompensas que puedan ofrecerse. Quien rechaza un millón puede vender su honor por un imperio o el amor de una mujer; yo mismo, que le hablo, he visto ocasiones tan tentadoras, provocaciones tan irresistibles a la fuerza de la virtud, que me he alegrado de seguir su ejemplo y de encomendarme a la gracia de Dios. Por eso, debido a esa costumbre buena y modesta, usted y yo podemos caminar por la ciudad con los corazones limpios.

-Siempre he oído decir que es usted un hombre valiente -respondió el detective-, pero no le conocía sabio y piadoso. Dice usted la verdad, y su acento me conmueve. Este mundo es, en efecto, un lugar de prueba.

-Estamos en medio del puente -dijo Florizel-. Apóyese en el parapeto y mire hacia abajo. Como esa agua que corre, las pasiones y complicaciones de la vida arrastran a la honradez de los débiles. Permítame contarle una historia.

-Estoy a las órdenes de Su Alteza -dijo el detective. E imitando al príncipe, se apoyó en el parapeto y se

"I receive your Highness's commands," replied the man. And, imitating the Prince, he leaned against the parapet, and disposed himself to listen. The city was already sunk in slumber; had it not been for the infinity of lights and the outline of buildings on the starry sky, they might have been alone beside some country river.

"An officer," began Prince Florizel, "a man of courage and conduct, who had already risen by merit to an eminent rank, and won not only admiration but respect, visited, in an unfortunate hour for his peace of mind, the collections of an Indian Prince. Here he beheld a diamond so extraordinary for size and beauty that from that instant he had only one desire in life: honour, reputation, friendship, the love of country, he was ready to sacrifice all for this lump of sparkling crystal. For three years he served this semi-barbarian potentate as Jacob served Laban; he falsified frontiers, he connived at murders, he unjustly condemned and executed a brother-officer who had the misfortune to displease the Rajah by some honest freedoms; lastly, at a time of great danger to his native land, he betrayed a body of his fellow-soldiers, and suffered them to be defeated and massacred by thousands. In the end, he had amassed a magnificent fortune, and brought home with him the coveted diamond.

"Years passed," continued the Prince, "and at length the diamond is accidentally lost. It falls into the hands of a simple and laborious youth, a student, a minister of God, just entering on a career of usefulness and even distinction. Upon him also the spell is cast; he deserts everything, his holy calling, his studies, and flees with the gem into a foreign country. The officer has a brother, an astute, daring, unscrupulous man, who learns the clergyman's secret. What does he do? Tell his brother, inform the police? No; upon this man also the Satanic charm has fallen; he must have the stone for himself. At the risk of murder, he drugs the young priest and seizes the prey. And now, by an accident which is not important to my moral, the jewel passes out of his custody into that of another, who, terrified at what he sees, gives it into the keeping of a man in high station and above reproach.

"The officer's name is Thomas Vandeleur," continued Florizel. "The stone is called the Rajah's Diamond. And" - suddenly opening his hand - "you behold it here before your eyes."

The officer started back with a cry.

"We have spoken of corruption," said the Prince. "To me this nugget of bright crystal is as loathsome as though it were crawling with the worms of death; it is as shocking as though it were compacted out of innocent blood. I see it here in my hand, and I know it is shining

dispuso a escuchar. La ciudad dormía; salvo las infinitas luces y el contorno de los edificios contra el cielo estrellado, hubieran podido estar solos a la orilla de un río y en medio del campo. -Un general -comenzó el príncipe Florizel-, un hombre de valor y conducta intachables, que había ascendido por sus méritos a un rango eminente y ganado para sí no sólo la admiración, sino también el respeto de los demás, visitó, en mala hora para su tranquilidad de espíritu, las colecciones de un rajá de la India. En ellas vio un diamante de tamaño y belleza tan extraordinarios que, a partir de ese momento, tuvo un solo deseo en la vida: se sintió dispuesto a sacrificar el honor, el prestigio, la amistad, el amor a su país, con tal de poseer aquel trozo de cristal deslumbrante. Durante tres años sirvió al potentado semibárbaro como Jacob sirvió a Labán; falseó fronteras, toleró asesinatos, condenó y ejecutó a un compañero de armas que había tenido la desgracia de ofender al rajá con sus honestas pretensiones de libertad; por último, en una hora de gran peligro para su patria, traicionó a sus propios hombres y permitió que fueran derrotados y muertos por millares. Al final acumuló una gran fortuna y se trajo consigo el diamante tan codiciado.

»Pasan los años y al cabo pierde el diamante por accidente -siguió diciendo el príncipe-. Cae en manos de un joven sencillo y trabajador, un erudito, un ministro de Dios que inicia una carrera provechosa y hasta distinguida. Tampoco él puede resistir su encanto: todo lo abandona, su santa vocación, sus estudios, y huye con la gema a un país extranjero. El militar tiene un hermano, un hombre astuto, atrevido e inescrupuloso, que se entera del secreto del clérigo. ¿Qué hace? ¿Se lo dice a su hermano, le denuncia a la policía? No, también es víctima del hechizo diabólico, la piedra debe ser para él. Corriendo el riesgo de mancharse con una muerte, droga al joven eclesiástico y se apodera de su presa. Y ahora, por obra de un azar que no es importante para mi enseñanza moral, la joya pasa a manos de otro que, aterrado por lo que ve, la entrega a una persona de alto rango, por encima de toda sospecha.

»El jefe militar se llama Thomas Vandeleur -continuó Florizel-. La piedra es el Diamante del Rajá. Y aquí la tiene usted -abriendo la mano de pronto- ante sus propios ojos.» El detective dio un paso atrás y lanzó un grito.

-Hemos hablado de corrupción -dijo el príncipe-. Para mí, esta joya de cristal reluciente es tan abominable como si estuviera entre los gusanos de la muerte; tan espantosa como si estuviera bruñida con sangre de inocentes. La veo brillar en mis manos y sé que

with hell-fire. I have told you but a hundredth part of its story; what passed in former ages, to what crimes and treacheries it incited men of yore, the imagination trembles to conceive; for years and years it has faithfully served the powers of hell; enough, I say, of blood, enough of disgrace, enough of broken lives and friendships; all things come to an end, the evil like the good; pestilence as well as beautiful music; and as for this diamond, God forgive me if I do wrong, but its empire ends to-night."

The Prince made a sudden movement with his hand, and the jewel, describing an arc of light, dived with a splash into the flowing river.

"Amen," said Florizel with gravity. "I have slain a cockatrice!"

"God pardon me!" cried the detective. "What have you done? I am a ruined man."

"I think," returned the Prince with a smile, "that many well-to-do people in this city might envy you your ruin."

"Alas! your Highness!" said the officer, "and you corrupt me after all?"

"It seems there was no help for it," replied Florizel.

"And now let us go forward to the Prefecture."

Not long after, the marriage of Francis Scrymgeour and Miss Vandeleur was celebrated in great privacy; and the Prince acted on that occasion as groomsman. The two Vandeleurs surprised some rumour of what had happened to the diamond; and their vast diving operations on the River Seine are the wonder and amusement of the idle. It is true that through some miscalculation they have chosen the wrong branch of the river. As for the Prince, that sublime person, having now served his turn, may go, along with the ARABIAN AUTHOR, topsy-turvy into space. But if the reader insists on more specific information, I am happy to say that a recent revolution hurled him from the throne of Bohemia, in consequence of his continued absence and edifying neglect of public business; and that his Highness now keeps a cigar store in Rupert Street, much frequented by other foreign refugees. I go there from time to time to smoke and have a chat, and find him as great a creature as in the days of his prosperity; he has an Olympian air behind the counter; and although a sedentary life is beginning to tell upon his waistcoat, he is probably, take him for all in all, the handsomest tobacconist in London.

resplandece con el fuego del demonio. No le he contado sino una centésima parte de su historia; la imaginación vacila ante lo ocurrido en épocas remotas, ante los crímenes y traiciones que inspiró a los hombres; durante años y años ha servido fielmente a las potencias del mal. ¡Basta, digo yo! ¡Basta de sangre, de deshonra, de vidas deshechas y amistades quebradas! Todo llega a su fin, el mal como el bien, la peste como la música más hermosa; que Dios me perdone si cometo un mal, pero el imperio del diamante termina esta noche.

Hizo un movimiento brusco con la mano y la piedra preciosa, describiendo un arco de luz, fue a perderse en el fondo del río.

-Amén -dijo Florizel gravemente-. He dado muerte al basilisco.

-¡Dios me perdone! -gritó el detective-. ¿Qué ha hecho? ¡Me arruina usted!

-Tengo la impresión -dijo el príncipe sonriendo- de que muchas personas adineradas que viven en esta ciudad podrán envidiarle su ruina.

-¡Ah! ¿Su Alteza me corrompe, después de todo?

-Parece que no quedaba otro remedio -respondió Florizel-. Ahora vamos a la prefectura.

Poco tiempo después se celebró, estrictamente en privado, la boda de Francis Scrymgeour y la señorita Vandeleur; el príncipe Florizel fue el padrino del novio. Los hermanos Vandeleur oyeron rumores de lo sucedido con el diamante, y las grandes operaciones de sondeo organizadas en el Sena para admiración y entretenimiento de ociosos. Ciertamente es que, por un error de cálculo, han elegido el otro brazo del río. En cuanto al príncipe, persona sublime, ha terminado su papel y, junto con el autor árabe, puede ir a perderse dando vueltas y vueltas en el espacio. Si el lector insiste en recibir informaciones más concretas, tengo el gusto de decirle que no hace mucho una revolución le arrojó del trono de Bohemia, como resultado de sus constantes ausencias y de su magnífico descuido de los asuntos públicos, y que Su Alteza ha abierto una tabaquería en Rupert Street, muy frecuentada por otros refugiados extranjeros. Yo mismo voy de cuando en cuando a fumarme un cigarro, y me parece que Florizel es aún tan grande como en sus días de prosperidad; mantiene detrás del mostrador un aire majestuoso; y aunque la vida sedentaria empieza a hacer efecto en el ancho de sus chalecos, es probablemente el más apuesto estanquero de Londres.